

ISAAC

1

ASIMOV

Magazine

JOELLE

por Poul Anderson

250 PTAS.
(IVA Incluido)

- Asimov
- Martin Gardner
- Frederik Pohl

Lectulandia

Desde su aparición en 1977, el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, avalado por el más prestigioso autor del género, ha venido publicando la mejor y más reciente producción de relatos de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial del que, en estas selecciones, ofrecemos mensualmente lo más destacado.

Además de un relato del propio Asimov, en esta primera selección se incluyen sendas novelas cortas de Poul Anderson y Frederik Pohl, un inquietante cuento acertijo de Martin Gardner —máxima autoridad mundial en pasatiempos lógicos— en la línea de Lewis Carroll, y narraciones de A. Bertram Chandler, Margaret Sr. Clair y Michael Bishop.

Lectulandia

Poul Anderson & Isaac Asimov & Martin Gardner & Frederik Pohl
& Michael Bishop & A. Bertram Chandler & Margaret St. Clair

Isaac Asimov Magazine 1

Isaac Asimov Magazine - 1

ePub r1.0
Titivillus 29.09.17

Título original: *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*

Poul Anderson & Isaac Asimov & Martin Gardner & Frederik Pohl & Michael Bishop & A. Bertram Chandler & Margaret St. Clair, 1977

Traducción: Celia Filipetto & Silvia Tarditti & Luis Vigil & Lucía Solavagione

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

5

ANIVERSARIO



epublibre



"MÁS LIBROS, MÁS LIBRES"

ASIMOV

En 1977, la misma empresa que desde hacía veinte años venía publicando el famoso Alfred Hitchcock's Mystery Magazine, decidió probar en el campo de la ciencia ficción la misma fórmula que había empleado con extraordinario éxito en el terreno de la narrativa de misterio e intriga: una revista que ofreciera periódicamente los mejores relatos y novelas cortas del género, avalada por uno de sus máximos representantes.

No fue difícil elegir a la persona adecuada como titular (nunca mejor dicho) y director efectivo de la nueva publicación: si alguien es a la ciencia ficción lo que Hitchcock al «suspense», ése es sin duda Asimov.

Así nació el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, que a lo largo de sus nueve años de existencia ha venido publicando la mejor y más reciente producción breve tanto de los viejos maestros como de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial, del que, en estas selecciones, ofreceremos mensualmente lo más destacado.

Los nombres incluidos en esta primera selección hablan por sí solos. Sendas novelas cortas de Poul Anderson y Frederik Pohl, así como un relato del propio Asimov, son garantía más que suficiente para cualquier aficionado a la ciencia ficción, y el divertido cuento acertijo de Martin Gardner (el más famoso especialista actual en pasatiempos lógicos) subraya el carácter de una publicación en la que el rigor especulativo va unido a la fantasía más desbordante... para mutuo beneficio de ambas vertientes de la imaginación lúdica y creadora.

Carlo Frabetti

Para los pájaros

Isaac Asimov

Hace varios años, Asimov publicó un artículo, titulado El efecto del anochecer, en el que se hablaba de las ventajas e inconvenientes de las colonias espaciales en órbita (alternativa en muchos aspectos preferible a la colonización de otros planetas, como demostrara Gerard O'Neill). En este relato, el «buen doctor» nos habla de algunos de los problemas que probablemente tendrán que afrontar los primeros colonos espaciales... y de sus posibles soluciones.

A pesar de que rondaba los cuarenta y de que gozaba de perfecta salud, Charles Modine jamás había estado en el espacio. Había visto colonias espaciales en la televisión y, ocasionalmente, había leído acerca de ellas en los periódicos, pero la cosa no había pasado de ahí.

A decir verdad, el espacio no le interesaba. Había nacido en la Tierra, y la Tierra le bastaba. Cuando quería cambiar de ambiente, iba al mar. Era un marino ávido y experto.

Por lo tanto, experimentó una cierta aversión cuando la representante de Space Structures, Limited, le dijo que para hacer el trabajo que le pedían tendría que abandonar la Tierra.

—Oiga, no soy una persona del espacio —le dijo Modine—. Diseño ropa. ¿Qué sé yo de cohetes, aceleraciones, trayectorias y todo eso?

—De eso ya sabemos nosotros. No hace falta que usted sepa nada —se apresuró a aclararle la mujer. Se llamaba Naomi Baranova, y andaba con el paso extraño y vacilante de quien se ha pasado tanto tiempo en el espacio que ya no sabe exactamente cuál es la situación gravitacional del momento.

Su ropa, notó Modine con cierta irritación, hacía las veces de envoltura, poco más. Para el caso, igual habría sido que llevase una tela encerada.

—¿Para qué hace falta que vaya a la estación espacial?

—Para lo que usted ya sabe. Queremos que nos diseñe algo.

—¿Ropa?

—Alas.

Modine pensó en ello. Tenía la frente amplia y pálida, y el proceso de pensar siempre parecía sonrojársela. Al menos eso era lo que le habían dicho. En esa ocasión, si se sonrojaba la frente, en parte era de disgusto.

—Pero eso lo puedo hacer aquí, ¿no es cierto?

Baranova negó firmemente con la cabeza. Su cabellera oscura, de un ligero matiz

rojizo, comenzaba a teñirse de gris. A ella parecía no importarle.

—Queremos que comprenda la situación, señor Modine —le dijo—. Hemos consultado a los técnicos y a los expertos en informática, y según nos dicen, han construido las alas más eficaces que han podido. Han tenido en cuenta las cargas, las superficies, las flexibilidades y la maniobrabilidad y todo lo que usted pueda imaginarse, pero no ha servido de nada. Creemos que quizá con unos cuantos volantes...

—¿Dice usted volantes, señora Baranova?

—Algo que no tenga que ver con la perfección científica. Algo que despierte el interés. De lo contrario, las colonias espaciales no sobrevivirán. Por eso quiero que vaya, para que vea la situación con sus propios ojos. Estamos dispuestos a pagarle muy bien.

Fue la paga prometida, más el sustancioso anticipo, que le darían salieran las cosas bien o mal, lo que llevó a Modine al espacio. El dinero no le atraía más que al resto de los seres humanos, pero tampoco le resultaba indiferente; además, le gustaba que reconocieran su reputación.

Y no resultó tan mal como lo había esperado. En los albores de los viajes espaciales, había habido cortos períodos de gran aceleración, y largos períodos de confinamiento en módulos diminutos. En cierto modo, eso seguían pensando, de los viajes espaciales quienes vivían en la Tierra. Pero había pasado un siglo, y las naves eran espaciales, mientras que los asientos hidráulicos parecían absorber la aceleración como si se tratara de un poco de café derramado.

Modine se pasó el tiempo estudiando fotos de las alas en movimiento y viendo vídeos holográficos de los voladores.

—Hay una cierta gracia en su vuelo —observó.

Naomi Baranova sonrió con cierta tristeza y repuso:

—Está viendo a los expertos, los atletas. Si me viera a mí intentando manejar esas alas para dar volteretas y desplazarme de lado, me temo que se echaría a reír. Con todo, lo hago mejor que la mayoría.

Se acercaban a la Colonia Espacial Cinco. Oficialmente se llamaba Chrysalis, pero todo el mundo le decía Cinco.

—Ese lugar no inspira ningún sentimiento poético —comentó Baranova—, aunque piense usted que debería ser lo contrario. Ahí está el problema. No es un hogar, sólo es un trabajo, y resulta difícil hacer que la gente forme una familia y se establezca. Hasta que no lo vean como un hogar...

A lo lejos apareció Cinco, con su forma de cilindro diminuto; ofrecía el mismo aspecto que Modine había visto en la Tierra, por televisión. Sabía que era mucho más grande de lo que parecía, pero se trataba solamente de un conocimiento intelectual. Sus ojos y sus emociones no estaban preparados para el continuado aumento de tamaño a medida que se acercaban. La nave espacial y él mismo empequeñecieron progresivamente hasta que se encontraron dando vueltas alrededor de un enorme

objeto de cristal y aluminio.

Se quedó observándolo durante largo tiempo antes de advertir que seguían dando vueltas.

—¿Es que no vamos a aterrizar? —preguntó.

—No es tan fácil —repuso Baranova—. Cinco gira sobre su eje aproximadamente una vez cada dos minutos. Es preciso que sea así para poder establecer un efecto centrífugo que mantenga todo lo que hay en su interior presionado contra la pared interna, creando así una gravedad artificial. Hemos de igualar esa velocidad antes de aterrizar. Lleva tiempo.

—¿Y tiene que rotar tan deprisa?

—Sí, si se quiere que el efecto centrífugo imite la fuerza de la gravedad de la Tierra. Ése es el principal problema. Sería mucho mejor si pudiéramos utilizar una rotación lenta para producir la décima parte de la gravedad normal, pero eso perjudicaría la fisiología humana. La gente no puede aguantar la baja gravedad por mucho tiempo.

La velocidad de la nave casi había igualado el período de rotación de Cinco. Modine logró ver claramente la curva del espejo exterior que captaba la luz solar, con la que iluminaba el interior de Cinco. Logró distinguir la central eléctrica solar que suministraba energía a la estación. Y de la que aún quedaba un excedente suficiente como para exportar a la Tierra.

Finalmente, entraron en el polo del casquete terminal hemisférico del cilindro, y estuvieron dentro de Cinco.

Modine había pasado todo un día en Cinco, y estaba cansado, pero lo inesperado era que lo había disfrutado. En ese momento se encontraban sentados en unos muebles de césped —una amplia extensión de hierba— ante un panorama de las afueras.

En lo alto había nubes; brillaba el sol, aunque no se lo divisaba claramente, soplabla el viento y, a lo lejos, había un pequeño arroyo.

Resultaba difícil creer que estaba en un cilindro que flotaba en el espacio, en la órbita lunar, y que daba vueltas alrededor de la Tierra una vez al mes.

—Es como un mundo —dijo.

—Eso parece cuando se es nuevo —repuso Baranova—. Cuando se lleva aquí un tiempo, se descubre que uno conoce cada rincón, que todo se repite.

—Si se vive en una determinada ciudad de la Tierra —reflexionó Modine— también se repite todo.

—Lo sé. Pero en la Tierra uno puede viajar a sitios lejanos si lo desea. Y aunque no se viaje, uno sabe que puede hacerlo. Aquí no se puede. Eso no está bien, pero no es lo peor.

—Aquí no existe lo peor de la Tierra —dijo Modine—. Estoy seguro de que no

hay rigores climatológicos.

—En realidad, señor Modine, el tiempo es como el del Jardín del Edén, pero uno se acostumbra. Deje que le muestre una cosa. Tengo aquí una pelota. Arrójela bien recta, lo más alto que pueda y luego cójala.

—¿Habla usted en serio? —inquirió Modine con una sonrisa.

—Muy en serio. Hágalo, por favor.

—No soy un jugador de pelota, pero creo que puedo arrojar una —dijo Modine—. Hasta es posible que la coja cuando baje.

Al lanzar la pelota hacia arriba, ésta describió una curva parabólica y Modine se encontró flotando hacia adelante primero, y corriendo después, para poder cogerla. La pelota cayó y él no logró alcanzarla.

—No la lanzó recta, hacia arriba, señor Modine —dijo Baranova.

—Sí que lo hice —replicó Modine jadeando.

—Ya, pero sólo de acuerdo con las normas de la Tierra —repuso Baranova—. El problema reside en que estamos ante lo que denominamos fuerza de Coriolis. En la superficie interna de Cinco, nos movemos bastante deprisa, describiendo un gran círculo alrededor del eje. Si lanza la pelota hacia arriba, ésta se acerca más al eje, donde las cosas describen un círculo menor y se mueven con más lentitud. Sin embargo, la pelota conserva la velocidad que llevaba aquí abajo, por eso avanza, y por eso usted no logró cogerla. Si hubiera querido hacerlo, tendría que haberla lanzado arriba y hacia atrás, en cuyo caso, la pelota habría girado en el aire y regresado hasta usted como un bumerang. En Cinco, las normas del movimiento son distintas de las de la Tierra.

—Supongo que uno se acostumbra —comentó Modine pensativo.

—No del todo. Habitamos en las regiones ecuatoriales de nuestro pequeño cilindro. Allí es donde el movimiento es más rápido, y donde conseguimos el efecto normal de gravedad. A medida que nos desplazamos hacia el eje, por los casquetes terminales y hacia los polos, el efecto gravitacional disminuye rápidamente. Con frecuencia, tenemos que ir hacia arriba o bien hacia el eje, y cuando lo hacemos, hay que tener en cuenta el efecto de Coriolis. Contamos con pequeños monorraíles que han de moverse en espiral hacia cualquiera de los polos; hay una línea de ida y otra de vuelta. Durante el viaje nos sentimos perpetuamente inclinados a un lado. Lleva mucho tiempo acostumbrarse a ello y algunos jamás aprenden dónde está el truco. Por ese motivo a nadie le gusta vivir aquí.

—¿No se puede hacer nada para evitar ese efecto?

—Si redujéramos la velocidad de rotación, disminuiríamos el efecto de Coriolis, pero al mismo tiempo disminuiríamos también la sensación de gravitación, y eso es imposible.

—O sea que hagan lo que hagan, se condenan.

—No exactamente. Podríamos vivir con menos gravedad, siempre y cuando hiciéramos gimnasia; pero para ello habría que hacer gimnasia cada día durante

períodos considerables. Sería divertido. Pero la gente no se dedicará a la calistenia diaria si ésta resulta difícil o aburrida. Pensábamos que volar sería la respuesta. Cuando viajamos a las regiones de baja gravedad, cerca de los polos, nos volvemos casi ingravidos. Podemos elevarnos en el aire con sólo mover los brazos. Si a cada brazo ajustamos unas alas ligeras de plástico, atiesadas con varillas flexibles, y si esas alas se pliegan y se extienden al ritmo justo, la gente podrá volar como los pájaros.

—¿Y eso serviría de ejercicio gimnástico?

—Oh, sí. Le aseguro que volar es un trabajo muy duro. Los músculos del brazo y del hombro quizá no deban esforzarse mucho para mantener a flote a la persona, pero han de estar en permanente uso para permitirle maniobrar correctamente. Volar mantiene el tono muscular y el nivel de calcio de los huesos, si se hace con regularidad. Pero la gente no lo hará.

—Se diría que tendría que encantarles volar.

Baranova suspiró y repuso:

—Les encantaría si fuera lo bastante fácil. El problema es que exige una hábil coordinación de los músculos para mantenerse firmes. Los errores más nimios producen vuelcos y giros y una náusea casi inevitable. Hay quienes logran aprender a volar con gracia, como esas personas que vio en los holovideos, pero son los menos.

—Los pájaros no se marean.

—Los pájaros vuelan en campos de gravedad normal. La gente de Cinco, no.

Modine frunció el ceño y se tornó pensativo.

—No le prometo que logre dormir —le dijo Baranova—. Normalmente les ocurre a todos los que pasan sus primeras noches en una colonia espacial. De todos modos, inténtelo, y mañana iremos a las zonas de vuelo.

Modine comprendió lo que Baranova había querido decirle al calificar de desagradable a la fuerza de Coriolis. El diminuto vagón del monorraíl que los condujo hacia el polo daba la impresión de deslizarse constantemente hacia la izquierda; las entrañas de Modine experimentaban el mismo efecto. Se aferró de los pasamanos con fuerza, hasta que los nudillos le quedaron blancos.

—Lo lamento —dijo Baranova en tono comprensivo—. Si fuéramos más despacio, no sería tan terrible, pero tal y como están las cosas, entorpecemos el tráfico.

—¿Se acostumbra uno a esto? —gimió Modine.

—Algo. Pero no lo bastante.

Finalmente, cuando se detuvieron, Modine se alegró, pero le duró poco. Le costó acostumbrarse al hecho de estar flotando. Cada vez que intentaba moverse, se tambaleaba: y cada vez que se tambaleaba no caía sino que salía flotando lentamente hacia adelante o hacia arriba, para regresar gradualmente al mismo sitio. Su reacción inmediata de lanzar coces no hacía más que empeorar las cosas.

Baranova le dejó hacer durante un instante, luego lo sujetó y lo hizo regresar lentamente.

—Hay quien disfruta con esto —le comentó.

—Pues yo no —jadeó Modine angustiado.

—A muchos les ocurre igual. Por favor, coloque los pies en estos estribos que hay en el suelo, y no haga movimientos bruscos.

En el cielo, había cinco personas con alas que estaban volando.

—Esos cinco pájaros —le informó Baranova—, vienen aquí casi todos los días. En total, son unos cuantos centenares los que vienen de vez en cuando. Podríamos albergar, tanto aquí como en el otro polo, y a lo largo del eje, algo así como cinco mil voladores a la vez. Basta para mantener en condiciones los treinta mil habitantes de Cinco. ¿Qué hacemos?

Modine hizo un ademán y su cuerpo se balanceó hacia atrás.

—Tienen que haber aprendido a hacerlo. Me refiero a aquellos pájaros de allá arriba. No nacieron siendo aves. ¿Acaso los demás no pueden aprender también?

—Los de allá arriba tienen una coordinación natural.

—¿Qué puedo hacer yo entonces? Soy diseñador de moda. No sé crear coordinación natural.

—Carecer de coordinación natural no es un impedimento absoluto. Sólo implica que habrá que trabajar más, practicar durante más tiempo. ¿Hay alguna forma que le permita hacer de este proceso algo más... a la moda? ¿Podría diseñarnos un traje de vuelo o sugerirnos una campaña psicológica que impulsara a la gente a venir aquí? Si lográsemos crear unos programas adecuados para mantener la forma física, se podría reducir la velocidad de rotación de Cinco, debilitar el efecto de Coriolis y convertir este sitio en un hogar.

—Quizá pida usted un milagro. ¿Podría decirles que se acercaran?

Baranova les hizo señas, uno de los pájaros la vio y bajó en picado hacia ellos dibujando una curva larga y agraciada. Era una mujer joven. Se quedó flotando en el aire a unos tres metros de altura; sonreía al tiempo que agitaba ligeramente la punta de las alas.

—Hola —les gritó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —repuso Baranova—. Mi amigo quiere ver cómo maneja usted las alas. Muéstrole cómo funcionan.

La joven sonrió y, plegando primero un ala y después la otra, realizó un lento salto mortal. Se enderezó y torciendo las alas del revés se detuvo, luego se elevó despacio; los pies le colgaban y las alas se movían lentamente. El aleteo se hizo más rápido, tomó velocidad y se alejó de ellos.

Al cabo de un rato, Modine dijo:

—Se parece al *ballet*, pero las alas son feas.

—¿De veras lo son?

—No hay duda —repuso Modine—. Se parecen a las del murciélago. Todas las

asociaciones de ideas están equivocadas.

—Pues díganos qué debemos hacer. ¿Deberíamos recubrir las de plumas? ¿Atraería eso a los voladores y les haría esforzarse más por aprender?

—No —repuso Modine, y se quedó pensativo—. Tal vez logremos facilitar todo el proceso.

Sacó los pies de los estribos, cogió impulso y flotó en el aire. Movi6 los brazos y las piernas en distintas formas, para ir probando, y se balanceó err6ticamente. Intentó revolverse para regresar a los estribos, y Baranova extendió los brazos para bajarlo.

—Le diré una cosa —comentó Modine—, le diseñaré algo, y si alguien de aquí puede ayudarme a construirlo según el diseño, *yo mismo* intentaré volar. Jamás había hecho nada parecido. Acaba de ver usted como me mantenía en el aire, y ni siquiera logré hacerlo. Pues bien, si uso mi diseño y puedo volar, entonces, todos podrán.

—Ya lo creo, señor Modine —repuso Baranova, en un tono que estaba a medio camino entre el escepticismo y la esperanza.

Al promediar la semana, Modine comenzaba a sentir que la Colonia Espacial Cinco era como un hogar. Mientras permanecía a nivel del suelo, en las regiones ecuatoriales, donde la fuerza gravitacional era normal, el efecto de Coriolis no le molestaba y se sentía rodeado de un ambiente similar al de la Tierra.

—La primera vez que salga —dijo—, no quiero que me vea la población en general, porque quizá resulte más difícil de lo que creo, y no quiero que la cosa tenga un mal comienzo. Pero me gustaría que me vieran algunos funcionarios de la Colonia, por si logro volar.

—Creo que antes deberíamos intentarlo en privado —sugirió Baranova—. Si falláramos la primera vez, por más excusas que diésemos...

—Pero si tuviéramos éxito sería muy impresionante.

—¿Cuáles son las probabilidades de éxito? Sea usted razonable.

—Tenemos buenas probabilidades, señora Baranova. Créame. Todo lo que han hecho hasta ahora estaba mal. Volaban ustedes en el aire, como los pájaros, y eso resulta difícil. Usted misma lo dijo. En la Tierra, los pájaros cuentan con la gravedad. Pero aquí, los pájaros carecen de ella, de modo que todo ha de diseñarse con un criterio distinto.

Como siempre, la temperatura estaba perfectamente ajustada. Igual que la humedad. Igual que la velocidad del viento. La atmósfera era tan perfecta que parecía no existir. A pesar de ello, Modine transpiraba y se encontraba bajo los efectos de un ataque agudo de pánico. También jadeaba. En las regiones ingravidas, el aire era más enrarecido que en las zonas ecuatoriales, aunque no demasiado, pero lo bastante enrarecido como para que le resultara difícil respirar cuando el corazón le latía con tanta fuerza.

En el aire no había pájaros humanos; el público estaba formado por unos pocos:

el Coordinador, el Secretario de Sanidad, el Comisionado de Seguridad y otras personalidades. También había una docena de hombres y mujeres. Sólo conocía a Baranova.

Le habían colocado un pequeño micrófono, e intentaba que su voz no vacilase.

—Volamos sin gravedad, por lo que ni los pájaros ni los murciélagos constituyen un buen modelo para nosotros —dijo—. Ellos vuelan en presencia de la gravedad. Ahora bien, en el mar es distinto. En el agua existe una escasa gravedad efectiva, pues el empuje del fluido nos mantiene a flote. Cuando volamos a través de agua ingrávida no hacemos otra cosa que nadar. En la Estación Espacial Cinco, concretamente en esta región que carece de gravidez, el aire es para nadar, no para volar. Debemos imitar al delfín, y no al águila.

Se lanzó al aire al tiempo que hablaba, ataviado con un gracioso traje de una pieza que no se adhería a la piel, pero tampoco se inflaba. En seguida comenzó a caer, pero con sólo estirar un brazo activó un pequeño cartucho de gas. De la columna vertebral le salió una aleta suavemente curvada, al tiempo que una quilla poco profunda le marcaba la línea del abdomen. Y se dejó caer.

—Sin gravedad —dijo—, esto basta para estabilizar el vuelo. Uno puede ladearse y girar, pero siempre bajo control. Al principio, quizá no lo haga bien, pero no necesitaré practicar demasiado.

Estiró el otro brazo y de repente, cada pie y cada codo quedaron equipados con una aleta.

—Estas aletas nos dan la fuerza de propulsión —explicó—. No hace falta mover los brazos. Bastarán unos movimientos suaves para todo, pero será preciso doblar el cuerpo y arquear el cuello para girar y cambiar de dirección. Habrá que combarse y alterar el ángulo de brazos y piernas. Todo el cuerpo participa en el proceso, pero de forma suave, no violenta. Lo cual es mucho mejor, porque se usan todos los músculos del cuerpo, y se puede seguir así durante horas, sin cansarse.

Notó que sus movimientos iban adquiriendo mayor seguridad y gracia, y que volaba más deprisa. De pronto comenzó a subir y bajar; el aire pasaba a toda velocidad y sintió pánico de no poder aminorar la marcha. Pero dobló los talones y los codos casi instintivamente y notó que comenzaba a girar y a detenerse.

Vagamente, a través de los latidos de su corazón, oyó el aplauso.

—¿Cómo logró descubrirlo cuando nuestros técnicos fueron incapaces de hacerlo? —inquirió Baranova, con admiración.

—Los técnicos comenzaron a trabajar asumiendo que inevitablemente debían usar alas, como las de los pájaros y los aviones, y diseñaron las más eficaces posible. Ésa es la función de los técnicos. La función de un diseñador de moda consiste en ver las cosas como un todo artístico. Noté que las alas no se ajustaban a las condiciones de la colonia espacial. Es mi trabajo, nada más.

—Fabricaremos los trajes de delfín y haremos que la población se lance al aire. Ahora estoy segura de que podremos. A continuación haremos planes para comenzar a disminuir la velocidad de rotación de Cinco.

—O detenerla del todo —sugirió Modine—. Sospecho que todo el mundo querrá pasarse el día nadando en vez de caminar —dijo y se echó a reír—. Es posible que no deseen volver a caminar. Es posible que yo no desee volver a hacerlo.

Le extendieron el sustancioso cheque que le habían prometido, y Modine, al ver la cifra, sonrió y dijo:

—Las alas son para los pájaros.

Drácula prepara un cóctel

Martin Gardner

Considerado la máxima autoridad mundial en pasatiempos lógicos y juegos matemáticos, Martin Gardner posee además un finísimo humor y un singular talento para el relato supercorto, lo que convierte sus acertijos fabulados en pequeñas joyas en su género. En éste y sucesivos acertijos que iremos publicando, Gardner introduce además una interesante innovación; el problema planteado da lugar a una cadena de soluciones sucesivas, cada una basada en la anterior, como esas cajas de sorpresas que contienen otras cajas que...

—Es la hora del cóctel, cariño —dijo el conde Drácula a su esposa—. ¿Te preparo lo de siempre?

—Lo de siempre —dijo la señora Drácula.

El conde cogió del armario de las bebidas una botella que tenía un cuarto de vodka y una botella más pequeña que contenía medio litro de sangre humana. Escanció una pequeña cantidad de sangre dentro del vodka, sacudió vigorosamente la botella, y luego vertió exactamente la misma cantidad en la pequeña botella de sangre. Al finalizar la operación, había nuevamente un cuarto de líquido en la botella más grande y medio litro en la pequeña.

La señora Drácula estaba sentada de espaldas a su esposo, pero observaba todos sus movimientos a través de un espejo que había en la pared de la sala. El conde seguía el procedimiento tradicional de Transilvania para preparar un cóctel vampírico.

Supongamos que cuando se mezclan el vodka y la sangre humana ninguno altera su volumen. Después de las dos operaciones que se acaban de describir, ¿hay más vodka en la botella de sangre o más cantidad de sangre en el cuarto de vodka, o menos, o son iguales ambas cantidades?

Es posible que se hayan encontrado con este acertijo en forma de vasos idénticos, uno lleno con agua y el otro con vino. En esta variante, sin embargo, el contenido de ambos recipientes *no* es similar, y tampoco se dice qué cantidad de líquido ha sido trasvasado entre ambos recipientes.

Aquí hallará la solución.

En una de sus más recientes y ambiciosas novelas, Avatar, Poul Anderson tocaba marginalmente el fascinante —e inquietante— tema de las conexiones «mentales» entre hombre y máquina. En este conmovedor relato, el autor recoge el tema para adentrarse, con rigor y sensibilidad, en los eternos enigmas de la identidad y de las relaciones con el mundo exterior.

Cuando la aeronave en la que viajaba comenzó su descenso y Eric Stranathan vio Lawrence, lo primero que pensó fue: *¡Joelle jamás me dijo que esto fuera bonito!* Había imaginado que toda Kansas sería como las llanuras que se extendían perpetuamente hacia el este de Calgary. En cambio, entre las colinas pobladas de árboles brillaba un río, y la ciudad misma surgía de las aguas para formar calles y hogares que habían conocido la misma sombra durante dos siglos y medio, y el campus universitario podía haber sido un parque enorme. Al cabo de un momento, se dio cuenta de lo poco que ella le había contado del lugar... y de su vida toda; pero él sabía por qué.

La aeronave descendió en picado; sus motores atronaron. Se trataba de un *jet* militar norteamericano, similar a los que había visto patrullar contra cielos de un azul estival y cúmulos de un blanco immaculado. Observó la base hacia la que se dirigía. Aquello también fue una sorpresa; le pareció pequeña, un campo y unos cuantos edificios, hasta que después de reflexionar, dedujo que la mayor parte se encontraría bajo tierra y estaría reforzada para prevenir el ataque de los misiles. En fin, la frontera de la Sagrada República Occidental se encontraba a menos de cuatrocientos kilómetros hacia poniente, y aunque los yanquis habían estado en paz con sus hermanos disidentes durante dos decenios, las tres guerras civiles que estallaron en otras tantas generaciones dejaron cicatrices que no se cerrarían pronto, y que quizá jamás lo hicieran por completo.

Desbocado el pulso, su cuerpo tiró del arnés de seguridad como si deseara salir de un salto y llegar a tierra antes que el vehículo. Se olvidó del paisaje y de la política. Joelle estaba allá abajo.

Los amortiguadores neumáticos tocaron el cemento, la aeronave se deslizó hasta detenerse, los trípodes se colocaron en su sitio con un ruido sordo, la energía se desconectó, y reinó el silencio. Eric manipuló desmañadamente su arnés. Jamás había volado en un vehículo de ataque. En su país, había servido en una unidad de la policía local, pues Canadá seguía la política de no asignar a los especialistas más buscados al

servicio militar, donde su experiencia resultaba del todo irrelevante. Junto a él, el mayor Goldfine, el único compañero de cabina en el vuelo desde Calgary, tendió la mano para ayudarlo. A pesar de la importancia de aquella misión, el norteamericano había charlado amablemente durante el viaje, incluso había llegado a mofarse un poquito de las complicadas precauciones y los arreglos preliminares: «Vaya, hoy en día los sagrados están demasiado preocupados con el Imperio Mexicano como para meterse con nosotros. A nosotros no nos preocupa. En cuanto a ustedes, los canadienses franceses, en fin, doctor Stranathan, ¿acaso su viaje no es un elemento esencial de la unión de nuestros países? Mi dinero dice que la Federación Norteamericana existirá dentro de diez años más».

Eric sonrió para sí al oír que le llamaban canadiense francés —era alto, enjuto, rubio, su semblante era áspero como las zonas altas de la Escocia de sus antepasados— e intentó responder con el mismo talante. Pero no podía seguir la conversación, permanecía en silencio, su mente vagaba siempre en busca de Joelle.

Se puso en pie, saludó a la tripulación, dio unas palmaditas rituales al piloto automático, traspuso la puerta detrás del mayor y bajó por la rampa. Hacía un día cálido, soleado, soplaba una brisa cargada de un leve aroma a heno proveniente de los territorios agrícolas que se extendían más allá de aquel campo y de aquellos muros. Apenas lo notó. En el hueco de una valla, ella lo estaba esperando. Por algún motivo no echó a correr, pero cada una de sus pisadas le hizo vibrar la espinilla hasta la rodilla.

¿Habría cambiado en quince meses? No llevaba nada de lo que él le había visto antes, ni el adusto traje de negocios de la conferencia, ni la camisa y los pantalones casuales que había llevado durante las vacaciones en la montaña, ni el vaporoso vestido con reminiscencias antiguas que se había comprado hacia el final de su encuentro —para lo cual se había hecho aconsejar por un diseñador— para complacerle. Vestía su delgadez y su plenitud con una túnica azul de cuello alto, pantalones azules y botas altas, que recordaban el uniforme básico de los militares norteamericanos.

Cuando Eric se acercó, ella levantó un brazo e hizo un ademán que sugirió un leve saludo, nada más.

La flanqueaban una corpulenta coronel rubia y un civil negro y bajito; detrás de ellos había dos suboficiales armados. El coronel dio un paso al frente.

—¿Doctor Stranathan? —lo saludó con una sonrisa eficiente—. Bienvenido. Soy Maria Lundgard, primer oficial de enlace de la Fundación Shannon. —Apretón de manos, palabras cordiales—. Permita que le presente al doctor Mark Billings, jefe de la Fundación. Ya se conocerán ustedes por sus respectivos renombres, claro. —Apretón de manos, palabras cordiales—. Y ya ha visto antes a Joelle Ky.

Apretón de manos... cuando Eric le tomó la mano, por su mente pasó la idea de que aquellos nombres, junto con el de Sam Goldfine, manifestaban algo de lo que había forjado a la extraña y herida nación en la que se hallaba. En cuanto a Joelle,

muy poco de su sangre, salvo los marcados pómulos, revelaban la historia que se ocultaba tras su apellido. El casco de cabellos negros como el azabache, sus grandes ojos oscuros, la nariz y la mandíbula delicadas, la boca un tanto más ancha de lo que podía haber sido, la tez clara y pálida, los ciento setenta y cinco centímetros de estatura, podían haber provenido de muchos sitios, Inglaterra, Francia, Rusia, Cuba, Dakota, ¿quién podría adivinarlo? ¿A quién le importaba? Sintió la frialdad de la mano de Joelle como un estigma.

—Es agradable volver a verle —dijo ella, con el mismo tono que podría haber empleado para con otro colega. ¿O acaso su tonalidad de contralto delataba una mayor reserva?

(En un mensaje que le había enviado en diciembre le había advertido: «Cuando vengas —porque vas a venir, aunque tenga que hacer huelga para que lo dispongan así— deberás estar preparado para una recepción de lo más correcta. Al menos al principio. Ya sabes, nos seguirán de cerca todos los personajes molestos que infestan este mundo como moscas, funcionarios, oficiales, y quién sabe quién más. No dejaremos que adivinen lo que compartimos, ¿verdad? No es asunto de ellos, es nuestro milagro particular. No cabe duda de que sospechan. Incluso es posible que lo sepan. No los creo capaces de haberme puesto sus horribles escuchas clandestinas en tu país. No se atreverán a delatarse, pues ningún tipo de fricción que pueda evitarse debe poner en peligro las negociaciones en pro de la unión. “La Unión” es una vaca sagrada que los pueblos no han visto aún aunque admito que para mí también es una vaca a la que aprecio. De todos modos, si nos comportamos con discreción, posiblemente, no nos insinúen que necesitamos un acompañante, ni siquiera con la excusa de la seguridad. No temas, cariño. En mi sector no podrán instalar escuchas. Ya me ocupé de ello, y no pienso ceder. Cuando estemos a solas, ¡vaya si seremos indiscretos! ¿Cómo lograré esperar hasta entonces?...»). Se la veía tan seria.

—No veo la hora de empezar a trabajar con usted —se aventuró a decir Eric.

—Como todo el mundo —repuso Billings. Eric soltó a Joelle—. Pero debe de estar cansado del viaje, doctor Stranathan, y con seguridad querrá instalarse del todo antes de comenzar con un proyecto tan exigente como éste —comentó el director con una risita ahogada—. Sé que a los enlaces no hay que apremiarlos, porque reaccionan con fuerza.

—Creo que sería conveniente que nosotros, él y yo, hiciéramos un ensayo preliminar lo antes posible —se apresuró a sugerir Joelle, con tono sereno.

—¿Qué tal mañana? —inquirió Eric.

—¿Tan pronto? —replicó Lundgard, sorprendida—. Es que yo planeaba mostrarle todo esto, en fin, ya sabe, los sitios de interés. Además, estoy segura de que hay muchas personas que están ansiosas por conocerlo.

—No me cabe duda —comentó Joelle, extrañamente dubitativa.

—Eh... si... si nadie se lo toma a mal —atinó a decir Eric—, no estoy de acuerdo. Será mejor que usted y yo, señorita Ky, nos reunamos y comencemos a

pensar sobre las dimensiones específicas de lo que nos disponemos a hacer.

«¿Por qué no insiste?», se preguntó Eric de forma torturante.

—Bueno, podemos hablar de eso mientras vamos camino de la ciudad —decidió Lundgard—. Un coche nos espera. Sargento, traiga el equipaje de nuestro invitado. Por aquí, por favor.

Eric realizó todo tipo de maniobras para caminar junto a Joelle. Le ofreció el brazo, y se preguntó si ella lo cogería. En Canadá, le había sorprendido —aunque al principio en realidad le había dado rabia— comprobar que ese simple gesto le resultaba desconocido a Joelle. Después se emocionó al ver con qué ansias lo había adoptado. Hoy no lo notó, o fingió no notarlo.

Joelle no se mantuvo del todo al margen. Durante el viaje en coche hasta Lawrence, intervino en la conversación. Evitó hablar de banalidades —¿cómo había viajado, cómo estaban las cosas en Calgary?—, pero ésa había sido siempre su forma de ser. Del mismo modo, sentía un escaso interés por la política, tema que el resto del grupo tocó con cautela. ¿Creía el doctor Stranathan que el general McDonough llegaría realmente a permitir que en Canadá se eligiera un parlamento? Y en ese caso, ¿constituiría un obstáculo para la unión, visto que el Congreso continuaba siendo un símbolo tan apreciado en los Estados Unidos? Sin embargo, dado que el presidente Antonov parecía tener la certeza de que al sobrevenirle la muerte, cosa que le ocurriría un día de éstos, le sucedería su sobrino, y en vista de que el sobrino estaba a favor de la federación, ¿se llegaría a sancionar otra constitución?

Pero cuando la conversación se desviaba hacia temas técnicos, Joelle se animaba. Los últimos experimentos de investigación y desarrollo que mejoraban las centrales eléctricas de fusión de magma, los descubrimientos criobiológicos anunciados desde un laboratorio orbital mantenido por la Liga Iliádica, el diseño de una nave espacial que transportaría a Demeter el doble de colonizadores atravesando el paso estelar, la propuesta de un mensaje al que los Otros debían por fin contestar. A medida que el brío se reflejaba en sus gestos y su sonrisa leve, sus preguntas entusiastas, la forma en que ladeaba la cabeza, Eric se dejó abrumar por el prodigio de estar junto a ella.

Con todo, cuando el coche se detuvo ante el club de la facultad universitaria, donde él se alojaría, Joelle se limitó a decir:

—Si puedo, luego le telefonearé, cuando ya sepa qué tiene que hacer, así podremos concertar una cita.

(En un mensaje que recibiera en abril, ella le había advertido: «Supongo que he sido menos apasionada en mis últimas comunicaciones. Pobrecito mío, ¡cómo te empeñaste en tu última carta en hacérmelo notar sin que los censores se enterasen! A propósito, no creo que nos lean la correspondencia, aunque será mejor que no contemos con ello; si se tomaran el trabajo, podrían hacerlo sin dejar rastros que yo pudiera detectar con mis sistemas especiales. Pero hablemos de nosotros. Tal vez se me están acabando las palabras de amor, puesto que tienen que fluir en una dirección solamente. O tal vez es que... bueno, ocurre, que tú, tu tierra, todo me parece cada

vez más un sueño. ¿Ocurrió realmente? ¿Pudo haber ocurrido? ¿Puede ocurrir? Ahora estoy trabajando en un nuevo enlace: física subnuclear; en realidad no puedo contarte mucho porque es tan extraño que resulta frustrante. Pero me llena tanto que me encuentro atrapada en el tema incluso fuera de las horas de trabajo, y de pronto me doy cuenta de que me he pasado horas sin pensar en ti. Tienen que dejarte venir pronto. ¡Pronto!»).

Eric le estrechó la mano una vez más.

—Como quiera —repuso—, espero que sea esta misma noche.

La primera vez que se habían visto habían sido menos formales.

El banco de memoria

La Conferencia Internacional de Psicodinámica era algo más que un importante acontecimiento científico. Era una gran jugada política. El Pacto de Lima supuestamente había establecido el marco dentro del cual crecería la paz después de generaciones de revueltas. El compartir el conocimiento que los gobiernos habían guardado celosamente constituía un compromiso que permitiría intentar que esa suposición se convirtiera en realidad.

Por ese motivo, la reunión era un acto profundamente simbólico, una especie de Cena del Señor. A la larga, para la mayoría de los participantes, se convirtió en una comunión. Después de la Conferencia, más de uno comprobaría que su vida había tomado rumbos totalmente imprevistos.

El mundo en su totalidad —la Tierra, los estados Iliádicos, las otras colonias espaciales que conservaban su lealtad hacia alguna madre patria, los asentamientos lunares, las bases esparcidas por el Sistema Solar, los demetrianos del otro extremo del paso estelar— presentía este aspecto, e intentaba seguir de cerca el acontecimiento allí donde existieran canales informativos. A pesar de que la causa merecía la pena, todo ello creaba una serie de inconvenientes. Además de verse constantemente asediados por los periodistas, los delegados tenían que soportar las interminables ceremonias de apertura. El general McDonough en persona les dio la bienvenida a Calgary. No estuvo mal, pues el hombre fue lacónico. Pero por la tarde, Nikos Drosinis no se contentó con que lo presentasen como un Gran Anciano, sino que sintió la necesidad de explicar al público, en su confuso inglés cuál era el tema central. Lo cierto era que el común de los legos se había convertido en un ignorante científico. Sin embargo, ¿acaso no era la popularización tarea de aquellos mismos

periodistas?

«... el cerebro humano, y por tanto todo el sistema nervioso, puede integrarse con una computadora de diseño adecuado. Hace ya tiempo que hemos superado la etapa de los “cables en la cabeza”. La inducción electromagnética basta para producir el enlace. La computadora proporciona entonces una amplia capacidad de almacenamiento y proceso de datos, la posibilidad de realizar operaciones lógico-matemáticas en microsegundos o incluso menos. El cerebro, aunque mucho más lento, suministra la creatividad y la flexibilidad, de hecho, reescribe continuamente el programa. Existen computadoras que pueden hacerlo por sí mismas, por supuesto, pero en la mayoría de los casos no funcionan tan bien como el enlace computadora operador, y es posible que jamás lleguemos a mejorarlas de modo significativo. Después de todo, el cerebro contiene células cuyo número se cifra en diez a la duodécima; todo ello dentro de una masa de aproximadamente un kilogramo. Es más, el enlace proporciona al hombre acceso directo a lo que de otro modo sólo conocería indirectamente.

»Para los fines prácticos que nos ocupan, las ventajas del sistema son de dos categorías: a) Tal como he afirmado ya, los programas pueden alterarse en el momento, durante el curso de su ejecución. Antiguamente, era necesario ejecutarlos de cabo a rabo, comprobando laboriosamente sus resultados, para después volver a escribirlos lentamente, con posibilidades de error, y sin ninguna garantía de que las nuevas versiones resultasen lo que todos necesitábamos. Una vez que se extienda el uso de los enlaces humanos y de sus equipos, superaremos esta desventaja, b) Guiándonos por la experiencia misma, y tal como ya he sugerido, el enlace humano adquiere una agudeza de ingenio que no podría haber adquirido de ninguna otra manera, por lo que se convierte en un científico más capaz, además de un mejor redactor de programas, incluso al trabajar independientemente del aparato».

«¡Dios santo!», pensó Eric y se revolvió en su asiento. Apartó la vista del estrado y observó el auditorio. Vio unos cuantos cientos de cabezas, algunas de las cuales se habían inclinado sobre el pecho de sus dueños; vio también las paredes que se elevaban más allá, elegantemente tapizadas en arce y desplegadas, las altivas banderas de los regimientos provinciales que habían ayudado al Canadá a superar los Disturbios. La chaqueta de un vecino le provocaba un ligero escozor en el brazo desnudo (el hombre tenía un estómago prominente y lucía una blanca barba de chivo, pero probablemente habría resultado fascinante conversar con él), y notaba una ligera sensación de presión por la proximidad del tipo sentado a su izquierda (un hombre ligeramente moreno, de raza hindú, que seguramente no provenía del trágico barbarismo de la India, tal vez sería de la Confederación del Himalaya); y a pesar del aire acondicionado, percibió un olor subliminal a carne...

«Por lo tanto, el enlace ha permitido que la ciencia progresase notablemente en aquellas áreas que tuvieron la fortuna de escapar a los peores efectos devastadores del caos», prosiguió Drosinis machaconamente. «A medida que vaya apartándose de su

etapa actual, que es esencialmente experimental, y evolucione hacia una rutina industrial y unitaria, logrará efectos imprevisibles. Espero que esto se produzca principalmente a través de la computación y, quizá, mediante la manipulación ultradelicada de equipos especializados, y no a través del control de máquinas para las cuales ya contamos con sistemas adecuados, los seres humanos o la robótica.

»Además, considero que el potencial artístico ofrece sus dudas. Se han realizado unos cuantos experimentos interesantes. Sin embargo, no se ha llegado muy lejos. Aparte de que las computadoras se necesitan enormemente para otros menesteres, parece improbable que los artistas geniales dispongan de la paciencia, la inclinación o el talento innato que les permita pasar por el prolongado y riguroso adiestramiento que los convertiría en enlaces humanos. No obstante, tengo la esperanza de que algunas de las ponencias que se presentarán en esta conferencia nos revelen más datos sobre este tema. Los enlaces humanos informan que sus experiencias poseen una calidad trascendental, y varios de ellos se han dedicado, como aficionados, a intentar comunicar este aspecto a través de la poesía, la música o los gráficos...».

Eric asintió con la cabeza. Él mismo lo había intentado, pero sin éxito. En realidad, carecía de aptitud, tanto por herencia cultural como biológica. Era hijo menor de una de las familias neoseñoriales que aportaron a la Columbia Británica la ley, el orden y un sentido aproximado de la justicia. Del recuerdo surgieron las salvajes cacerías por laderas montañosas y antiguos bosques lluviosos, las patrullas en persecución de bandidos y los ocasionales encuentros con éstos, las excursiones junto a los pescadores de voces roncadas, manos ásperas y corazones tiernos por la maravilla del Paso Interior, los despreocupados revolcones con las jóvenes criadas, las noches durante las cuales crepitaba el fuego en los hogares y los escuadrones de gaiteros hacían sonar con estridencia las Canciones de Nuestros Muertos, cuando a él lo habían considerado lo bastante mayor como para emborracharse en compañía de los hombres.

Al cumplir los dieciocho, le habían ofrecido la beca para estudiar en el Instituto Turing con la posibilidad, si lo hacía bien, de convertirse en catedrático becado; había aceptado, porque la paz de McDonough había convertido al feudalismo en un sistema obsoleto en todo el país, y a él no le interesaban los títulos vacíos, y, de todos modos, era el hijo menor; recordó también su asombro al descubrir que a través de los siglos, los titanes matemáticos, Pitágoras, Von Neumann y otros, habían forjado la gloria. Esto le había asombrado más profundamente que cualquiera de sus enamoramientos...

Maldición, no existían palabras que describieran el enlace, y él aún no había encontrado matices o imágenes que reflejaran la verdad. Durante el enlace, veía... no, no veía, quizá, era la totalidad de un problema... no, no un problema, era ése un concepto demasiado fragmentario... ¿un empeño, quizá?... ¿un elevarse hacia la comprensión?... salía de sí mismo, salía del mundo.

«Debemos organizar programas para encontrar miles de jóvenes dotados.

Debemos persuadirlos de que, aunque la carrera de psicoinergia exige mucho, tiene sus grandes compensaciones».

Incluso las prácticas con análisis elementales lo habían absorbido. Superados los años austeros, se volvió apto para las cuestiones fronterizas, para las que no se podían inventar programas hasta que sus mismas implicaciones no hubieran sido analizadas...

«Ya estamos en condiciones no sólo de hacer progresar nuestras tecnologías, sino de mejorar las sociedades en las que vivimos».

Se podía tomar el asunto del impuesto sobre el crédito, como el ejemplo aparentemente más desalentador. McDonough se había empeñado en trabajar para la eventual restauración de un gobierno civil, aunque probablemente ello no ocurriría hasta después de su muerte. (Lo mismo estaban haciendo sus homólogos norteamericanos. Podían ser sinceros o no. Eric creía que McDonough lo era). Con ese fin, McDonough quería adoptar medidas que fomentaran la empresa privada e impidieran el crecimiento de la burocracia. Al mismo tiempo, el estado necesitaba ingresos. En lugar de un impuesto sobre la renta, con todo el poder sobre el individuo que implicaba, ¿por qué no un impuesto sobre préstamos que devengaban intereses, ya sea que dichos préstamos se otorgaran a un cabeza de familia que aceptaba cargas para poder posponer el pago de la cuenta del hidrógeno, o a una empresa que financiara una mina en un asteroide?

¿Por qué no? Pues bien, ¿cuáles serían los efectos probables sobre la economía? Obviamente, la gente pagaría al contado cuando pudiera hacerlo. ¿Cómo afectaría esto a las empresas que les otorgaban créditos a corto plazo, y a los empleados de esas empresas, y a los comerciantes que abastecían a esos empleados? El ciudadano medio, que disponía de más dinero debido a la ausencia de impuesto sobre la renta, encontraría que el aumento en sus cuotas hipotecarias no afectaría su vida diaria, ¿o sí lo notaría? Al pedir prestado a escala gigante, podría en realidad asumir una mayor participación en la economía que hasta entonces. ¿Cómo afectaría esto los negocios y la política?

Las preguntas se multiplicaban hasta el infinito. Y no tenían una única respuesta, porque no existía un modelo único. El problema consistía en construir tantos modelos diferentes como fuera posible —podían ser tan elegantes como el de Adam Smith o tan crudos como el de Karl Marx—, observar las reglas dentro de cada uno de estos universos, y contrastar los respectivos resultados con los datos reales. Pero los datos reales son seleccionados; en cualquier grupo de datos siempre existe un modelo implícito. De modo que hay que analizar igualmente la lógica misma del proceso.

Eric recordaba cómo había protestado cuando el Instituto recibió el encargo y le solicitó que participase. Acababa de elaborar (teniendo en cuenta la gravitación, los campos electromagnéticos, el viento solar y la evolución del Sol, las nubes de polvo y gases, las estrellas conocidas de la región y sus destinos proyectados, la órbita galáctica sujeta a millones de configuraciones cambiantes en otros lugares...) una

probable historia futura de los planetas del Sistema Solar.

Pero como aceptó, se encontró creando para ellos espacios n-dimensionales, y curvaturas con variante temporal, y en su interior, tensores, funciones y operadores que nadie había imaginado jamás; construyó un cosmos conceptual, descubrió en él defectos y lo anuló, construyó otro, y otro, hasta que por fin comprendió lo que había hecho, y hasta lo encontró bueno. Cada vez ejecutó y verificó velozmente las operaciones numéricas; y de pronto supo cuánta realidad había abarcado; aquello resultó un estallido revelador. La esperanza cristiana de estar eternamente en presencia de Dios, la esperanza budista de convertirse en uno con el todo en el Nirvana, la esperanza del enlace humano de alcanzar algo más que el genio... ¿acaso existe una gran diferencia entre ellas? Sí: el enlace humano lo logra en vida.

En días, horas, fracciones de segundo. Después, el enlace humano, sea hombre o mujer, no logra comprender del todo lo ocurrido. El supremo momento del amor también yace fuera del tiempo; pero, en paz, lo comprendemos mejor que lo que el enlace humano comprende lo que ha conocido.

Eric recordó este comentario: *«Sin duda, me beneficia contar con estos antecedentes primitivos. Muchos de mis colegas pierden el gusto por el mundo ordinario. Yo no»*.

«... se ha sugerido con frecuencia que gracias a la psicoinergia seremos capaces de entablar conversaciones con los Otros. De ellos sólo sabemos que, cuando descubrimos el paso estelar en órbita, nos permitieron utilizarlo, mostrándonos cómo atravesarlo para llegar a Demeter. Nada más. Nada más en este siglo desde entonces. El maravilloso hecho de su existencia ha inspirado revoluciones espirituales que contribuyeron a producir el caos. No puedo creer que fuera ése su deseo. Más bien diría que el conocer su existencia ayudó a la humanidad, en sus penas y sus cóleras, a no liberar aquellos poderes que acabarían con el planeta. Tal vez ahora hayamos completado un duro aprendizaje y estemos listos para el paso siguiente. Me atrevo a confiar en que esta reunión nos permita unirnos para alcanzar una comunicación directa con los Otros».

«¿Lo lograremos?», se preguntó Eric. *«Imagino que sólo de vez en cuando ellos viven su vida entera como yo vivo la mía. Salvo que ellos lo hacen con mayor plenitud. Es lo que yo supongo»*.

Su vista volvió a pasearse por el auditorio. ¡Vaya, una preciosa mujer sentada unos doce sitios más a su derecha! ¿Cómo no la había visto antes? Alta, bien formada, morena, con un rostro fino y poderosamente perfilado como el arco de las alas de una gaviota... ¿quién sería? A juzgar por el corte del traje, se trataba de una yanqui. Estaba sentada allí, con la barbilla apoyada en un puño, sumida en sus propios pensamientos, igual que lo había estado él.

«... durante los años de sigilo, nuestros colegas norteamericanos han realizado avances espectaculares. Quiero agradecer personalmente, y estoy seguro que el agradecimiento es sentido por todos los aquí presentes, al gobierno posrevolucionario

de los Estados Unidos su decisión, sabia y altruista, de revelar públicamente al menos los principios básicos de esta nueva tecnología. Algunas de las ponencias más sugestivas de nuestra reunión versarán sobre ciertos aspectos de dicha tecnología. Esta noche bastará con que diga que el enlace ha adquirido una dimensión nueva, que en principio se aplicará con fines similares, y posteriormente con fines puramente investigativos. En este sistema holotético, como se lo denomina, es probable que comencemos a alcanzar la percepción directa del noúmeno. No cabe duda de que la mía es una declaración faustiana, especialmente si tenemos en cuenta que nos encontramos en una fase inicial de la investigación...».

La muchacha se había animado un poco. Entonces, era probable que se dedicase a esta nueva especialidad. Prestó atención durante unos instantes antes de regresar adonde fuera que regresase.

Más tarde, cuando concluyó la ceremonia y el gentío comenzó a salir, Eric se abrió paso entre la multitud hasta encontrarse con ella. La audacia siempre le había permitido conseguir lo que quería, y nunca le había costado más de lo que podía pagar.

—Disculpe, señorita Ky —le dijo, después de leer el nombre en su insignia.

—¿Sí? —repuso ella. Sus ojos no se mostraron ni tímidos ni invitantes.

Había elaborado de antemano la táctica del acercamiento. No mentiras, sino meras implicaciones; se trataba de una táctica frágil, pero no la necesitaría más que para presentarse.

—Me llamo Stranathan, como podrá usted ver. Soy un enlace humano de tipo simple y digital, pero parte de los trabajos en los que he participado me han acercado a los conceptos holotéticos, y según tengo entendido, ése es su campo.

—Sí.

—Bueno, yo... —Si no es una criada sino una dama, comienza tímidamente—. Me gustaría hablar con algún operador. Informalmente, quiero decir, sin ningún compromiso de exactitud, tal vez desde un punto de vista subjetivo, ¿me comprende? Preferiría que fuera pronto, antes de que la conferencia avance.

—Bueno... —La muchacha reflexionó. No era por coquetería, se trataba de una reflexión pura y simple; aun así resultaba deliciosa la forma en que se tocaba la mejilla con los dedos—. Bueno, sí, suena razonable.

—Tal vez le interese saber lo que hemos hecho en Canadá —prosiguió él—. No hemos llegado tan lejos como ustedes, quiero decir, en algunos aspectos, pero tengo la impresión de que hemos investigado otros más a fondo.

—También tengo esa impresión —asintió ella. El gentío los empujaba envolviéndolos con su murmullo. Eric ensayó una sonrisa.

—Espero no parecerle insolente, pero ¿le gustaría venir conmigo al bar y conversar un rato?

—No estoy acostumbrada a beber —repuso ella con calma.

—En ese caso, puede tomar un refresco, si lo prefiere.

—Lo prefiero. Aunque usted puede hacer lo que le apetezca —los ojos de la muchacha se encontraron con los de Eric, y éste pensó que jamás había visto una honestidad tan plena—. Le agradezco la invitación doctor Stranathan, he venido para intercambiar información y éste me parece un buen comienzo. ¿Vamos?

La habitación que le asignaron en el club de la facultad era espaciosa, estaba cómodamente amueblada, contaba con un baño privado y, por ser él, estaba equipada con máquina de escribir, terminal de computador, pantalla de datos e impresora. Sobre una pequeña nevera había vasos, soda y un litro de su *whisky* preferido. Acarició la botella, conmovido por el gesto, hasta que la garganta se le hizo un nudo. Joelle debió de haberles dicho la marca. Debió de ser idea de ella desde el principio. ¿Entonces por qué se había, mostrado tan poco pródiga en bienvenidas?

A grandes zancadas se dirigió hacia la ventana y miró hacia afuera. La abrió y sintió una brisa fresca, aromatizada por la hierba recién cortada, y desde el segundo piso en el que estaba apreció un panorama con prados y edificios. La luz llegaba desde el oeste, bañando las hojas de dorado y volviendo invisibles los cristales. Por los senderos paseaban unos cuantos estudiantes, muchachos y chicas brillantemente vestidos, varias parejas cogidas de la mano. El cielo rebosaba quietud.

«Y éste fue el ambiente de Joelle durante los últimos tres años», pensó. «Una gran diferencia con la reserva militar en la que se había criado. ¿Había de veras una gran diferencia? Joelle me contó que sus maestros, adiestradores, experimentadores y finalmente sus compañeros, cuando ella hubo madurado en su trabajo y éste dentro de ella, no eran muy distintos de los profesores de aquí. Aquellas personas eran en su mayoría investigadores, científicos que llevaban a cabo el proyecto por el proyecto mismo, aun cuando estuvieran contratados por las fuerzas armadas. ¿Acaso está menos aislada en el campus, rodeada de la ciudad, con aire y acceso a la telecomunicación con cualquier punto y a cualquier hora, que lo que estaba en los cien kilómetros cuadrados rodeados de vallas de la remota región de Tennessee?».

Sonó el teléfono. Con las prisas de llegar hasta él y pulsar el botón de aceptación, tropezó y estuvo a punto de caer. El aparato le mostró el rostro del coronel Lundgard.

—Hola, de nuevo —lo saludó afablemente—. Espero que ya esté usted instalado y que esté descansando.

—Sí, sí, claro —le sorprendió notar por el reloj que habían transcurrido un par de horas desde su llegada. Se había pasado más tiempo del que creía sumido en el torbellino de sus pensamientos—. Me han dado un bonito alojamiento.

—Dentro de poco cenará con el doctor Billings, espero lo recuerde —le dijo—. En cuanto a mañana, le he arreglado unas citas. Hay muchas personas que ansían verle. A las diez, realizaremos un recorrido preliminar de la universidad en su conjunto, terminaremos en el despacho del doctor Johns, el presidente. Irá usted a almorzar con él y un grupo de miembros escogidos de la facultad. Después...

Una ola de indignación recorrió a Eric.

—Espere un momento —le espetó—. ¿Qué me dice de la señorita Ky?

Lundgard pareció sorprendida.

—¿Cómo dice?

—Yo... —Eric tragó saliva, se dominó y habló de prisa—. Verá, agradezco sus esfuerzos, pero he venido hasta aquí principalmente para colaborar con ella. Será mejor que no asuma compromisos hasta que lo haga.

—¿Cómo? —inquirió Lundgard. A continuación hizo una pausa y frunció el ceño—. Supongo que estará en su laboratorio mañana por la tarde, cuando el doctor Billings le acompañe a hacer un recorrido por las instalaciones de la Fundación Shannon. Entonces, si lo desea, podrá usted hablar con ella sobre el plan de trabajo. Pero antes supongo que querrá saludar a los... a los líderes.

Desde el punto de vista práctico, ella tenía razón, y Eric lo sabía. De hecho, sería estúpido de su parte comportarse con arrogancia. Había conseguido esta oportunidad no porque fuera el mejor enlace humano de Canadá. Era bueno, eso sí, había contribuido al progreso de las técnicas así como a utilizarlas en la resolución de problemas; pero no era Tremblay ni Vlastic; no, durante meses y meses Joelle había utilizado sus influencias para recomendarlo, y lo más probable era que hubiera minado lentamente la resistencia de Billings. Además, se suponía que debía mostrar una buena voluntad internacional. Aunque sólo fuera eso, debía mostrarse un poco humilde.

Contrajo los hombros hasta que le dolieron. «*Maldita sea, soy de la Casa de Stranathan, mi padre fue Capitán General del Valle Fraser, ¡no nos sometemos servilmente!*». En el fondo, reconoció que era su sangre la que le impedía esperar un minuto más de lo debido para estar a solas con Joelle. No obstante, los principios eran importantes, debía respetarlos por el bien de la nación, así como de su familia y su orgullo. ¿O no? Escogió cuidadosamente las palabras.

—Comprendo su punto de vista, coronel. Pero le ruego que entienda mi postura. No podré organizarme sensatamente hasta que no tenga una idea aproximada de lo que este trabajo exige de mí, si no sé qué forma tendrá, o qué dimensiones. Antes de que eso ocurra, el alboroto social no será más que una pérdida de tiempo para todo el mundo, ¿no le parece? La única que puede darme las explicaciones adecuadas es la señorita Ky. El enlace no se parece en nada a lo que la gente suele hacer —hizo una mueca con los labios—. Debería saberlo si ha trabajado como oficial de enlace para la Fundación. Los enlaces humanos son todos extraños.

Era cierto, tenían fama de excéntricos, aunque dicha fama nacía de una minoría. La mayoría de ellos intentaba ocultar la timidez o el aburrimiento que les producía el estar alejados de sus máquinas con una forma de vida ultraconvencional; además, no eran agresivos. Para ellos no valía la pena discutir por detalles cotidianos. Los antecedentes de Eric le habían convertido en una criatura mundana que a veces —lo reconocería más tarde— se comportaba de una forma bastante extravagante. Pero, al

principio, en Lawrence le perdonarían muchas cosas, si el personal suponía que se trataba de alguien sólo marginalmente humano. Descubrirían la verdad con demasiada lentitud como para sentir que habían sido embaucados.

Al parecer, Lundgard comprendió su punto de vista.

—Bueno, si insiste —dijo al cabo de un momento—. No entiendo por qué la señorita Ky no planteó el asunto mientras veníamos hacia aquí en el coche.

«*Yo tampoco. ¿Estaría demasiado preocupada? ¿Por qué? ¿Cómo voy a saberlo? ¿Cuándo lo sabré?*».

—Probablemente la culpa sea mía —improvisó Eric—. Tal vez ella esperaba que yo dijese lo que quería. Y lo cierto es que me encontraba cansado después del vuelo. Demasiado cansado como para pensar como es debido.

—¿Quiere que la llame?

—¡No! Lo... lo lamento, no quise gritar. Será mejor que lo arregle yo con ella. Le daré una respuesta en cuanto me sea posible. Le ruego que me disculpe con... —La conversación derivó luego en formulismos—. Hasta pronto.

Cuando la pantalla quedó en blanco, a Eric comenzaron a temblarle las manos. El sudor empezó a provocarle comezón. Bebió un trago de golpe y sintió que le quemaba parte de la tensión.

«*¿Debería telefonar yo mismo a Joelle? No, dijo con toda claridad que ella me llamaría. ¿Por qué no lo ha hecho, entonces? Ya no la entiendo. ¿Acaso la entendí alguna vez?*».

Abruptamente, con violencia, giró la perilla de información y buscó el número del despacho y de la casa de Joelle. En ninguno de los dos obtuvo respuesta. La imaginó paseando sola junto al río, como ella misma le había contado que solía hacer, pensando en... ¿en qué? Dejó grabado un mensaje en ambos sitios; se limitó a decirle escuetamente que había dejado el día siguiente libre para consultar ciertas cosas con ella, y le pidió que le telefonease. Al minuto de haberse comunicado, ya no lograba recordar qué palabras había empleado en el recado.

Se puso el sol. Era hora de que fuera a cenar con Billings. Se había puesto su uniforme de reservista, que resultaba aceptable en todas partes y declaraba su nacionalidad. Dado que al llegar le habían mostrado los alrededores, no tardó en encontrar en el edificio el lugar donde se encontrarían.

Se trataba de una sala amplia y acogedora, con paneles de madera; las puertas cristaleras estaban entornadas para permitir la entrada de aire fresco, pero en un hogar de piedra crepitaba una hoguera para evitar el frío. Los fluorescentes estaban en baja intensidad, de modo que en las paredes se veía bailar la luz de las llamas y las sombras. Por un instante, Eric creyó estar de vuelta en el parador del Lago Louise, y quedó deslumbrado. Pero quien se levantó para recibirlo no fue otro que Billings, un hombre rechoncho, canoso y del color del chocolate.

—Hubiera preferido recibirlo en mi casa —le dijo el director—. Pero soy viudo, y en estos días un particular no se puede permitir el lujo de contar con criados

competentes. —Un lacayo acudió a la llamada del timbre—. ¿Qué le apetecería beber de aperitivo?

Eric pidió un margarita. Había oído hablar del brebaje, era yanqui, o mexicano, o lo que fuese, pero jamás lo había probado. Su frialdad agrisada y salada le resultó refrescante. La cena sería servida en una mesa ubicada en el otro extremo de la sala. Mientras tanto, él y Billings estaban sentados en sendos sillones, uno frente a otro.

—¿Quiere fumar? —inquirió el director ofreciéndole una cajetilla de cigarrillos.

—No, gracias —repuso Eric—. Donde yo vivo cuesta tanto conseguir tabaco que resulta difícil adquirir el hábito.

—Mejor para su salud. De todos modos, espero con interés los pequeños lujos así como los grandes beneficios que resultarán del incremento del comercio, y con el tiempo, de la unión, ¿no lo espera usted también? —inquirió Billings encendiendo un cigarrillo. El humo acre flotó hasta llegar a la nariz de Eric, como subrayando lo que vendría después.

—He hablado con el coronel Lundgard. ¿De veras cree que no podrá pasar por todas las citas de mañana? Se encresparán los ánimos.

Eric volvió a tensarse.

—Lo siento —repuso secamente—, pero así están las cosas.

—Pues bien, trataré de apaciguarlos por usted. No será la primera vez que lo hago —dijo, encogiéndose de hombros, y luego agregó con tono afable—: Si se me permite decirlo, ustedes, los enlaces humanos son una raza independiente, por más que muchos lleven una máscara de conformismo —y poniéndose serio, prosiguió—: Es posible que se encuentre usted con la misma dificultad. La autodeterminación, la intransigencia... la peculiaridad... un orden de magnitud por encima del suyo propio.

El cóctel, junto con lo que había bebido en sus habitaciones, después de un día de cansancio y sorpresas, comenzaron a hacerle sentir a Eric un ligero mareo. Desafiante, tomó un gran sorbo y repuso:

—¿Se refiere usted a Joelle Ky, no es verdad?

—Fundamentalmente. Es brillante, pero...

—Pero nada. En Canadá llegamos a conocernos tan bien que... —*¡Detente! ¡No desatines, zoquete!*

Billings lo miró de hito en hito, deliberadamente y murmuró:

—¿De verdad? ¿Está seguro? Para empezar, ¿qué sabe usted de sus antecedentes?

Joelle le había hablado sin demasiado detalle. Eric decidió que ya que estaba, permitiría que Billings repitiese la información, tal vez eso le permitiría reunir más datos. Por lo menos, le daría tiempo para dominarse.

—No demasiado —repuso, y se reclinó en el sillón con expresión expectante.

Billings le dio una profunda calada al cigarrillo y comenzó su relato:

—Nació en el oeste de Pensilvania. Sus padres murieron cuando ella tenía dos años, al precipitarse el avión en el que viajaban durante una refriega aérea. Un orfanato militar se hizo cargo de ella; bueno, en realidad en aquella época casi todo

era militar. En vista de que sus padres habían sido expertos en matemáticas aplicadas, un equipo del Proyecto Itaca no tardó en ponerla a prueba. Demostró unas aptitudes naturales tan impresionantes, que la llevaron, junto con otros niños de iguales características, a la Reserva de White Pine, en Tennessee. Y allí pasó los siguientes veintiún años de su vida.

Billings interrumpió su relato. Eric hizo un ruido para alentarlos.

Billings reaccionó y prosiguió:

—No los trataban mal; me refiero a los niños. Quizá fue mejor eso a que creciera en un dormitorio o en un hospicio civil sometido al racionamiento. Cada uno de esos niños fue adoptado por una pareja casada que formaba parte del proyecto, y cuyo bienestar familiar corría por cuenta del ejército. Las instalaciones eran amplias, agradables, con bosques. Contaban con gran variedad de material recreativo. La comunidad, aunque aislada físicamente, era estimulante y llena de vida, repleta de intelectos de gran potencia. Las noticias nos llegaron a través de las pantallas y de los facsímiles, o por medio de quienes habían tenido ocasión de viajar al exterior. Y... ¿qué decirle del proyecto en sí? Incluso para un niño, ¿no valía la pena sacrificar gran parte de lo que ha dado en llamarse una vida normal? Usted es un enlace humano, doctor Stranathan. Probablemente pueda responder a esa pregunta mejor que yo.

—Me hace usted dudar de que pueda hacerlo, señor Billings —repuso Eric en voz baja.

—Pues yo, seguro que no pueda. El enlace llegó muy tarde a mi vida. Mis experiencias en este campo han sido necesariamente limitadas. Usted, los de su generación, comenzaron a edad temprana, lo suficiente como para desarrollar mucho más esa capacidad. ¿Qué me dice de los que empezaron antes aún, prácticamente desde niños?

—Eso digo yo, ¿qué ocurre con ellos? —Atacó Eric—. Cuando conocí a Joelle... bueno, ya sabrá usted que entre nosotros usamos nuestros nombres de pila... como le decía, cuando la conocí, ella ignoraba un montón de cosas que la gente corriente, incluso yo mismo, damos por sentadas. Pero aprendió de prisa, y se sintió encantada. ¡Maldición, no es una máquina! ¡Es una mujer!

Al instante se maldijo por lo que pudo haber dejado entrever. Sin embargo, Billings no lo notó, o fingió no hacerlo.

—Lo que usted dice es aplicable a la mayoría de los que conocí —repuso el director—. En términos generales, son demasiado cerebrales. Ingenuos con respecto a la sociedad. Timoratos o retraídos, según sea el caso, para emprender relaciones íntimas. Y sin embargo, en ellos no hay nada de patológico; en todo caso, nada que no pueda compararse con lo que le ocurre al atleta que se concentra en el desarrollo corporal a expensas de las actividades culturales.

—¿Entonces por qué sugirió usted que a Joelle y a mí podría resultarnos difícil trabajar juntos?

—No sólo se ha pasado lo que recuerda de su vida como enlace humano, sino que

desde el principio, ha sido parte de la evolución de la holotética. Después de todo, ése era el fin del Proyecto Itaca. Y sigue siendo parte del proyecto. De hecho, desde que ha dejado de ser secreto, desde que ella se mudó de White Pine a Lawrence, se han logrado avances espectacularmente acelerados. La investigación ya no se limita a unos estrechos fines prácticos. Se permite a los trabajadores explorar hasta el infinito. Gran parte de lo que aprenden es imprevisible, y nos llega como una sorpresa sobrecogedora. Y Joelle Ky ha estado, está, en el centro de todo ello.

—Ya veo. ¿Para qué habría venido yo si no fuera para aprender todo lo posible de ella, y asesorar luego a mi gobierno sobre cuál es la mejor forma de conectarnos a sus equipos y...? ¿Lo ve? Ya me ha hecho usted caer en la trampa. Estoy repitiendo lo que ambos sabemos.

Billings arqueó las cejas.

—¿De veras lo sabemos? Sobre todo usted. De acuerdo, en Calgary se presentaron la teoría básica, algunos diagramas, datos experimentales y demás. Desde entonces, usted y sus colegas han estado en contacto con algunos de los nuestros, han recibido libros, revistas y demás publicaciones. Tiene usted una idea general del enlace holotético. ¿Pero ha tenido una verdadera ocasión de considerar su significado?

Eric parpadeó y se irguió en el asiento.

—Diría que es revolucionario, por supuesto. A pesar de todo, el sistema es un derivado natural de lo que se hizo anteriormente. Difiere en grado, pero no en especie.

Lo invadieron los recursos. Ella volvió a estar frente a él, en el estrado del auditorio de Calgary; se la veía tan pequeña y sola que Eric deseó cruzar al galope el mar de cabezas que los separaba para llegar hasta ella. La oyó leer su trabajo con una voz que sonaba igualmente perdida:

«... mientras que el enlace con maquinarias macroscópicas ha resultado poco efectivo desde el punto de vista de los costes, no ocurre lo mismo en el caso de la comprobación y el control de experimentos científicos. Para esto resulta inadecuado suministrar al cerebro operador sólo datos como las lecturas del voltímetro. Por ejemplo, se puede considerar mejor un espectro, es decir, captarlo racionalmente, cuando el operador lo ve y, simultáneamente, conoce la longitud de onda exacta y la intensidad de cada línea. Ello puede lograrse mediante el adecuado soporte físico y lógico. Subjetivamente, es como sentir los datos directamente, como si el sistema nervioso hubiera desarrollado unos órganos de entrada completamente nuevos que cuentan con una sensibilidad y una potencia sin precedentes.

»Los trabajadores de otros lugares han realizado experimentos sobre este tema. El objetivo principal del Proyecto Itaca fue dar el paso siguiente. ¿Qué significan esos datos, esas sensaciones?

»En la vida diaria, no percibimos el mundo como una mezcla de impresiones primarias, sino como una estructura ordenada. A lo lejos, no vemos una mancha

marrón y verde, sino que vemos un árbol de una determinada especie, colocado a una determinada distancia. Aunque esto lo hacemos inconscientemente, de forma instintiva, tal y como lo hacen también los animales, de todos modos se puede decir que construimos teorías, modelos del mundo, dentro de los cuales nuestras percepciones directas adquieren sentido. Como es natural, modificamos estos modelos cuando resulta razonable hacerlo. Por ejemplo, podemos llegar a la conclusión de que no estamos viendo en realidad un árbol, sino una pieza de camuflaje. Podemos advertir que hemos calculado mal su distancia porque el aire es más claro o menos de lo que creíamos en un principio. Sin embargo, logramos comprender a través de nuestros modelos y, básicamente, podemos actuar en un universo objetivo.

»Durante mucho tiempo, la ciencia ha ido aumentando el caudal de nuestra información, obligándonos a cambiar nuestro modelo del cosmos en su conjunto, hasta llegar hoy a miles de millones de años y años luz, en los que se encuentran galaxias, partículas subatómicas, una larga evolución de la vida, y toda una serie de datos que nuestros antepasados jamás imaginaron. Para la mayoría de nosotros, es cierto que esta parte de la *Weltanschauung*^[1] ha sido más bien abstracta, independientemente de la inmediatez del impacto de las tecnologías que permite.

»Para mejorar la capacidad de laboratorio, el Proyecto Itaca comenzó a buscar los medios de suministrar directamente al operador del enlace, tanto la teoría como los datos. Esto fue algo más que aprender un tema, temporal o permanentemente. Todo operador debe hacerlo para pensar en una determinada tarea. Y realmente, se han obtenido importantes logros en el Instituto Turing de Calgary, al sugerirse las primeras formas para que la computadora enlazada otorgara a su auxiliar humano el conocimiento necesario. El Proyecto Itaca mejoró sensiblemente estos sistemas, y sus sucesores civiles continúan avanzando.

»Ello ha tenido un resultado inesperado. Aquellos operadores adiestrados desde la niñez bajo el Proyecto Itaca, enlaces humanos, hoy adultos, que permiten obtener avances en este arte, están alcanzando cada vez más una modalidad que debo denominar intuitiva. Un lanzador de béisbol, un acróbata, o simplemente una persona que camina está constantemente resolviendo complejos problemas de física, y para ello utiliza un mínimo de pensamiento consciente, o prácticamente ninguno. El organismo siente lo que debe hacer. Del mismo modo, hemos llegado, por ejemplo, al punto en que manipulamos, dentro de la molécula de proteína, aminoácidos individuales mediante iones dirigidos por campos de fuerza, y en este punto, quizá estemos empleando una forma de trabajar que sólo los Otros podrían planear paso a paso. Lo mismo puede decirse de cualquier otro tipo de empresa. La percepción directa obtenida a través de la holotética está conduciendo a la comprensión a un nivel no verbal.

»Esto es doblemente cierto porque nuestro conocimiento teórico dista mucho de ser perfecto. En estos días ocurre con frecuencia que un holoteta presiente que las

cosas no marchan como se pretendía, que en el modelo hay algo que no funciona, y presiente qué cambios debe realizar, cuál es la verdadera situación, al igual que lo hacemos con frecuencia en nuestra vida común. El estudio sistemático posterior suele confirmar esta intuición.

»Mis colegas hablarán de diversos aspectos del enlace holotético. El esbozo que acabo de ofrecerles...».

Eric volvió a la realidad con un sobresalto.

—Lo siento, no le he oído —se disculpó.

—Antes habrá existido una diferencia de grado —repitió Billings—. Ahora se está convirtiendo en una diferencia de especie. Suponiendo que no lo sea ya.

—Ya conozco las especulaciones sensacionalistas. Pero también conozco a Joelle. Billings suspiró y sonrió.

—Ah, bueno, es probable que sí, y mejor que yo. Dos personas jóvenes... Pero bueno, no discutamos más. ¿Qué le parece si tomamos otra copa?

La cena fue agradable. El anciano contaba con una maravillosa colección de recuerdos que no se ceñían exclusivamente a su carrera profesional. Al mismo tiempo, estaba sumamente interesado en la infancia de Eric, en la sociedad feudal, ahora en vías de desaparición, y en los tipos de personalidades que dicha sociedad había forjado.

—En México —observó— la palabra es «macho». En las sagas medievales islandesas existe exactamente el mismo tipo de hombre. Es muy raro en la Norteamérica del siglo XIX, la era de la frontera fue demasiado breve como para que el modelo de los rústicos armados lograra madurar entre los caballeros. Sospecho que ustedes, los canadienses occidentales, se sirvieron de los vestigios de tradición inglesa que les son propios.

Eric no supo a ciencia cierta si se alegraba o no de que la visita acabase. Se alegraría si en su teléfono había un mensaje de Joelle. Si no... la velocidad con que andaba hizo retumbar el corredor y las escaleras.

Una luz roja le indicó que había una grabación. Pulsó con fuerza el botón de reproducción. La voz de Joelle sonó inexpresiva: «En vista de que lo quieres así, nos veremos mañana en mi laboratorio. Tendré unos bocadillos preparados y me aseguraré de que no nos interrumpan. Duerme hasta tarde. Lo que haremos no será fácil para ninguno de los dos».

El banco de memoria

Durante todo el tiempo que duró la conferencia, Eric la escoltó por Calgary. Para ella, la visita estuvo plagada de maravillas: museos, obras de teatro en vivo, una orquesta sinfónica, una compañía de *ballet*, restaurantes para gastrónomos, pequeños resquicios de intimidad, o simplemente noches de cerveza y charla con los amigos de Eric. En White Pine había tenido escaso contacto con cosas de este tipo, y poco más en Lawrence; pero Calgary era una ciudad cosmopolita. Además, nadie se había hecho cargo de ella como Eric. Eric se preguntó por qué; desde luego, era muy bella, pero no se atrevía a asediarla con preguntas personales. Joelle tenía la particularidad de refugiarse rápidamente tras una corrección no comprometedor. Y quizá fuera por eso.

La relación entre los dos echó raíces y comenzó a florecer. Cuando se clausuró la conferencia, Joelle había aceptado ir con él al Lago Louise. Eric contaba con las conexiones familiares como para llegar hasta aquel refugio, y ella no tuvo problemas para ampliar su licencia; ambos contaban con dinero suficiente.

Una vez allí, una mañana bien temprano, Eric había llamado a la puerta de Joelle. Para entonces, habían recorrido senderos, escalado hasta las cimas, holgazaneado en las vegas alpinas mientras los pájaros, los ciervos, y en cierta ocasión un oso, pasaban por allí. Hoy se dedicarían a recorrer el lago. Después del desayuno, la condujo hasta la canoa alquilada. En las horas que siguieron, a ratos remaron, a ratos utilizaron un murmurante motor eléctrico, a veces atracaron y bajaron a la orilla. Cuando se sentaron sobre el mantillo marrón salpicado de sol, mientras el oleaje brillaba ante ellos, Eric la besó. Joelle le había permitido hacerlo por primera vez, durante uno de los últimos paseos en la ciudad. Eric jamás olvidaría el parque, la luz de la farola salpicada por las hojas de junio, el sonido de los grillos y la deliciosa incomodidad de Joelle. Aprendió de prisa y se volvió más osada. Hoy, Eric ahuecó la mano debajo de la camisa de Joelle, aunque ella lo detuvo. Qué flexible era, qué cálido su aroma. Joelle murmuró.

Entre dos paradas como ésta, levantaron los remos y fueron a la deriva. El agua bailaba azul, verde, color del diamante. Reflejados en ella, los bosques y las montañas iban mudando de dirección silenciosamente. Cada uno de sus movimientos hacía mecer la canoa con gran suavidad.

Joelle sacó un brazo por la borda, sumergió un dedo en el agua y observó cómo se fueron ampliando las ondas.

—Las interferencias de los electrones también producen un muaré —dijo con tono reflexivo—. Es maravilloso ver repetirse aquí el mismo efecto. Jamás lo había notado —su mirada lo cautivó—. Gracias por traerme —dijo, y miró hacia otro lado—. Los electrones lo hacen en tres dimensiones. No, en cuatro, pero no lo he percibido... todavía.

Eric recordó otros comentarios parecidos de Joelle. Más tarde, mientras tomaban café y *brandy*, le había dicho lo sublimemente newtoniano que eran *El Lago de los Cisnes* y *Ondina*, cuando para él eran sublimemente eróticos. Quizá sería la inocencia

la que hablaba; y él, que también era enlace humano, encontraba en un recital de Bach tantas matemáticas como melodía, y admiraba por encima de todo las sutiles perspectivas de Monet. (Mientras contemplaban los mismos trifacsímiles, Joelle le había hecho notar ciertas interacciones de los colores que él y, según sospechaba, los críticos de los últimos dos siglos, no habían notado). Hoy, no sabía por qué motivo, sintió nacer en su interior la inquietud.

—Escúchame, Joelle —le dijo—, no te pierdas en abstracciones... Espera, por favor. Deja que te explique lo que quiero decir. De acuerdo, tú y yo trabajamos con datos, establecemos paradigmas, computamos los resultados. Muy bien. Es un buen trabajo. Pero no permitamos que eso interfiera con lo que nosotros, bueno, con lo que encontramos en sitios como éste. Ni con lo que encontramos en nuestra vida privada en general. Esto... —E hizo un amplio ademán con la mano en el que incluyó el horizonte—, esto es lo real. Todo lo demás son inferencias. Aquí es donde estamos vivos.

Joelle se quedó observándolo durante largo rato, y él se ruborizó. Finalmente, apartó la vista, fijándola, una vez más, en lo exterior. Eric apenas pudo oírla:

—Antes jamás había tenido la ocasión de reconocerlo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó él con un dolor que le nacía de dentro—. Pero ¿qué clase de monstruos eran? Te encerraron desde que eras una niña, te trataron como un aparato. Eso representabas para ellos, nada más que un aparato.

Joelle sacudió la cabeza; seguía sin mirarlo.

—No, Eric, ya te dije que eso no es cierto. ¿Es que no me estabas escuchando? El sigilo, el trabajo en sí, eran necesidades militares. Mis padres adoptivos fueron tan buenos como podrían haberlo sido mis propios padres. Intentaron que llevase una vida normal. Tenía muchos amigos de mi edad, los hijos del resto del personal. Pero en las computadoras encontré demasiadas cosas. Recuerda que la holotética no fue algo preparado de antemano que la escuela me hizo tragar. Fue algo que creció, un descubrimiento, un logro, la aventura, desde el comienzo mismo. Fui una líder. Y ésa es una mezcla embriagante para cualquiera, y mucho más para una niña. Los chicos de mi edad me aburrían; ni me molesté en hacer amistades, excepto con aquellos pocos que participaban conmigo en la misma parte del proyecto, y casi nunca deseábamos hacer otra cosa que no fuera hablar de ello, cuando no podíamos trabajar en ello. Por eso, y la culpa es toda mía, no aprecié que existen cosas igualmente grandiosas, hasta que me mudé a Lawrence y sufrí un saludable choque cultural. Al principio, eso hizo que me encerrara más en mí misma.

Volvió a mirarlo.

—Tú has hecho que fuera diferente, Eric. Tú me has hecho sentir y comprender... —Su voz se fue apagando. Se sonrojó desde las sienes hasta el pecho.

—Me alegro —dijo Eric y, para ocultar la confusión que los embargaba, agregó—: ¿Qué tal si seguimos?

Después de la cena, cocinada en un fuego con aroma a resina y sazonada por la

proximidad de Joelle, regresaron. Los sorprendió la puesta de sol, pero ya lo habían previsto y el cielo les proporcionó luz suficiente. Pararon para descansar a un par de kilómetros de la posada. Los bosques de pinos la ocultaban; podrían haber sido la última pareja sobre la Tierra, o la primera de un mundo virgen. El lago brillaba como la obsidiana y, en una brisa cuyo frío Eric no notó, la canoa se meció sobre olas risueñas. Las montañas parecían lejanas y ventosas, como soñadas hacía tiempo durante la marea de la aurora. Las estrellas tachonaban el cielo, la Vía Láctea se desplegaba entre ellas con su fulgor escarchado; de haber estado Eric en un vuelo espacial, la sensación de estar flotando en una inmensidad inconmensurable no podía haber sido mayor.

Joelle dejó que sus ojos vagaran hacia lo alto, luego susurró:

—¿Cómo verán todo esto los Otros? ¿Qué significado tendrá para ellos?

—¿Qué serán ellos? —repuso Eric—. ¿Animales que han evolucionado más que nosotros? ¿Máquinas que piensan? ¿Ángeles que moran junto al trono de Dios? ¿Seres varios o un solo ser de una clase que jamás hemos imaginado y jamás podremos imaginar? ¿Qué son? Hace ahora más de un siglo que el hombre se lo está preguntando.

—Algún día lo sabremos —repuso Joelle con un orgullo que tenía un regusto a soledad.

—¿A través de la holotética?

—Tal vez. O si no a través de... ¿quién sabe? Pero creo que lo sabremos. Tengo que creerlo.

—A lo mejor no querremos saberlo. Tengo la impresión de que luego no volveríamos a ser los mismos, y ése sería un precio demasiado alto.

Joelle se estremeció.

—¿Quieres decir que abandonaríamos todo lo que tenemos aquí?

—Y todo lo que somos. Sí, es posible. Yo no lo haría. Soy tan feliz en donde estoy, en este momento.

Joelle permaneció en silencio durante varios latidos.

—Yo también Eric. Contigo... —Se acercó a él. La canoa se bamboleó.

—Ten cuidado —advirtió Eric, riéndose automáticamente—. Que estas aguas son muy frías.

—Eric, démonos prisa —la vehemencia le hizo temblar la voz—. Pon el motor. Volvamos a la orilla, adonde pertenecemos.

Después de desembarcar, permanecieron fuera durante otra hora; en ese tiempo, las montañas danzaron y las estrellas se regocijaron; luego, ambos se retiraron al cuarto de Eric.

La Fundación Shannon estaba emplazada en el campus. Como hasta ese momento Joelle era la única holoteta que trabajaba con ellos, tenía un edificio a su disposición,

en el que cabía el equipo que necesitaba y un despacho, aunque todo ello estaba conectado electrónicamente a una red que se estaba convirtiendo en global. El edificio se alzaba entre robles antiguos cuyas hojas crujían al viento, un viento que traía nubes y proyectaba sus sombras delante del edificio. Las paredes lisas de cemento plástico, pintadas en tonos pastel, no concordaban con el verdor reinante, el panorama de la antigua ciudad que podía observarse colina abajo, hacia el río, ni con la apacible zona interior. «*Como si esto fuera una concha que nos excluye al mundo viviente y a mí*», pensó Eric. Activó el carillón con la mano y llamó con el corazón.

La puerta se abrió. Allí estaba ella. Ocultaba su delgadez tras un traje de trabajo, llevaba la larga cabellera negra recogida en una cola de caballo, tenía los ojos muy abiertos.

—¡Oh, Joelle, Joelle! —Estuvo a punto de hacerla caer, al empujarla delante de él, con las prisas por dejar que la puerta los aislase del mundo, al tiempo que la abrazaba.

Joelle le devolvió el beso y sus manos recorrieron el cuerpo de Eric; los minutos pasaron sin que nadie los contase. Sin embargo, cuando se separaron, para mirarse, entrelazados los dedos, Joelle no reía ni lloraba, y respiraba con tranquilidad. Él no; a través de las lágrimas logró percibir borrosamente la forma seria —¿compadecida, acaso?— con que lo miraba.

Eric había pasado mucho tiempo ensayando lo que le diría, pero lo olvidó todo y se limitó a balbucear:

—Cuánto te he echado de menos. Pero nunca más volverá a repetirse.

—Si es eso lo que quieres, cariño —repuso ella.

—¿Me creerías si te dijera que te he sido fiel durante estos terribles quince meses? Es una tontería, no cabe duda, pero era algo que podía hacer por ti, una forma de decirme a mí mismo que volveríamos a estar juntos.

La expresión seria de Joelle dio paso a un sonrojo como una alborada, igual que los que él recordaba de los primeros días en que fueron uno solo.

—Sí, es una tontería; pero es dulce y noble y es lo que esperaba de ti, Eric. —
¿Por qué parecía insegura de sí misma?

—¿Y bien? —Logró decir superando la conmoción que bullía dentro de él.

—Ya me lo esperaba —repuso ella con una sonrisa—. Ven conmigo.

En el despacho había un sofá, para las ocasiones en las que no quería interrumpir un trabajo para ir a un apartamento que los locatarios habían descrito como estrecho y solitario. Le quitó el traje de faena con reverencia, ella surgió de él como surge una Afrodita del mar, haciendo resplandecer aquellas prendas ordinarias. Eric se quitó la ropa con torpeza, porque no lograba concentrarse en lo que hacía.

En el Lago Louise, Joelle le había ofrecido su virginidad, pero pronto había aprendido cómo dar dicha y tomarla, tan bien como cualquier mujer que había conocido, salvo que, tratándose de Joelle, le daba algo que iba más allá de la dicha. Ese día, todo ocurrió de prisa debido a la ansiedad de Eric, pero ella lo guió con sus

movimientos y unas cuantas palabras, de modo que en su presencia, se encrespó en ella el oleaje. Después permaneció acostada y en silencio. No le había gritado que lo amaba, como había hecho él.

La estrechez del sofá hacía ridículo todo esfuerzo por no caerse, aunque permitió que se apretara más contra ella mientras le canturreaba tonterías. Joelle siguió descansando pasivamente, hasta que por fin se movió y dijo:

—No, cariño, por favor, otra vez no; al menos no en seguida. Tenemos muchas cosas por delante.

Volvieron a azuzarlo los temores. Se incorporó, apoyó los pies en el suelo, se dio la vuelta y se enfrentó a ella.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Pues, nada... bueno, todo depende de ti, lo que tú decidas será lo mejor. —Se incorporó y tendió una mano para acariciarle la frente y la mejilla. La inquietud se reflejó en el rostro de Joelle, ligera como la sombra de una nube sobre la hierba del exterior...—. Muchas cosas han cambiado desde que nos separamos. Especialmente en los últimos meses —... y se disipó con igual rapidez.

La sujetó por los hombros. A duras penas se contuvo para no apretarla con brutalidad; sintió lo sedosa que era la piel que tocaban sus manos.

—¿Has conocido a otro? —le gritó casi.

—No, no —repuso ella negando con la cabeza. Eric vio cómo se le balanceaba la cola de caballo por la espalda, ébano sobre marfil—. Jamás, Eric.

—Ya no me quieres, ¿es eso?

—No es eso. Para mí siempre serás *tú*. Pero... —suspiró y se dejó caer—. Hay otras cosas que han cambiado. No pude evitarlo, si lo hubiese previsto quizá podría haberlo dejado, pero la novedad llegó sin que yo me diera cuenta... o vino como un trompetazo, la verdad es que no lo sé... —Se enderezó, fijó los ojos en los de él, y continuó con renovada firmeza—: Cuando comprendas, y espero lograr que lo hagas, cuando comprendas podrás elegir por los dos. Me alegrará seguir contigo. Te quiero, de veras —lanzó una risita—. Cariño, en esta cueva hay un lavabo. Vamos a lavarnos y a vestirnos. Luego almorzaremos algo, y después hablaremos de nosotros.

«*Trata de ser tan amable como le es posible*». El saberlo le produjo un estremecimiento.

En la ducha, ella, que jamás había sido así, se mostró de repente juguetona, risueña como una colegiala.

—Los cuerpos son divertidos, ¿no te parece? En gran parte, me he limitado a proporcionarle al mío un mantenimiento puro y simple, porque mi trabajo me insumía cincuenta horas diarias, y de todos modos no estabas tú por aquí... No, Eric, cariño, espera, debemos tomarnos las cosas en serio, de veras...

«*Ya no logro seguir sus pensamientos, ni sus sentimientos, se ha convertido en una extraña. ¿O siempre lo ha sido? Pero qué extraña más hermosa. Si tuviéramos que empezar otra vez desde cero, acepto, estoy dispuesto*».

De vuelta en el despacho, Joelle sacó pan, queso, salchichas y cerveza de una minivevera, y preparó unos bocadillos para los dos, mientras conversaba con él. Eric hizo lo posible por seguirle la corriente. Hablaron de los colegas, intercambiaron recuerdos, hasta que finalmente comentaron lo que había hecho cada uno de ellos en los últimos meses. Últimamente, habían intercambiado escasos comunicados. Para justificar la brevedad y la impersonalidad de sus mensajes, ella había pretextado estar muy ocupada, y él, sorprendido, resultándole imposible no sentirse herido, obligado en todo caso a enviarle comunicados cuyo contenido era de público conocimiento, había abreviado sus cartas. De vez en cuando se telefoneaban; concluida la comunicación, la imagen de Joelle se quedaba con él durante días exactamente como había aparecido en la pantalla; pero en esas llamadas no podían mostrar nada más que la afinidad nacida de la profesión que compartían.

Él le habló de su último encargo, la continuación del trabajo sobre economía, en el que debía tratar de cuantificar las consecuencias políticas de diversos modelos estrictamente definidos.

—Sí, veo que puede ser todo un reto —le dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Y tal como tú mismo admites será sólo una introducción, una simplificación exagerada y grotesca, pero... ¿un comienzo? Si alguna vez logramos encontrar una teoría genuina acerca de la interacción humana, parámetros a los que otorgarles valores, ¿quién sabe? Quizá estaríamos en condiciones de abolir la guerra, la tiranía, la pobreza, del mismo modo que hemos eliminado el cáncer y la esquizofrenia.

Eric notó que estaba siendo considerada con él, simulando un interés que escasamente sentía. Tratando de despertar algún entusiasmo que ambos pudieran compartir, le preguntó:

—¿Crees que la holotética contribuiría en algo? —Y tendió la mano para posarla sobre la de ella, que descansaba sobre el escritorio.

Joelle reflexionó durante unos segundos.

—Cualquiera sabe. Pero yo lo dudo. Verás, es una paradoja, pero al analizar esos asuntos sociales, necesariamente estás usando un modelo abstracto, matemático. Y la holotética no se ocupa de eso.

—¿No? ¿Pero nunca, ni siquiera en el futuro?

—Dime, ¿cuáles serían los datos adecuados que habría que introducir?

—El modelo adecuado...

Joelle cobró ánimos.

—Eric, en los últimos seis meses he descubierto cosas sobre la realidad que me han permitido ver cuán chapucera es la idea de los modelos sobre los que se ha fundado incluso mi especialidad. —Hablaba de prisa, mirando al frente, a pesar de que él estaba sentado a su lado—. No te lo he dicho, y apenas se lo he insinuado a Mark Billings, porque... porque ni siquiera yo misma he sabido hasta hace poco el significado de lo que he estado experimentando. —Se giró en el asiento y quedaron cara a cara. Posó la mano que tenía libre sobre el brazo de Eric—. Me he pasado estas

últimas semanas intentando encontrar el modo de explicártelo, de hacértelo ver. He estado en contacto con mis compañeros de White Pine; nos guardamos nuestros secretitos, y he pensado mucho en los resultados de los experimentos que hemos realizado con enlaces humanos normales como tú. Yo, personalmente... —Volvió a sonrojarse—, bueno, sólo he intentado la relación plena con otras mujeres. Sería incapaz de ir tan lejos con otro que no fueras tú.

Hizo una pausa y luego admitió:

—No, te he mentado en esto. No me he pasado todo el tiempo así. No cuando todo lo demás se ha estado abriendo ante mí. Pero lo he intentado con toda mi alma, porque te amo, Eric.

Y luego, inquirió con urgencia:

—¿Estás listo?

—Sí —se obligó a contestar, porque temía enormemente lo que iba a ocurrir en el edificio interior.

Se inclinó y lo besó, vacilante, pero con ternura, casi como si estuviera despidiéndose de un niño. Luego se incorporó y exclamó:

—¡Vamos! —Y marchó delante de él como la Victoria de Samotracia.

El banco de memoria

Después de las vacaciones en la montaña, pasaron unos días más en Calgary antes de que ella volviera a su casa. La noche del segundo día, la cena se convirtió en una sesión de intrigas.

—¿Por qué tienes que irte? —suplicó él por enésima vez—. Sabes que en Canadá tienes puestos de trabajo para elegir.

—Pero no puedo quedarme —repuso ella con suavidad—. En este país no tenéis un sistema holotético, y no contaréis con uno hasta dentro de unos años.

—Ya, se trata de tu carrera —repuso él, embargado por la amargura.

Notó que Joelle daba un respingo y se maldijo por haber hablado de más. Un violinista ejecutaba el concierto número uno de Mendelssohn; las notas nostálgicas fluían a su alrededor. Tenían aquella parte del restaurante para ellos solos, la mesa estaba junto a una ventana con vista a un prado, macizos de rosas y el río Bow que brillaba en la oscuridad azul. La luz de las velas se proyectaba sobre los hombros y los brazos de Joelle, produciendo sombras seductoras sobre el vestido que se había comprado con tanto orgullo, para causar una impresión digna de la mujer de un

Stranathan, e iluminó las lágrimas prendidas de sus pestañas.

—Se trata de mi vida, Eric —replicó ella—. Si fuera preciso, tú podrías dejar el enlace, volver al valle Fraser, convertirte en ganadero, y aun así no sentirías que tu existencia se había quedado vacía, seca. Pero no lo harías de buen grado, ¿verdad? Además, de pequeño tuviste esos bosques, recorrerlos depende de ti. Yo sólo tuve mis ordenadores. Sin ellos, no sería nada... no tendría nada para darte.

—Lo siento —se disculpó él, y tendió la mano sobre el mantel de lino, entre las copas de cristal—. Tienes razón, y yo estoy equivocado, pero me duele perderte.

—No será para siempre, cariño. Si aplicamos la estrategia adecuada.

Ya habían hablado del tema, pero de forma vaga, desviándose rápidamente de una cuestión que empañaba su gozo.

—Será mejor que elaboremos un plan —sugirió él, asintiendo con la cabeza.

—La idea básica es bien simple. Con la estrategia adecuada, lograremos conseguirte un nombramiento en la Fundación Shannon.

—¿Y no sería más fácil y más rápido que fuese a los Estados Unidos y aceptara cualquier trabajo?

—Me temo que no. El mercado está bastante cubierto. Es cierto que podrías encontrar un puesto en Lawrence o en cualquier zona cercana. Pero té seré franca: el gobierno de los Estados Unidos es muy cauteloso en eso de admitir extranjeros. Paranoico, si prefieres. Pero no olvides por lo que ha pasado el país en los últimos decenios. A su debido tiempo, se irán apaciguando un poco, y empezarán con los canadienses. Pero entretanto, a pesar del gesto demostrado en nuestra conferencia, y créeme, fue un gesto significativo, nos agobian con detalles oficiales y sospechas de todo tipo.

—Pero como tu marido... porque quiero casarme contigo, Joelle...

—Y yo también. ¡Cómo me gustaría! —Se tomaron de las manos—. Pero no. No hasta que cambien las disposiciones de seguridad. Tal y como están ahora, me apartarían automáticamente de la investigación relacionada con defensa, y ese aspecto continúa siendo una parte esencial de lo que hacemos en Shannon. De modo que perdería precisamente las influencias que necesito para conseguirte un nombramiento con el que pudieras realizar un trabajo satisfactorio y significativo. Ya es bastante negativo que haya prolongado mi licencia. No me atrevo a ampliarla más.

—¿Podrías... podrías pasar aquí tus vacaciones?

—No tendré vacaciones hasta dentro de un año. Y para entonces, si todo va bien, estaremos a punto de meterte en la Fundación, por lo que nuestra mejor opción es que yo siga trabajando allí y me asegure de que todo salga como lo planeamos.

—Un año, o más. Y no podré escribirte o telefonearte para decirte que te quiero, ¿verdad?

—No sería prudente. Si se enteran de que estoy sentimentalmente comprometida, seguro que algún burócrata escogerá la solución más segura y te denegará el permiso de entrada, y a mí me quitará la habilitación para trabajos confidenciales —Joelle

lanzó una risita ahogada. La valentía del comentario lo desarmó—. Una vez que estés establecido entre nosotros, será perfectamente natural que surja un romance que concluya en matrimonio, y además, no causará ningún problema. —Y con menos humos, agregó—: Aunque tienes razón, serán unos meses muertos. Te estaré esperando.

—Podemos mantener un contacto profesional —sugirió él—. En realidad, es preciso que lo hagamos para que resulte creíble el que tú propongas mi candidatura. Establezcamos unas cuantas frases codificadas. «Realimentación errática» significa «Tu ausencia me saca de quicio». «Configuración hiperespacial» significa «Eres un milagro viviente».

—Tú también, Eric... pero espera. Se me ocurre algo mejor. Yo podré escribirte lo que me plazca.

—¿Cómo?

—Sí —el entusiasmo la animó—. Recuerda que pronto interconectarán los sistemas de datos de nuestros países. Puedo introducir información sin registrarla en ningún monitor. Tú no podrás hacerlo, pero yo sí. Entonces, la enviaré a tu terminal privado. El sistema holotético me lo permite. De hecho, utilizo todo un canal, incluyendo sus registros y la memoria.

La magnitud de semejante capacidad le hizo lanzar un silbido.

—Ajá, te he sorprendido —comentó Joelle entre risas—. Bueno, de vez en cuando, una chica ha de darle sorpresas a su hombre, ¿no es así? Espera a leer mis cartas. Serán tan eróticas que la impresora echará humo.

—La besaré como si fueras tú misma.

—Jamás pensé que desearía ser una impresora... —dijo, y poniéndose más solemne, agregó—: Eric, ¿puedes imaginar lo que significas para mí? ¿Lo que me has dado? Todo el universo material, eso me has dado; desde ese jardín de ahí fuera, que ahora veo, siento y huelo plenamente... —Hizo un ademán señalándolo; de la tierra se elevaba rápidamente la oscuridad, pero las primeras estrellas resplandecían en lo alto— y este champán delicioso y chispeante, hasta las novas que estallan cuando hacemos el amor, y como broche de oro de ese tesoro, tú mismo, en cuerpo, mente y alma, tu sonrisa sesgada, los recuerdos de tu hogar y las innumerables cortesías que tienes para conmigo y que ni siquiera notas... —Joelle se tapó los ojos—. Perdóname si me echo a llorar. No es de tristeza. Estoy segura. Sólo lo parece exteriormente. Pero en el fondo, donde cuenta, me siento alef sub alef feliz.

El soporte físico llenaba una enorme habitación sombría, pero además, gran parte del equipo se encontraba en una cámara criogénica subterránea. Eric vio cuatro gabinetes metálicos, que lo superaban en altura y tres veces más largos, alineados paralelamente entre sí. Los instrumentos, las pantallas y los controles que contenían servían exclusivamente a los técnicos de servicio, pues una vez enlazada al equipo, la

mujer no necesitaba de estos dispositivos. Detrás de donde ellos se encontraban, reconoció la forma maciza de una Heydt 707, parecida a la máquina con la que él trabajaba en el Instituto Turing. Joelle le había informado, en su comunicado «público», que hacía poco la habían modificado y reprogramado para él. Los cuatro canapés dotados de sus respectivos enlazadores, que estaban frente al aparato, le resultaron igualmente familiares. Eric sabía que a veces Joelle formaba equipo con hasta tres holotetas visitantes, además de utilizar a operadores corrientes como él en calidad de asistentes.

Hoy, estaban los dos solos. La habitación carecía de ventanas y estaba iluminada por fluorescentes, que producían una blancura que le pareció fría, a pesar de que los ventiladores expulsaban con su murmullo una comente de aire cálido. El silencio lo oprimió por dentro. La miró y pensó: *«De no haber sido por mí, Joelle jamás habría conocido otra cosa que no fuera esto; el sol, las estrellas, el viento, las hojas, las flores, las alturas, todas las alegrías existentes no serían más que fantasmas que ni siquiera notaría; el amor no existiría para ella»*. Sin embargo, la aflicción que había notado antes en ella había desaparecido. Estaba allí, ante sus máquinas, embargada por la pasión. Por una fracción de segundo se preguntó si se habría olvidado de él.

Pero Joelle habló, más bien de prisa, sin mirarlo.

—Me has cogido desprevenida, querido. Imaginaba que te pasarías los primeros días estableciendo contactos sociales, como se pretendía que hicieras. Debí recordar que no toleras que te digan lo que has de hacer. Tenía pensado planificar esta demostración de conformidad con tus reacciones y tus sentimientos. Quince meses son mucho tiempo para estar separados, podías haber cambiado; de todos modos, es cierto que no hemos tenido años para conocernos. Tendré que improvisar, pues. Perdóname sí te resulta más pesado de lo que esperaba.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, asiéndola del brazo con la misma fuerza con que el temor se asía de él.

Joelle se volvió y lo examinó con detenimiento; antes de contestar, su semblante se tornó extraño:

—En esto, las palabras no sirven. Debes experimentar por ti mismo. Estamos a punto de intimar más de lo que jamás lo hemos hecho en la cama. Muchísimo más.

Los informes indicaban que se habían producido efectos cuasi telepáticos cuando, en un circuito holotético, el cerebro de un enlace humano pasivo recibía no sólo los mismos datos que el enlace activo, sino que «sentía» las evaluaciones en curso dentro de este último.

—¿Esclavizarás mi unidad a la tuya? —preguntó Eric—. La literatura sobre el tema indica que no se logra una percepción particularmente fuerte o clara.

—No todo está en la literatura. Ya te lo dije, yo... nosotros... bueno, quiero decir que estoy logrando avanzar a pasos agigantados. He adquirido una... no lo sé, una percepción, casi un instinto, y la realimentación entre el sistema y yo, la reprogramación continua que se produce en cada sesión... —Joelle le tiró de la

manga y le dijo—: Anda, ven. ¡Compruébalo tú mismo!

—¿Qué es lo que tienes en mente?

Frunció ligeramente el ceño.

—Eso dependerá en parte de ti, y de cómo tomes lo que ocurra. Comenzaremos contigo y la 707. Piensa en ella durante un rato, ponte cómodo. Después, a través de las interconexiones, te pondré en fase conmigo y mi computadora. Pero el proceso sólo te permitirá recibir datos, no tendrás acceso a los efectores, porque podrías echar a perder ciertos experimentos delicados. Es que voy a revisarlos, ¿sabes? Mi ayuda se hace necesaria con tanta frecuencia que entre los experimentos y mi sistema, tenemos unos canales constantemente abiertos. Se trata de unas pruebas genéticas realizadas en un laboratorio de este mismo campus, de trabajos de física nuclear en el gran acelerador de Minnesota, temas de cosmología desarrollados en el Orbital Sagan. Espero proporcionarte indicios de lo que estoy haciendo en estos días. Aunque lo sabré, porque la conexión permitirá que me envíes ciertos datos. En realidad, estaré explorando tu mente. Sí —dijo Joelle ante la estupefacción de Eric—, ya he llegado a esa fase. Después... —se interrumpió, lo rodeó con los brazos y lo besó, para agregar —: ojalá que haya un después.

Correspondió al beso, pero no pudo evitar pensar que el tono de Joelle contenía un matiz rayano en la plegaria. «*¿De qué tendrá miedo? ¿Acaso su trabajo no funciona bien, no estamos otra vez juntos?*».

Se tendió en el canapé adecuado, lo ajustó a su ángulo preferido, dejó que sus músculos y sus huesos se amoldaran a sus cómodas formas, hasta que casi se sintió liberado de su cuerpo; luego, se cubrió la cabeza con el casco, lo ajustó y lo aseguró bien, colocó las muñecas en las anillas de contacto, recorrió con los dedos una placa de controles y comprobó las lecturas. Miró de reojo y vio que Joelle hacía lo mismo en un aparato que difería muy poco del suyo. Y la antigua emoción eliminó de su ser toda inquietud. Una vez más, estaba a punto de convertirse en un ser transhumano.

—¿Activo? —preguntó él.

—Adelante —repuso ella.

—Te quiero —dijo Eric, y pulsó el interruptor principal.

Los sentidos y la conciencia se arremolinaron momentáneamente; Eric imaginó oír un agudo y frenético silbido; los recuerdos se abrieron paso abandonando su prolongada sepultura, como si él hubiera retrocedido en el tiempo hasta llegar a la alberca de su niñez, al musgo frío y verde que cubría una roca, al halcón suspendido en el aire y a la chamarra de lana rústica con la que se abrigaba. Acto seguido, su sistema nervioso logró ajustarse y tomar las riendas. La inducción electromagnética, la amplificación de los impulsos más débiles, un programa básico que Eric había refinado a través de los años para que se ajustase a su yo único, se fundieron; humano y computadora se convirtieron en un todo.

«*Piensa*», le dijo ella. ¿Cómo no hacerlo, cuando era en ese momento el intelecto más poderoso que jamás hubiera existido sobre la Tierra?

«Aquí las palabras no sirven de nada», le dijo ella. Jamás le contarían a un extraño nada de aquello que había albergado en él.

Eric era plenamente consciente de su medio. De haberlo querido, habría podido examinar sus detalles más micrométricos, un rasguño y un reflejo sobre el metal bruñido, la vibración de la aguja de un medidor, el fluir ascendente y descendente de sus venas. Pero aquello no importaba. Ni siquiera Joelle misma era ya real. Eric tenía todo un universo conceptual por conquistar.

En los siguientes milisegundos, mientras buscaba por todas partes un problema que valiera la pena abordar, un compartimiento menor de él mismo calculaba el valor de una integral elíptica hasta la milésima posición decimal. Era un ejercicio agradable, semiautomático. Los números se iban uniendo de forma muy satisfactoria, como ladrillos en las manos de un albañil. «Ah», captó Eric, «sí, la estabilidad de los vértices de las Manchas Rojas en planetas como Júpiter, sí, en Calgary oí hablar de eso». El segundero del reloj de pared apenas se había movido.

Clasificó una lista de datos que creyó que iba a necesitar y envió un mandato. Para él fue algo así como buscar en su memoria normal uno o dos hechos, salvo que ahora el proceso se realizaba a velocidad meteórica y con más seguridad, a pesar de que acudía a bancos de memoria que se hallaban a cientos de kilómetros de distancia. La teoría llegó hasta él; ecuaciones, parámetros y sus valores específicos para Júpiter; sí, esa determinada ecuación diferencial sería una tarea desagradable que resolver, pero ya le había encontrado el truco; no, un momento, ¿era realmente verosímil, acaso no podría idear un conjunto de relaciones que describiesen mejor las condiciones de un sol atrofiado...?

Se elevó un fuego limpio como el hielo, y Eric se perdió en él, se estaba emborrachando de cordura.

«Eric», no hubo voces, no hubo nombres, sólo un contacto; Joelle.

Debía apartar su atención de Júpiter; con una promesa solemne, «volveré». Probablemente no lo habría hecho por nadie más que por ella. Seguía siendo tan hombre como cuando no estaba enlazado, aunque ahora era simplemente un supergenio lógico-matemático. Aunque también esta vez... se reclinó, con los ojos cerrados y captó lo que podría ser el primer atisbo de una revelación.

«¿Eric, estás listo para seguirme?».

No se trataba de una verdadera pregunta, sino un propósito que sintió. Era ella. A velocidades asombrosas, a medida que la maraña de neuronas se adaptaba a sus respectivas configuraciones sinápticas, ella se fusionó con él. Los remolinos informes que se producen al cerrar los ojos no aparecieron en la imagen de ella; más bien, Eric recibió efímeras impresiones de sí mismo antes de que la presencia de Joelle lo inundara. ¿Qué sería aquello que Eric identificó como una corriente secreta en la sangre, como algo que se espera recibir para atesorar después y finalmente compartir, como un llamado al que Joelle optó no prestar atención, pero que siempre estaría presente? ¿Sería acaso la femineidad de Joelle? Eric no logró precisarlo, quizá jamás

lo supiera, porque la unión fue sólo parcial. No había aprendido cómo aceptar y comprender la mayoría de las señales que lo penetraban, y había muchas más que su cuerpo jamás estaría en condiciones de recibir. Este hecho se convirtió en un dolor interno para los dos.

«Eric, también en esto eres mi primer hombre, y creo que el último».

Los prosencéfalos, más parecidos que el resto de sus organismos, se fundieron. Además, Joelle había practicado a ese nivel el intercambio cruzado, y con sus compañeros había desarrollado una técnica hasta convertirse en experta. La comunicación entre Eric y ella se fortaleció, se fue haciendo más clara a medida que pasaron los segundos. No era directa, sino a través de sus computadoras, cuyas traducciones eran inevitablemente imperfectas. Las impresiones eran a menudo fragmentarias y distorsionadas, o directamente caóticas: series de números al azar, formas, destellos luminosos, ruidos, no símbolos, menos reconocibles, que habrían resultado espeluznantes de no haber sido por la constancia fundamental de Joelle. Gracias a los poderes lógicos aumentados de Eric, lo que llegaba a su mente como pensamientos de Joelle eran sin duda reconstrucciones de lo que se suponía que ella estaba pensando en un momento dado. Las palabras reales que intercambiaron asumían la forma corriente, iban de los labios al oído.

No obstante, él captaba las intenciones de Joelle con una plenitud, una profundidad jamás soñada, pues se encontraba en el umbral mismo del universo privado de Joelle.

—Genética —dijo ella en voz alta.

Fue la única pista que le hizo falta a Eric. Joelle lo guió en la investigación de este tema. Surgió el conocimiento. Se trataba de un trabajo a nivel submolecular, la base misma de la vida animada. Con frecuencia, la llamaban para realizar las tareas más exigentes, para inventar trabajos nuevos, o interpretar resultados. Hoy, la estructura funcionaba en parte de forma automática, y en parte en modalidad de espera; pero ella tenía acceso a dicha estructura en cualquier momento.

El cerebro de Joelle ordenó a los circuitos apropiados que se cerrasen, y quedó conectada a los complejos instrumentos, sensores, efectores, y a la comprensión total que el hombre tenía de la química de la vida. Eric logró percibirlo a través de ella.

No recibió una presentación de cantidades, ni lecturas de medidores cuya importancia se hacía patente sólo después de largos cálculos. Los números estaban presentes, pero él no tuvo conciencia de dicha experiencia, como no la tenía de su propio esqueleto. No observaba el asunto desde fuera y a partir de allí realizaba inferencias, sino que estaba *allí*.

Era como ver, sentir, oír, viajar, aunque no se trataba de ninguna de estas cosas, porque superaba todo aquello que la pobre y limitada criatura humana podía sentir o hacer jamás, iba mucho más allá.

La célula vivía. Las pulsaciones atravesaron su membrana como colores, la célula fue un globo de arco iris, que vibraba en el intrincado fluido líquido que la acunaba

deliciosamente; bebía ávidamente las energías que se precipitaban sobre ella en cataratas bajando por declives siempre cambiantes. Las verdes distancias se extendieron hasta alcanzar el infinito dorado. Bajo cada realización moraba la paz. El cosmos de la célula era un Nirvana danzante.

Y ahora hacia el interior, atravesando el arco iris, rumbo al océano interno. Aquí había un torbellino de... gustos... aquí reinaba una determinación gigantesca y fundamental; dentro de la célula, el trabajo no cesaba jamás, impulsado por una ley tan abarcadora que podía haberse tratado de Dios Padre. Los organelos iban a la deriva, parecían cantar mientras reunían desechos químicos para formar un material que se llenaba de vida. A medida que su sistema cognoscitivo se fue afinando, Eric los vio desplegarse en vuelos horrendos, llenos de misterio y música. Delante de él, el núcleo creció y surgió de entre una isla de selvas moleculares hasta transformarse en una galaxia de átomos reunidos en constelación, cuyos campos de fuerza brillaban como nubes de estrellas barridas por el viento.

Eric entró, ascendió por una doble espiral, atravesó una hilera tras otra de imponentes laberintos completamente armoniosos; estaba con Joelle cuando ella evocó el fuego y volvió a dar forma a una parte del templo, que luego no fue menos hermoso. Compartió con ella su orgullo y su humildad, aquí, en el centro de la vida.

Su voz le llegó enigmática desde la distancia, como oída a través de un sueño: «Sígueme». Eric emergió majestuoso de la célula, atravesó el espacio y el tiempo; a la velocidad de la luz viajó por praderas invisibles, se internó en las bramantes tempestades del interior de un enorme acelerador de partículas. Se unió a ellas convirtiéndose en una sola cosa, gritó en el temerario fervor de las tempestades, e invadido por la misma velocidad, se lanzó hacia el objetivo como al encuentro de una amante.

Este mundo superaba en alcance al mundo material. Trascendió el cometa, se había convertido en uno de sus mesones, porque además, era una onda que se entremezclaba con millones de otras ondas, como una cresta que había atravesado un mar para elevarse y romper por fin en un rugido y en espuma bañada de sol —aunque estas olas eran infinitamente más moldeables y fugazmente cambiantes, fluían juntas para crear una unidad que fulguraba y tronaba en medio de una serenidad implacable—. «*Bach logró expresar algo de esto*», pensó Eric, porque conservaba su mente racional; aquello constituyó una parte importante de la gloria, «*pero sólo él fue capaz de hacerlo, y sería un tanto...*».

El átomo lo esperaba. Su núcleo, pululante de energías, se presentaba indescritiblemente majestuoso. Las capas electrónicas, mágicamente centelleantes, lo ocultaban a su vista. Se zambulló en él; las fuerzas le proporcionaron incontables caricias; el núcleo brillaba con claridad, como una creación completa en sí misma; Eric atravesó sus barreras externas y éstas le produjeron un escalofrío extasiante que lo recorrió todo; y continuó penetrando más y más.

El núcleo estalló. No se trataba de un desastre, sino de un desdoblamiento. El

átomo lo abrazó, cediendo ante él, su ser respondió incluso al más salvaje movimiento de ella, Eric la conocía. Estalló un resplandor. Los luceros del alba cantaron unidos, y todos los hijos de Dios gritaron de alegría.

—Cosmología —dijo Joelle, la omnipotente. Eric tanteó torpemente para encontrarla en una oscuridad impenetrable. Ella lo envolvió y volaron juntos, hacia un rayo láser, a través de un relé satélite, hasta un observatorio en órbita más allá de la Luna.

Espió brevemente las estrellas, como si lo hiciera con los ojos, sin que el cielo empañase su visión. Eran incontables, azul acero, blanco escarcha, doradas como la puesta del sol, rojas como el carbón encendido, casi hacían rutilar la noche en el firmamento. La Vía Láctea era un río de plata, las nebulosas resplandecían allí donde estaban naciendo nuevos soles y planetas, una galaxia hermana lanzó su leve brillo... Pero Eric se alió rápidamente con la instrumentalidad que buscaba los fines últimos del espacio tiempo.

Al principio tuvo conciencia de los espectros ópticos. Le hablaban de la luz que florecía a partir de un gas saltarín y arremolinado, le hablaban de las mareas en el cuerpo de un sol —un cuerpo más parecido a la célula viva de lo que él hubiera imaginado jamás— y de los reactores que había más abajo, donde los átomos engendraban generaciones elementales superiores y los fotones, impulsados hacia el espacio, constituían el grito primigenio. Y él participaba en esta obra de Brahma. Después, sintió el bufido de un viento solar, olfateó su riqueza, se estremeció ante su potencia, y conoció su sutilidad milenaria de su trabajo. Luego se entregó a los espectros radioeléctricos, a los espectros de rayos cósmicos, a los campos magnéticos, a los flujos de neutrinos, aspectos relativistas que hacían posible un paso estelar y parecían permitir el viaje en el tiempo, la curva de lo continuo que es el todo.

En el Gran Cañón del Colorado se pueden observar estratos que se remontan a unos mil millones de años, y a través de esta observación apreciar un enebro nudoso, y así, conocer algo de la Tierra. Del mismo modo aprendió Eric algo acerca de las profundidades y el orden en el espacio tiempo. La bola de fuego primigenia se volvió más real que la violencia de su propio nacimiento, y la cuestión de qué la había producido se hizo igual de terrible. Captó las espirales de las galaxias y de la molécula de DNA con una energía que jamás volvería a conocer, y vio envejecer al cosmos a medida que iba madurando, igual que tú o que yo; la Ley es Única. Vivió la vida de las estrellas: ¡qué infinitas eran las ondas que las formaban, qué fuerte su unión posterior a toda una existencia! En medio de la solidez de gigantes azules y agujeros negros, encontró espacio para forjar planetas en los que podían crecer cristales y flores. Contempló todo aquello que le resultaba desconocido —una parte abrumadora lo seguiría siendo ahora y para siempre— y vio cómo ansiaba Joelle continuar esa búsqueda.

Con todo, durante la experiencia, la parte observadora que había en él presintió

que junto a ella, su percepción se nublaba y su entendimiento se encontraba encadenado. Cuando Joelle lo devolvió a la carne, Eric lanzó un grito.

Estaban sentados en el despacho. Los separaba el escritorio de Joelle. Ella había subido la persiana que estaba detrás y había abierto la ventana. Las sombras huyeron apresuradas a través de la hierba; el sol que siguió luego era brillante, pero daba la impresión de que el aire que cruzaba lo hubiese enfriado; las huecas ráfagas de viento llenaron la habitación con el aroma de tierra húmeda y los olores que presagiaban el otoño.

Aunque ella le hablaba con mucha dulzura, su tono contenía el mismo adiós al verano.

—No habría tenido mucho sentido hablar de ello antes de que estuvieras allí tú mismo, ¿verdad, Eric?

Eric echó un vistazo al canapé vacío.

—¿Cuánto sentido ha tenido lo nuestro, incluso al principio?, dímelo.

Joelle suspiró.

—Yo quería que lo tuviera. —Esbozó una sonrisa—. Sí, lo disfruté.

—¿Nada más que eso, eh? Lo disfrutaste.

—No lo sé. Tú me importas, y me importa también todo lo que me enseñaste. Pero he seguido adelante, llegué hasta donde he intentado llevarte a ti también.

—¿Y hasta dónde he llegado?

Joelle se miró las manos entrelazadas, apoyadas con impotencia sobre el escritorio, y repuso en voz baja:

—Tal como me temía, no muy lejos. Fue como mostrarle un cuadro a un ciego. Quizá un ciego tendría una ligera idea a través del tacto, la textura, los colores oscuros levemente más cálidos... pero no sería más que una idea muy ligera.

—Mientras que tú respondes a la totalidad, desde los cuantos a los quasars —dijo él con voz áspera.

Joelle levantó la cabeza, desafiando a la infelicidad de ambos.

—No, apenas he comenzado y, por supuesto, jamás terminaré. ¿Acaso no lo ves? En ello reside parte del prodigio. Siempre habrá más cosas que descubrir. Y a través de la experiencia directa, tan directa como la visión, p el tacto, o el hambre o el sexo, la experiencia de la verdadera realidad. El mundo que los humanos conocen no es más que una consecuencia pasajera y accidental de todo ello. Cada vez que voy allí, me vuelvo más parte de ello. ¿Cómo podría detenerme?

—Supongo que no lograré aprender, ¿verdad?

Y como no abrigaba esperanza alguna, no le sorprendió escuchar:

—No. Un holoteta ha de empezar como yo, desde pequeño, y no debe hacer nada más, especialmente durante los primeros años de formación.

Eric se emocionó al comprobar que a Joelle se le llenaban los ojos de lágrimas. De modo que quería ser como él.

—Lo lamento, cariño —continuó Joelle—, eres bueno y amable y... ¡cómo me

gustaría que pudieras seguirme! ¡Cómo te lo mereces!

—Pero no desearías volver atrás, ¿verdad? Volver a lo que eras cuando nos conocimos.

—¿Lo desearías tú?

Como no estaba enlazado, no podía reunir los detalles de lo que había pasado ese día. Su cerebro se encontraba solo. Sin embargo, repuso:

—No. De hecho, es probable que no me atreva a intentarlo de nuevo. Podría crearme adicción. Para mí no sería nada más que adicción, y quizá la locura. Para ti...

—Se encogió de hombros—. ¿Conoces el *Rubaiyat*?

—He oído hablar de él —repuso—, pero no he tenido ocasión de cultivarme.

«Y jamás lo harás», pensó Eric mientras recitaba los versos.

Si del polvo puede librarse el alma
y desnuda en el cielo volar alta,
¿no sería una pena que,
oprimida en su cuerpo de barro continuara?

«Porque las cosas humanas te dirán cada vez menos, hasta que finalmente, dejarás de ser humana. ¿Acaso te convertirás entonces en uno de los Otros, querida mía, la que fuiste?».

Joelle asintió.

—El anciano poeta decía la verdad, ¿no es así? En cierta ocasión leí que Omar fue matemático y astrónomo. Debió de ser un hombre solitario.

—¿Como tú, Joelle?

—No olvides que tengo unos cuantos colegas. Les estoy enseñando... —se interrumpió, se inclinó sobre el escritorio y con renovada preocupación, agregó—: ¿Qué me dices de nosotros? Vamos a colaborar. Eres lo bastante fuerte como para continuar, cumplir con tu deber, estoy segura de que podrás. Pero nuestras vidas personales... ¿Qué es lo mejor para ti?

—¿Y para ti? —inquirió él—. Hablemos de eso primero.

—Como tú quieras, Eric. Con mucho gusto seré tu amante, tu esposa, lo que sea.

Eric permaneció callado durante un momento; trataba de buscar palabras que no la hiriesen. No encontró ninguna.

—Me estás diciendo que te da igual —dijo—. Estás dispuesta a tratarme tan bien como te es posible, porque en realidad no te importa demasiado —levantó la mano para impedir que lo interrumpiera—. No cabe duda de que sacarías un placer limitado viviendo conmigo, incluso de mi conversación. Al menos te ayudaría a llenar las horas en las que no estuvieras enlazada... hasta que tú y esos compañeros que tienes lleguéis tan lejos que no os quedará tiempo para puerilidades.

—Te quiero —protestó ella. Se le saltaron un par de lágrimas.

—Te creo —admitió él con un suspiro—. Lo que ocurre es que el amor ya no es

importante, excepto su esplendor. He sentido afecto por algunos perros que he tenido. Llámalo orgullo, prejuicio, llámalo como quieras... pero no puedo desempeñar el papel de un perro.

Eric se puso en pie y agregó luego:

—Sin duda, nuestra colaboración será muy eficaz hasta que me marche —concluyó—. Pero hoy, mientras aún quede algo de mi amante, le diré adiós.

Ella buscó su apoyo. Eric la abrazó mientras lloraba. Posiblemente sería la última vez en su vida que lo hiciera. Finalmente, cuando ella lo besó, tras el sabor a sal, sus labios se mostraron bastante firmes.

—Vuelve a enlazarte durante un rato más —le aconsejó.

—Sí, eso haré —repuso ella—. Gracias por sugerírmelo.

Eric salió y se encontró con el viento frío del anochecer. Joelle permaneció en el umbral de la puerta, y despidiéndose con la mano. Eric no se volvió para verla, porque no quiso saber cuánto tardaría en cerrarse la puerta.

Respuesta a Drácula prepara un cóctel

(Viene de aquí)

Si usted intentó resolver este acertijo empleando el álgebra, probablemente se metió en un callejón sin salida. Existe, no obstante, una prueba ridículamente simple de que la cantidad de sangre en el vodka debe ser exactamente igual a la cantidad de vodka que hay en la sangre.

Se nos ha dicho que, al finalizar la operación, había un cuarto de líquido en la botella más grande y medio litro en la más pequeña. Tomemos la botella más grande. Ha perdido una cantidad x de vodka. Considerando que sigue conteniendo un cuarto de líquido, la cantidad perdida tiene que haber sido remplazada por una cantidad x de sangre. Este mismo razonamiento, naturalmente, se aplica a la botella pequeña. Si ha perdido una cantidad x de sangre y sigue teniendo medio litro, la sangre perdida debió ser remplazada por una cantidad x de vodka.

De hecho, no importa en absoluto cuántas veces son trasvasadas diferentes cantidades de líquido si, al finalizar la operación, hay un cuarto en una botella y medio litro en la otra. El tamaño de las botellas es también irrelevante. La cantidad de vodka en la sangre debe ser igual a la cantidad de sangre en el vodka.

¿Se siente capaz de inventar un simple truco de cartas basado en el mismo curioso principio?

[Aquí hallará ese truco.](#)

Asaltaremos el castillo, mon amour

Michael Bishop

Bishop pertenece a esa nueva generación de escritores estadounidenses que, influidos por sus colegas británicos, han ampliado las fronteras de la ciencia ficción para dar más amplia cabida en ella a lo onírico y lo alegórico. De lo cual es una buena prueba el siguiente relato.

El mundo y su valle central se llamaban Pit. En este valle vivían los miserables súbditos del omnipotente conde De Mille. Los pititas eran seres humanos absolutamente normales que se ganaban la vida de un modo espantosamente aburrido, contemplando la interminable serie de películas que el conde De Mille exhibía en los enormes y abiertos ventanales del Castillo Bijou. Este antiguo y asombroso edificio se alzaba hacia la oscuridad desde los acantilados que limitaban la parte septentrional del valle. Como el sol jamás brillaba en Pit, las almenas del Castillo Bijou parecían flotar en el aire como los inmensos y tenebrosos dedos de un gesto obscuro.

Noche tras noche, amparados en la acústica oscuridad, los pititas miraban aturridos hacia las ventanas del castillo. Doris Day, Toshiro Mifune, Randolph Scott, Lilian Gish, Max von Sydow, o quizás Mía Farrow —figuras enormes como titanes— paseaban majestuosamente por las habitaciones sin dejar de repetir largos parlamentos de ininteligible urgencia o ternura. En realidad, parecía que un panteón de dioses dramáticos vivían, morían y resucitaban en los grandes ventanales ovales y en los miradores de la fachada del Castillo Bijou.

Para un pitita era una vida realmente dura. Uno podía salir del vientre de su madre durante la proyección de *El nacimiento de una nación*, experimentar las delicias del primer beso mientras Sidney Poitier se sentaba a cenar y sucumbir a la propia metáfora bergmaniana en el mismo momento en que Robert Taylor defendía Batán. (Los pititas se referían a la muerte, bastante seriamente, como «el abrazo de Bengt»). ¿Y cuál era la recompensa por esa clase de vida? Las necesidades mínimas. Un puesto de observación. El número suficiente de sillas con respaldo de lona para que se sienta la familia. Vestidos harapientos para cubrir los cuerpos desnudos. Y la cantidad suficiente de Coca-Cola y palomitas de maíz para que uno no se muriera de inanición.

Después de que hubieras visto obedientemente tus ochenta a cien películas semanales, silenciantes uniformados salían a caballo de los puestos situados en la retaguardia de Pit para entregarte tus ganancias, con bono ocasional para visionar interminables películas épicas como la rusa *Guerra y paz* o *Intolerancia* de D. W.

Griffith. Otros silenciadores, escudriñando la oscuridad con sus bastones luminosos, galopaban de puesto de observación en puesto de observación para asegurarse de que todo el mundo estaba viendo las películas. Entretanto, los acordes oceánicos de Mancini, Tiomkin, Steiner o Legrand, invadían Pit como olas sincopadas o enfurecidas, de modo que en los corredores del inevitable teatro del valle, el galope de los caballos era apenas audible.

Pero no importaba. Si eras un pitita, mantenías los ojos clavados en Elvis o Marcello e ignorabas los rayos de luz que cortaban la oscuridad. La mayor felicidad que podías aspirar a conocer era exhalar tu último suspiro durante las escenas culminantes de *Rey de reyes* o de *Mary Poppins...*

—Ya no lo soporto más —dijo Gary Cooper Seymour, el patriarca de la familia Seymour. Volcó el contenido de su caja de palomitas de maíz y dejó que su Coca-Cola se derramase en el mugriento suelo de su puesto de observación.

Era de noche (siempre era de noche) y las escenas que desfilaban en las ventanas del Castillo Bijou pertenecían a *El regreso del Doctor X*, con Humphrey Bogart de protagonista. El dios llevaba una capa de peróxido en el pelo, un guardapolvo de laboratorio abotonado en un hombro y a lo largo de un costado, y un par de gafas con montura metálica. Su aspecto no era ciertamente atractivo.

—Ya no lo soporto más —repitió G. C. Seymour.

—Shhhh —siseó Cissy Spacek Seymour, su única hija, y G. C. no sabía si ella siseaba porque realmente estaba mirando la película o porque un silenciador podía estar rondando cerca de allí.

Los otros ocupantes del puesto de observación Seymour (situado en el sector central posterior izquierdo) eran la esposa de G. C., Zsa Zsa Gabor Seymour, y sus dos hijos adolescentes, Oliver Hardy y Clint Eastwood Seymour. Hacía ya mucho tiempo que G. C. había descubierto que sus apodos no hacían honor a su aspecto, pero como, de todos modos, pasaban muy poco tiempo mirándose unos a otros, las discrepancias eran apenas relevantes. Los Seymour eran todos delgados y de rostros pálidos, con pésima dentadura y encías inflamadas; y los globos oculares de todos ellos brillaban de un modo tan enfermizo que parecían barnizados.

—Desde que nació Cissy, ésta es la segunda vez que tenemos que tragarnos este bodrio —se quejó Gary Cooper Seymour. Tenía 301 614 películas de edad y no parecía ni un ápice más joven.

—Los pititas comen sus palomitas de maíz para combatir la fatiga de sus ojos —recitó filosóficamente la señora Seymour—. Son palabras del conde.

—A la mierda con el conde.

—Ten cuidado, papá —le advirtió Clint Eastwood Seymour. En el puesto de observación adyacente al de los Seymour, Hermione Gingold Gazehard se inclinó sobre su balaustrada y dijo:

—¿Podrías callaros la boca, saboteadores de películas? Mi pequeña Tatum nunca ha visto este film.

—A la mierda con la pequeña Tatum también. Pero G. C. no era ningún tonto. Su réplica fue apenas un susurro y, una vez más, volvió a convertir sus ojos en dos ranuras para observar el afectado histrionismo del Misterioso Doctor Xavier.

—¿Qué es lo que quieres que hagamos? —preguntó Oliver Hardy Seymour en un susurro aún más discreto que el de su padre—. Se trata de mirar o morir, papá.

G. C. no pudo rebatir este argumento. De dos formas igualmente efectivas, se trataba de mirar o morir. Si uno no podía confirmar sus ochenta o cien películas semanales en los exámenes proyectados por el conde (las preguntas aparecían en las pantallas del Castillo Bijou y debían responderse a través de un tablero de respuestas piezoeléctrico portátil), se quedaba sin su ración semanal. Y si a uno le sorprendían roncando en su silla o mofándose de los dioses y diosas iluminados hieráticamente contra el muro de la noche, un silenciante desenfundaba su mortal pistolamática, disparaba contra tu imagen y te privaba de tu alma. En el extremo sur de Pit, por cierto, había un cementerio de sillas de director con respaldo de lona, cada una de las cuales exhibía la fotografía de un infortunado espectador en su respaldo. Durante las Intermisiones bianuales del conde uno podía realizar peregrinaciones a aquel lugar para visitar esos destartalados monumentos plegables a sus amigos desaparecidos. (Y, naturalmente, para trabar débiles amistades con los otros peregrinos que se amontonaban entre las sillas. Fue así como Gary Cooper Seymour conoció a Zsa Zsa Gabor Numbrump). De modo que sí, Oliver Hardy tenía razón... se trataba de mirar o morir.

—¿Creéis acaso que no lo sé? —preguntó G. C. a su familia *sotto voce*—. Vi a los silenciantes tomar la fotografía de mi madre cuando ella se quejó en voz alta y se cayó de su silla durante los últimos diez minutos de *El profesor chiflado*. Fue algo brutal. Los silenciantes nos rodearon y *todos* ellos tomaron fotografías, cada uno desde diferentes ángulos. El alma de mi madre fue extraída de su cuerpo hecha añicos, como si fuese una muela del juicio pulverizada.

En silencio, y sin preocuparse por cubrirse el rostro, G. C. Seymour comenzó a llorar. Su madre —María Ouspenskaya Seymour— había sido una mujer maravillosa.

—¿Pero que pasó con... con su cuerpo? —preguntó cautelosamente Cissy Spacek, sin apartar sus ojos de las imágenes que centelleaban como una conflagración en blanco y negro en las ventanas del Castillo Bijou.

G. C. y Zsa Zsa jamás le habían hablado a Cissy de los detalles de la muerte, y la próxima Intermisión del conde no se produciría hasta dentro de 400 películas. Tal vez éste fuese un momento tan bueno como cualquier otro.

—El cuerpo es una ilusión —murmuró G. C. furiosamente, enjugando sus lágrimas y colocándose erguido en su silla—. La realidad es el alma, que sólo puede ser externalizada por la película. Las almas de los dioses y de las diosas —G. C. hizo un gesto que abarcaba el enorme castillo que se alzaba junto al risco—, se exhiben en imágenes que se mueven eternamente. Pero las almas de los pobres mortales como los Seymour y los Numbrump son extraídas de nosotros y colocadas *inmóviles* en

exhibición. Las almas de los dioses son vibrantes, Cissy, mientras que las nuestras son monocromas y fijas.

Nadie habló, excepto el Doctor Xavier. Y lo que el Doctor Xavier decía no tenía ninguna importancia para los Seymour.

—El cuerpo de mi madre —continuó G. C., aferrando los apoyabrazos de su silla— sufrió una lenta y, en cierto modo, desenfocada disolución. Y eso, Cissy, es lo que nos espera a todos.

Cissy se echó a llorar.

—¿Entonces qué es lo que quieres que hagamos? —insistió nuevamente Oliver Hardy—. Mantenemos nuestros cuerpos y nuestras almas unidos merced a la fidelidad al culto. ¿Pretendes que renunciemos a eso y nos entreguemos al abrazo de Bengt? No puedo creer que pienses eso.

—*Los siete samurais* -dijo G. C.—. *Doce del patíbulo*.

—¿De qué está hablando? —preguntó Clint Eastwood Seymour.

—Violencia —murmuró Zsa Zsa especulativamente—. *Insurrección*.

—*Cañones al atardecer* -continuó G. C. aturdidamente—. *Grupo salvaje. Perros de paja. Traedme la cabeza de...*

—Shhhhh —siseó Cissy, atemorizada—. ¡Shhhhhhhhh!

Dos películas y media más tarde, un trío de silenciadores apareció en sus cabalgaduras. *Amable persuasión* destilaba sus brillantes imágenes en las ventanas del Castillo Bijou, y Gary Cooper Seymour, en parcial deferencia a la actuación de su homónimo, contuvo su lengua y miró la película con absorta insatisfacción. Cuando llegaron los silenciadores, alcanzó a oír los resoplidos de los caballos y alzó la vista para ver qué clase de cambio iban a introducir en su vida.

Los silenciadores iban vestidos como vaqueros (siempre iban vestidos como vaqueros) y el que marchaba en primer lugar desmontó deliberadamente y se aproximó a los Seymour con los pulgares metidos en el cinturón de su pistolamática y golpeando sus chaparreras con el bastón luminoso. Estaba demasiado oscuro para verle el rostro.

—Todo parece bastante tranquilo por aquí —dijo el hombre con evidente aprobación—. Pero nos ha llegado una queja. Parece ser que vosotros estabais molestando a los demás, sin permitirles que disfrutasen de nuestra programación.

Los Seymour mantuvieron un reservado silencio.

—¿Tenéis hierba en este lugar? —preguntó de pronto el silenciador—. Estoy seguro de que no os molestará que Trigger coma un poco.

La señora Seymour señaló una pequeña porción de tierra que había en el sector occidental de su refugio. Inmediatamente Trigger, Silver y Tony comenzaron a morder con evidente satisfacción los delgados tallos grises de hierba nocturna, y el trío de silenciadores se instaló debajo del ruinoso toldo de los Seymour.

—Todo parece estar en orden aquí —dijo el primer silenciador, haciendo girar su bastón luminoso y retintineando las espuelas. No entiendo quién puede habernos

llamado para quejarse.

—Yo les llamé hace más de dos películas —exclamó Hermione Gingold Gazehard desde la puerta de su refugio.

—Bueno, señora, es que estábamos muy ocupados.

—No creo que ésa sea una buena excusa considerando que...

Uno de los silenciadores dirigió el haz de luz de su bastón hacia el rostro contraído de la señora Gazehard, mientras que el tercero de ellos desenfundó su pistolamática y tomó una fotografía de la mujer.

Los Seymour, asombrados, observaron la súbita desaparición del alma de su vecina, igual que le ocurriese al gato de Cheshire en la película *Alicia en el país de las Maravillas*, de Disney. G. C. se congratuló de haber hablado con Cissy antes de que presenciase personalmente un hecho tan brutal. Dio gracias a las estrellas de la suerte por los pequeños favores recibidos.

—¿Qué están pasando? —preguntó amablemente el primer silenciante.

Oliver Hardy Seymour se lo dijo.

—¿De verdad? —preguntó el silenciante—. Mi nombre es Gary Cooper Bounzzemout. No había visto una película de mi tocayo desde que era un niño. *El manantial*, creo que era.

Los Seymour, naturalmente, comprendieron inmediatamente que el nombre de su patriarca también era Gary Cooper, y esta revelación les supuso una misteriosa abundancia de hermosas sensaciones. G. C. Bounzzemout presentó a sus compañeros, Leo Gorcey Gallup y Sessue Hayakawa Harassman (demostrando de este modo que el atuendo vaquero de los silenciadores no suponía necesariamente que sus nombres correspondiesen a dioses vaqueros); y, una vez que fueron todos presentados, se creó entre ellos una gran camaradería. De hecho, S. H. Harassman mostró a los Seymour el alma recién congelada de la señora Gazehard.

—Un bonito parecido —dijo Oliver Hardy Seymour.

—La mujer era quien se le parecía —le corrigió el silenciante—. Pero eso... bueno, éste es el artículo genuino.

—¿No podemos tener problemas si continuamos hablando de este modo? —preguntó la señora Seymour, mirando más allá de los caballos, que continuaban pastando, hacia el refugio de los Cantinflas Wrinklebrows—. Quiero decir, esto no es Intermisión.

—Puede apostar a que no lo es —dijo Gary Cooper Bounzzemout—. Lo que yo no daría por poder sentarme aquí mismo y visionar una película decente por primera vez en cuarenta mil filmes. Lo que yo no daría.

—Y yo —dijo Leo Gorcey Gallup.

—Y yo —exclamó Sessue Hayakawa Harassman, secundando a sus compañeros.

—¿Qué me decís de vuestros caballos, vuestros equipos, vuestras pistolamáticas y vuestros bastones luminosos? —propuso G. C. Seymour precipitadamente—. Mis chicos y yo podríamos ir a dar un paseo mientras vosotros tomáis nuestros lugares

junto a las mujeres. Como si fueseis nuestros dobles. Creo que sería un trato justo.

—Yo quiero ir —dijo Cissy—. ¿Por qué no podría ir yo también?

—Y yo —dijo la señora Seymour—. ¿Por qué no puedo ir yo también?

—No es posible —dijo G. C. Seymour con pesar. Luego miró a los sorprendidos pero asombrosamente condescendientes silenciantes en busca de apoyo.

—No, señora —convino G. C. Bounzzemout—. No es posible. Una mujer no sabe qué hacer con un bastón luminoso.

Sessue Hayakawa Harassman y Leo Gorcey Gallup asintieron en silencio y muy respetuosamente. Las mujeres se calmaron a regañadientes.

Un tercio de rollo de película más tarde, G. C. Seymour y sus hijos Oliver y Clint, ataviados como silenciantes, espoleaban a sus caballos hacia el sombrío pasillo central del mundo en forma de vasija que sus habitantes conocían como Pit. Los refugios de los oprimidos bullían en la oscuridad como semillas de maíz antes de florecer. Y el risco sobre el que descansaba la sólida mole del Castillo Bijou se cernía amenazador.

Tal vez, pensaba G. C. mientras cabalgaban, tal vez, muchacho, has mordido más de lo que puedes masticar...

Durante dos películas, Gary Cooper Seymour y sus dos hijos cabalgaron hacia el norte. El Castillo Bijou se volvía cada vez más grande, al igual que los dioses y diosas que se paseaban perezosamente o retozaban en sus miradores góticos. La banda de sonido de la película se extendía a través del valle con un volumen estremecedor, de modo que G. C. comenzó a comprender por qué muchos de los espectadores de las primeras filas que solía encontrar durante las Intermisiones en el monumento a las sillas estaban irremediamente sordos. Sólo podías comunicarte con ellos mediante señas. Como consecuencia de esta situación, no parecía probable que él y sus hijos pudiesen reclutar un ejército para tomar por asalto la Ciudadela de Fantasías de Celuloide del conde.

Maldita sea, gruñó G. C. en la intimidad de su propia mente. Alrededor de ellos podían verse los refugios de los pititas y las siluetas angulares de un millar de espectadores en la oscuridad. Incluso en los films de Buñuel, Ray o Fellini, G. C., no había visto nunca nada tan solitario o que despertase tanta compasión. Toda esa gente era su pueblo. Él les amaba. ¿Por qué sus vidas eran tan pasivas, tan monocromáticas, tan desposeídas de lucha y de pasión? ¿Y por qué, excepto durante breves momentos de crisis, ninguno de ellos parecía darse cuenta?

—Pa —gritó Oliver Hardy Seymour (los chicos habían dejado de llamarle papá desde el momento en que montaron en sus caballos)—. ¡Pa, un grupo de silenciantes cabalgan en nuestra dirección desde el foso de la orquesta!

—¡Entonces preparaos para darles una buena zurra!

Seis rayos de luz se abatieron sobre ellos cegándoles. Un momento después se vieron rodeados por un grupo de silenciantes. G. C. y sus hijos parpadearon y sofrenaron sus cabalgadas.

—¿Tú eres Gary Cooper Bounzzemout? —preguntó una voz ronca.

—Sí —mintió inmediatamente G. C.

—Estás fuera de tu territorio entonces; y tendrías que haber respondido a la queja presentada por la señora Gazehard durante el segundo rollo de esa película de Bogart. Me temo, compañero, que tendremos que mezclar vuestras reconstrucciones de ondas hasta que el conde decida devolveros vuestras orlas de interferencia.

G. C. no tenía la menor idea de qué estaba hablando ese hombre, pero no le sonó a nada bueno. En realidad, sus palabras sonaban malditamente amenazadoras.

—¡Ahora! —gritó a Oliver y Clint—. ¡Tomad fotografías de sus caballos!

Tomando fotografías de los seis caballos con sus pistolamáticas, los chicos demostraron ser tan veloces como Kodaks. Los silenciadores no supieron qué les había golpeado, pero quedaron colgados en el aire sobre sus evaporadas cabalgaduras como marionetas. Los seis habían dejado de existir desde el pecho o la cintura hacia abajo porque es imposible separar la porción inferior de un jinete de su caballo cuando se está tomando una fotografía del caballo. (Los caballos, por cierto, estaban comiendo hierba cuando les tomaron las fotografías, sus hocicos rozando la tierra). Las cabezas y los torsos de los castrados silenciadores flotaban impotentemente sobre el pasillo central del valle, y G. C. y sus hijos habían manejado perfectamente la situación.

—Nos la habéis jugado —gruñó el silenciador que les había amenazado.

Gary Cooper Seymour reveló las verdaderas identidades de él y de sus hijos y preguntó al silenciador acerca de su incomprensible pero inquietante amenaza.

—Bien —respondió el hombre—, un silenciador es un holograma automotivado, sometido al control último del conde. El castigo por llevar una conducta impropia de un silenciador es retirarle el rayo láser que produce nuestra orla de interferencia. Por holgazanes, Bounzzemout, Gallup y Harassman iban a ser vaciados de existencia durante quince o veinte películas, pero vosotros habéis hecho desaparecer nuestros caballos y nuestros pies también han desaparecido.

—Sólo hemos robado la mitad de cada una de sus almas —dijo Clint con expresión triunfal.

—Las almas son indivisibles —replicó el dividido silenciador—. Y, en cualquier caso, al ser hologramas carecemos de alma.

—Tiene razón, pa —dijo Oliver, iluminando con su bastón de luz una de las fotografías reveladas—. Mira. No aparecen ni sus botas ni sus chaparreras... aquí no hay más que caballos.

—¿Dónde están vuestras almas? —exigió G. C.

—Me temo que el proceso de holografía las ha robado, y los modelos originales de interferencia los tiene el conde De Mille. Ésa es la razón por la que nosotros, los silenciadores, bailamos al son que toca el conde. Es él quien posee nuestros *cueros* reales.

—¡Eso es terrible! —dijo Oliver.

—Oh, no lo sé —contestó el silenciador—. No es tan malo como disponer de tu

propia alma pero tener que soportar medio millón de películas.

Los otros silenciados asintieron con firmeza, y G. C., aunque él y sus hijos habían partido con la intención de hacer algo acerca de su estilo de vida y el de sus compañeros, descubrió que casi estaba defendiendo la posición de los silenciados.

—¿En qué parte del Castillo Bijou se oculta el conde? —preguntó G. C.

—Nadie ha visto jamás al conde —dijo el silenciado—. Y, de todos modos, ninguno de nosotros ha estado nunca en el castillo. —La cabeza y el torso del hombre se volvieron hacia el sur—. Nos alojamos en los puestos que hay cerca del cementerio.

G. C. se tocó el borde del sombrero.

—Muy agradecido. Vamos, chicos. Tenemos que tomar por asalto el Bijou nosotros solos.

Los tres espolearon sus cabalgaduras pasando junto a las cabezas y torsos suspendidos de los silenciados.

—¡No podéis dejarnos aquí de este modo! —gritaron los truncados guardianes del conde De Mille—. ¡No podéis hacerlo!

—Sólo tenéis que mirar para ver si no puedo hacerlo —murmuró Gary Cooper Seymour.

Allá, en lo alto del risco norte de Pit, se desarrollaba morosamente una de las películas de Michelangelo Antonioni.

G. C., Oliver y Clint desmontaron al pie del risco y procedieron a escalarlo. Alcanzar un saliente justo debajo de la cima les llevó ocho largometrajes, un par de latas de dibujos animados de la Warner Brothers y una antigua película de Polanski. Las bandas de sonido de estos filmes atronaban el aire con tal volumen que era imposible toda comunicación verbal. A menudo, G. C. volvía la mirada para echar un vistazo al valle: fila tras fila de puestos de observación, un espectáculo de abrumadora sordidez. ¿Serían capaces Zsa Zsa y Cissy de verles ascender dolorosamente hacia la cima por la escarpada pared del risco? Probablemente no. Esforzándose por encontrar un nuevo asidero, G. C. se dio cuenta de por qué nadie había intentado asaltar el Castillo Bijou antes.

Cerca de la cima, Clint Eastwood Seymour perdió el equilibrio y cayó hacia la profunda oscuridad arrastrando a su hermano en su desesperado intento de evitar la caída. G. C. no alcanzó a oír sus gritos mientras se precipitaban al vacío, una carencia que indudablemente le ayudó a mantener su presencia de ánimo. G. C. desenfundó su pistolamática y tomó fotografías de los dos antes de que se estrellasen contra el suelo, evitándoles así la desagradable sensación del impacto. Si alguna vez regresaba, tendría las fotografías para mostrárselas a su esposa y a su hija. Dos diminutas figuras con forma de águila en un abismo de profundidad indefinida.

Bien, pensó G. C. con tristeza, ahora sólo estás tú y el conde.

Animado por la índole estética de esta confrontación imaginaria, G. C. logró alcanzar la cima del risco. Luego se dirigió hacia el Castillo Bijou a través de las

luces que provenían de las ventanas formando remolinos brillantes. Los dioses y diosas que se alzaban por encima de su cabeza eran demasiado grandes para poder identificarlos. ¿Dónde estaba la entrada? ¿Había alguna forma de entrar en el castillo?

Finalmente G. C. descubrió la entrada principal del Castillo Bijou y hacia allí encaminó sus pasos. A medida que avanzaba, agachando reflexivamente la cabeza al atravesar una abertura que parecía tener una altura imposible de calcular, G. C. sintió un súbito golpe de viento y elevó la vista a tiempo de ver que el rastrillo de la entrada caía sobre él como si fuese la hoja de una guillotina. Saltó hacia un lado y echó a rodar. A pesar del estrépito y los diálogos de la película que se proyectaba por encima de su cabeza, pudo oír claramente el portentoso ruido del rastrillo al chocar contra el suelo.

—¡Diablos! —exclamó G. C.—. Esto estuvo cerca.

Estaba en el interior del Castillo Bijou, pero al ponerse de pie descubrió que a pocos metros de distancia el suelo desaparecía en la nada más absoluta. Allí se terminaba el mundo, y todo lo que G. C. podía ver a través del vacío era el rayo prismático del Proyector Cósmico que animaba las ventanas del castillo.

El rayo brillaba como un sol en la oscuridad, un inmenso agujero blanco vaciando un multiverso de imágenes en los ojos de los pititas. Mientras permanecía paralizado en el borde de su mundo, G. C. tuvo la sensación de que aquel rayo parecía el depositario y proveedor de toda experiencia. Había llegado detrás del lienzo de las desesperadamente pasivas vidas de su pueblo, y de la suya propia, para encontrar la realidad que las sustentaba a todas. El Castillo Bijou, con sus almenas y bastiones, era un frente falso de cartón piedra y lona, una fachada cuya parte posterior revelaba sus soportes y andamiajes. G. C. recibió esta indiscutible revelación con un cansado temblor.

Como si hubiesen advertido su presencia, las imágenes que eran proyectadas a través del vacío comenzaron a tartamudear enloquecidas. Las imágenes hipaban, se agitaban y bailaban. Finalmente produjeron una oscilación desvaída y dejaron de moverse al unísono. Congelado en las ventanas del Castillo Bijou había un solitario fotograma de un film que G. C. no estaba en condiciones de identificar. Todo estaba en silencio e inmóvil... por primera vez desde la última Intermisión oficial en Pit.

Una voz, firme y sonora, resonó encima de la cabeza de Gary Cooper Seymour.

—¿Qué está haciendo aquí?

G. C. alzó la vista y vio a un hombre montado en un cubo de plástico, en un extremo de un brazo articulado de metal en el eje vertical de una grúa móvil con forma de araña. El hombre era bajo y sólido, con una gran cabeza calva y fieros bigotes y cejas. Llevaba una boina y pantalones de montar. La luz del Proyector Cósmico perfilaba nítidamente su figura, y el hombre manejaba su megáfono con absoluta confianza en su autoridad. Después de que el hombre repitiese su pregunta inicial por dos veces y maniobrara con su silla de plástico para acercarse a G. C. y oír su respuesta, el intruso preguntó:

—¿Es usted el conde De Mille?

—Sí, yo soy —admitió el conde—. ¿Bueno, y qué?

—*El Mago de Oz* —dijo Gary Cooper Seymour en un susurro, agradecido finalmente por el fortuito catolicismo de su educación.

—¿Qué? ¡Hable más alto!

—Usted es un fraude, conde —dijo G. C. arrastrando las palabras—. No es más que un hombre pequeño sin más cerebro o valor que cualquiera de esos pobres seres de ojos enrojecidos que viven en Pit, y voy a desenmascararle.

G. C. desenfundó su pistolamática y apuntó directamente a la calva del conde.

—No hay ninguna necesidad de precipitarse —fanfarroneó el conde—. No hay...

—No será usted también un holograma, ¿verdad?

—No, naturalmente que no soy un hol...

Click.

G. C. esperó a que el conde, a quien había centrado perfectamente en la mira de su pistolamática, se evaporase ante sus ojos. Esperó y esperó. El conde continuó sentado en su habitáculo de plástico, con sus piernas y botas colgando como si fuesen dos signos de interrogación.

—Parece que se ha quedado sin película —dijo el conde compasivamente.

G. C., haciendo una mueca, giró y arrojó su inútil pistolamática al vacío. La pistolamática fue tragada inmediatamente por la oscuridad y se perdió para siempre. Luego G. C. volvió su atención al pequeño conde, quien impulsó su silla cubo hasta el borde del mundo y se detuvo. El conde estaba suspendido sobre el insondable abismo y aureolado por el rayo del proyector. G. C. se volvió y tuvo que protegerse los ojos para mirar a su adversario.

—¿Qué hubiera hecho si efectivamente hubiese podido robarme el alma? —preguntó el conde—. ¿Qué hubiese hecho si yo ya no estuviera aquí para seleccionar y proyectaros experiencias de la vida en una secuencia interminable y virtualmente ininterrumpida? Contésteme, por favor.

—¿Usted es quien selecciona lo que vemos? —preguntó G. C., conociendo de antemano cuál sería la respuesta.

—Así es.

—Pero eso no tiene sentido ni secuencia —dijo con lo que le parecía una lógica mortal e irrefutable.

—Querrá usted decir que no tiene un sentido ni una secuencia *unificadores*. Ya que, por supuesto, cada unidad individual de experiencia fílmica que yo evoco se halla internamente estructurada según las directrices de la inteligencia creadora responsable de ella. Yo estoy aquí para que el mecanismo no se detenga, señor, no para imponer un orden global imposible. Y, ahora, por favor, dígame, ¿qué haría si yo no estuviese aquí para controlarlo todo?

G. C. parpadeó y permaneció mirando boquiabierto hacia el resplandor circular en cuyo centro el conde, meciendo las piernas, se mostraba seguro e inaccesible.

—Suponiendo, naturalmente —continuó el conde—, que todas vuestras necesidades básicas estuviesen satisfechas.

—Viviríamos —dijo Gary Cooper Seymour—. ¿Qué otra cosa?

—¿Aquí en Pit? —preguntó el conde con incredulidad—. ¿*Aquí en Pit*? Bueno, mi querido señor, ni siquiera yo tengo esa opción.

El conde oprimió un botón que había en el brazo de su cubo silla y el Proyector Cósmico se apagó, sumiendo a todo el universo en una oscuridad impenetrable y precaótica.

El Castillo Bijou desapareció en esa informe oscuridad junto con todo lo demás, después de lo cual se elevó desde Pit un jadeo de asombroso volumen, un susurro de terror y consternación absolutamente diferentes a cualquier banda de sonido que G. C. hubiese oído nunca, de modo que le llevó un par de minutos comprender de qué se trataba. Incluso durante las Intermisiones, recordó G. C., el conde no había apagado *todas* las luces de las ventanas del Castillo Bijou. Temiendo que otro paso pudiese enviarlo hacia las profundidades como les había sucedido a sus amados hijos, G. C. permaneció inmóvil y esperó.

—Ahora viva —dijo el conde desde la insondable oscuridad—. Vamos, adelante, viva. Y si llega a descubrir la forma de hacerlo, por favor, hágame partícipe del secreto. Su referencia a *El Mago de Oz* ha sido astuta en su propia y limitada forma, pero, no obstante, inadecuada como descripción de mi estado actual.

G. C., cada vez más aterrado por el jadeo que surgía de Pit, no dijo nada.

—No soy un fraude, señor... soy el lacayo alternativamente benévolo y maligno de un impulso más humano y poderoso que el de cualquiera de vosotros, pobres y engañados pititas.

—¿Qué impulso? —preguntó Gary Cooper Seymour con un ligero temblor.

Pero el conde De Mille sólo dejó oír su risa, y sus carcajadas salieron del megáfono como una música atronadora a la vez amistosa y maléfica. G. C. cayó de rodillas en el borde del risco y se aferró a la vida.

Un rato más tarde, después de un intervalo de inconsciencia, G. C. sintió que era levantado del risco y transportado vertiginosamente a través de años luz de espacio y eones de tiempo por una inmensa pero curiosamente tierna mano. Como Fay Wray en las garras de su monstruoso gorila, pensó G. C. con desesperación. Entretanto, el vacío más absoluto pasaba a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó finalmente G. C. en un murmullo apenas audible que delataba su terror.

No hubo respuesta. Sólo la oscuridad y el flagelante torbellino del inmenso vacío mientras la mano sin cuerpo le transportaba hacia adelante.

Cuando la mano finalmente se detuvo, G. C. extendió los dedos y luego volvió a replugarlos en la palma de su mano.

—¡*Luces!* —ordenó una voz que no era la del conde.

Mientras un débil baño de luz, proveniente de alguna fuente incorpórea, apartaba

las tinieblas, G. C. se puso de pie cautelosamente. Pudo comprobar que, efectivamente, una mano etérea le había llevado por el aire y que, debajo de él y de esa mano, en el rasgado vacío, se extendía el desconocido paisaje nocturno de otro mundo.

—Esto es el Páramo —dijo la voz que no era la del conde.

Entonces, con un volumen que hizo que cien constelaciones temblasen como si fuesen telarañas sacudidas por el viento, la voz ordenó:

—¡Cámara! ¡Acción!

Mirando hacia abajo, G. C. descubrió que los habitantes del Páramo no estaban encerrados en un valle coronado en un extremo por un castillo con ventanas luminosas, sino que se hallaban en una hundida sala de estar rodeada de pantallas de televisión. Ante los infortunados y narcotizados habitantes de aquel mundo de pesadilla se proyectaban simultáneamente reestrenos de «Amor a la vida», «Hee Haw», «Los ángeles de Charlie», «La isla de Billigan», «Dragnet», «Beat the Clock», «Días Felices»...

—Llevadme a casa —rogó G. C. sin ningún pudor, cayendo nuevamente de rodillas—. Os lo imploro, llevadme a casa.

Cinco segundos o doce siglos más tarde abrió los ojos y se encontró sentado en su puesto de observación junto a Zsa Zsa, Cissy, y sus dos hijos, milagrosamente resucitados. En las ventanas del Castillo Bijou brillaba la proyección de *Solo ante el peligro*, la mentira de Fred Zinnemann.

Segunda respuesta a Drácula prepara un cóctel

(Viene de aquí)

Coloque 26 cartas negras en un montón. Junto a él coloque, digamos, 13 cartas rojas. Vuélvase de espaldas y pídale a alguien que coja todas las cartas que desee del montón negro y las mezcle en el montón rojo. Luego coja usted el mismo número de cartas del montón que originariamente era todo rojo y barájelas en el montón negro.

Una vez que lo haya hecho, vuélvase, masajee suavemente sus sienes y anuncie que sus poderes clarividentes le indican que el número de cartas rojas que hay entre las negras es exactamente el mismo que el número de cartas negras mezcladas con las rojas.

Esto será siempre así y por la misma razón que hemos ofrecido en la solución al problema del cóctel. Si lo desea, puede permitir que un espectador baraje los dos montones juntos, luego separe 26 cartas en un montón y 13 en otro. El resultado final será el mismo de antes.

Ahora vuelva las páginas y relea la primera parte de este relato. ¿Qué colosal error se ha cometido al describir la escena en que el conde Drácula prepara las bebidas?

Aquí hallará la solución.

Marte enmascarado

Frederik Pohl

El inolvidable autor de Mercaderes del espacio, Homo Plus y Pórtico (por no mencionar sino sus novelas más conocidas), fiel a la línea de «ciencia ficción sociológica» de la que es tal vez el máximo representante, nos habla en este relato de una guerra — estremecedoramente verosímil— que no es ni fría ni caliente... sino todo lo contrario.

I

El día en que fueron a buscar al Reverendo H. Hornswell Hake era su trigesimonono aniversario, y su secretaria, Jessie Tunman, le había preparado un pastel. Porque era muy comedida y sentimental, sólo le había colocado dos velitas. Y, porque Jessie era así, lo había plantado frente a él con una mueca de disgusto.

—Es muy considerado por tu parte, Jessie —dijo él, contemplando el recubrimiento de coco que tanto le desagradaba.

—Claro. Lo mejor será que te lo comas rápido, porque tu gente de las nueve en punto está saliendo en este momento de su cochecito. ¿No vas a apagar las velas? — lo contempló mientras lo hacía—. Bueno, feliz cumpleaños, Horny. Sé que te hubiera gustado más de chocolate, pero ya sabes que te produce granos.

No esperó una respuesta, sino que cerró la puerta tras de ella.

Naturalmente, lo había encontrado vestido sólo con el pantalón de deporte, levantando pesas ante el espejo. Ahora que había dejado de hacer ejercicio se estaba congelando; abrió rápidamente un cajón y metió dentro las pesas. Se puso los pantalones, se colocó unas botas forradas sobre los calcetines de deporte y comenzó a abotonarse la camisa, cubriendo la gran trama de cicatrices que se curvaba bajo su pezón izquierdo. Para cuando aparecieron sus primeros feligreses ya estaba sentado tras su escritorio, volviendo a semejar más el religioso unitario que era que el macho deportista que parecía antes.

Otro matrimonio que se iría al traste, si él no lo solucionaba. Era una responsabilidad que había aceptado tiempo ha, cuando había hecho sus votos en el seminario, pero eso no hacía que las cosas fueran más fáciles. Les ofreció a aquellos jóvenes un pedazo de su pastel de cumpleaños y se arrellanó en el sillón para escuchar, una vez más, sus quejas y acusaciones.

Hake se tomaba muy en serio sus funciones religiosas, pero sobre todo sus

funciones como consejero. Y de todas las exigencias de apoyo y resolución de problemas que le imponía su congregación, las más difíciles y agotadoras eran las relativas al matrimonio. Acudían a él para que les aconsejase sobre problemas conyugales, con el rostro brillante y una fina capa de sofisticación tratando de cubrir sus descarnadas y aterrorizadas interioridades. Él les daba el máximo apoyo que podía.

—¡Te aseguro que te amo de veras, Alys! —gritaba furioso Ted Brant.

Hake contemplaba educadamente a Alys. Ella no respondía a sus palabras; estaba mirando, con los labios muy apretados, a un rincón de la habitación. Hake suprimió el deseo de suspirar y siguió en silencio. Esto era la mitad del trabajo de consejero: mantener la boca cerrada, aguardando a que los que iban a casarse o estaban pensando en divorciarse escupieran todo lo que había en su interior, lo que realmente pensaban. Tenía los pies fríos. Estiró disimuladamente la mano y los arrebujó más con la manta afgana con la que se los había tapado.

Una llamada en la puerta rompió la escena y Jessie, su secretaria, atisbo por la rendija:

—Lo lamento —dijo atropelladamente—, pero esto parecía importante.

Dejó una nota en la mesilla y cerró la puerta de nuevo, sonriendo a los jóvenes para mostrarles que, en realidad, no los estaba interrumpiendo.

Horny extrajo sus pies de la manta afgana y atravesó la alfombra para ir a mirar la nota:

«Un inspector de Hacienda quiere verle inmediatamente».

—¡Oh, Dios! —exclamó. Su conciencia estaba tan limpia como las de la mayoría, lo que equivale a decir que algo turbia sí que la tenía. No es que esperase sufrir ningún problema grave, pero estaba acostumbrado a enfrentarse con cosas a las que no se les podía llamar problemas, pero que resultaban ser unas molestias interminables.

Una de las cosas buenas de su profesión era que muchas de las cosas en las que la gente gastaba dinero eran, para el clérigo, deducibles de impuestos: la casa mucho mayor de la que necesitaba un hombre solo, justificable porque muchas habitaciones eran empleadas para menesteres parroquiales tales como la tarea de aconsejar, o las reuniones, que en realidad eran pequeñas fiestas —en las que se tomaba vino y queso, o aquellos viajes ocasionales, que a él tanto le agradaban, que casi siempre eran para acudir a seminarios, convenciones eclesíásticas y cursillos profesionales. Pero lo malo que tenía aquella buena situación era que, cuando uno podía deducir tanto, tenía que pasar mucho tiempo demostrando que las deducciones eran correctas.

Ted Brant lo estaba contemplando a él ahora, con la expresión de un hombre que

se da cuenta de que le han ofendido.

—Pensaba que esta reunión era acerca del fracaso de nuestro matrimonio —dijo.

—Así es, Ted. Lamento la interrupción —explicó—. Y, sin embargo, llega en un momento muy adecuado. Quiero que intentéis hablar en privado acerca de las cosas que aquí hemos discutido. Así que voy a salir de esta habitación durante diez minutos. Y si no sabéis de qué hablar, pues bien, Alys... tú podrías reflexionar acerca de lo que opinas sobre eso de cooperar en la cocina: ése es un punto muy adecuado, sobre lo que sientes acerca de esa cocina tan sucia. Y no tenéis que excusaros por mostrar cuáles son vuestros verdaderos sentimientos —señaló la botella de vino y la cafetera—. Servios lo que queráis. Y coged otro pedazo de pastel.

En la antesala, Jessie estaba dando vueltas a la multicopista y contando páginas: *Clisclás, clisclás, clisclás*. Hizo una pausa para decir:

—Te está esperando en su coche, Horny.

—¿En su coche?

—Es un tipo raro, Horny. No me gusta. Y, escucha, la calefacción se ha vuelto a descomponer. Fui abajo a ver, pero no hay presión en el gas.

—El del gas dijo que pasaría hoy.

—Nunca viene hasta última hora de la tarde y, para entonces, nos habremos convertido en carámbanos. Voy a tener que enchufar la estufa eléctrica.

Hake gruñó. El racionamiento de energía hacía que la vida resultase difícil cuando el invierno se resistía a desaparecer, como estaba sucediendo aquel final de marzo. La compañía eléctrica había montado un fusible sellado en la acometida. Se suponía que no debía saltar por debajo de los treinta amperios, pero la verdad es que no eran demasiado precisos. Si saltaba, aquello significaba que había que esperar a que llegase un electricista de la compañía a repararlo, al que seguía un policía con una citación por derroche de energía.

—Hazlo si lo crees necesario —admitió—, pero apaga unas cuantas luces. Y entra a apagar el calentador del estudio. Ahí dentro ya tienen suficiente calor animal.

—Me molesta mucho interrumpir a los jóvenes —dijo ella, con aire virtuoso.

—Seguro que sí. —Era verdad: lo que a ella le gustaba era escuchar tras la puerta. Él se puso un suéter y salió al porche. El viento llegaba directamente desde el Atlántico y lo rociaba con gotitas de espuma del mar o llovizna.

La casa parroquial era un edificio de ciento cincuenta años de antigüedad, de los tiempos en que los presidentes iban a Long Branch a tomar los aires del mar (y a morir allí, como sucedió con un par de ellos). Aquellos días pertenecían al pasado. Las tallas del porche estaban reblandecidas por la podredumbre y el Fondo de Reconstrucción nunca alcanzaba para pagar el cambio de las contraventanas y de las tejas que saltaban cada vez que el viento soplabla. En otro tiempo aquélla había sido la casa de veraneo de una acaudalada familia de Filadelfia, luego un prostíbulo, un

garito de los tiempos de la Ley Seca, un asilo donde llevaban a morir a los ancianos, el cuartel general del grupo local de Ku Klux Klan, ocho o diez tipos diferentes de pensión y por fin había quedado vacía... Últimamente había pasado mucho tiempo vacía. Y la Iglesia Unitaria la había comprado entonces, porque era barata. Si no la hubiesen declarado edificio histórico haría tiempo que la hubieran derribado, pero los unitarios habían supuesto que lograrían el suficiente trabajo gratuito, por parte de equipos de voluntarios, como para reconstruir las chimeneas, colocar un nuevo techado, arreglar las cañerías y dar una capa de pintura a la totalidad. Al final sí que la pintaron... y todo lo demás fue remendado. Incluso la pintura estaba empezando a caerse. El viento marino había arañado el verde unitario para dejar a descubierto el amarillo del garito y el marrón del prostíbulo, e incluso rastros de lo que debía de ser el blanco original de la casa veraniega.

Hake descansó la mano en el raíl del ascensor para la silla de ruedas, que no había vuelto a usar desde su renacimiento, hacía dos años, y se sujetó la bufanda, buscando a su visitante. No era fácil ver coches entre los montones de cascotes de las excavaciones de la calle, que parecían haberse convertido en algo crónico... pero al fin lo descubrió. No cabía error: en una manzana por la que se desperdigaban algunos triciclos a motor y unos pocos minivolkswagen, era el único Buick, además un cuatro puertas. ¡Y, a pesar de que Hake no podía dar crédito a sus sentidos, esperaba con el motor en marcha!

Horny Hake tenía un carácter fuerte, adquirido en el *kibbutz* en el que había pasado su niñez y en el que se respetaba la libertad de expresión de cada uno; un lugar en donde, si uno no chillaba hasta quedarse ronco, ni siquiera se daban cuenta de que existía. Bajó los escalones de un salto, abrió de un tirón la pesada puerta, tan ineficiente y malgastadora de combustible, se inclinó hacia el interior y gritó:

—¡Cerdo derrochador de energía, apague ese motor!

El hombre que había al volante lanzó el cigarrillo que llevaba en los labios y volvió hacia él un rostro asombrado:

—¿Reverendo Hake?

—¡Vaya si soy el Reverendo Hake, sea-usted-quién-sea! ¿Qué mierda pasa con mi declaración de impuestos? —Temblaba, en parte por el frío y en parte por la ira—. ¡Y apague de una vez ese maldito motor!

—¡Ah, sí, señor, claro! —Giró la llave de contacto y empezó a subir el cristal de la ventanilla con una mano, mientras trataba de estirarse para acabar de abrir la puerta del lado de Horny con la otra—. Hágame el favor de entrar, señor. Desde luego, lamento el haber dejado el motor en marcha, pero con este tiempo...

Hake, irritado, se metió en el coche y cerró la puerta.

—De acuerdo. ¿Qué pasa con mis impuestos?

El joven luchó por extraer una cartera del bolsillo trasero de su pantalón, de la que sacó una tarjeta de visita:

—Ésta es mi tarjeta, señor. —Decía:

T. Donal Corry
Adjunto Administrativo
Senador Nicholson Bainbridge Watson

—Pensaba que era usted de Hacienda —dijo Hake suspicaz, girando la tarjeta en su mano. Estaba muy bien impresa y, aparentemente, hecha con papel de lino no recuperado... ¡Otro tipo de despilfarro!

—No, señor. Llegados a este punto esa afirmación se convierte ya en... esto, inoperante.

—¿Significa eso que ha mentado?

—Significa, señor, que ésta es una cuestión de seguridad nacional. Y no he querido exponerme a revelar un asunto tan delicado a su colaboradora, la señora Tunman, o a esas personas de su parroquia que están dentro.

Horny se volvió en el acolchado asiento y estudió a Corry. Empezó a hablar con tono normal, pero cuando acabó estaba gritando:

—¿Quiere usted decir que ha venido aquí, apestando el aire con su gran Buick, me ha sacado de una sesión de consejos matrimoniales a mis feligreses, ha sobresaltado a mi secretaria, a la que no puedo pagar lo suficiente como para permitirme que esté descontenta, me ha dado un susto de muerte haciéndome creer que habían venido a revisar mi declaración de impuestos, y lo único que quería decirme es que un senador al que no conozco quiere venir a hablarme?

—Sí, señor —dijo Corry, parpadeando—, más o menos es eso, Reverendo Hake; a excepción de que el, esto, senador tampoco tiene nada que ver en el asunto, también eso es inoperante. Y, en cualquier caso, nadie va a venir aquí. Usted va a ir allí.

—No puedo dejarlo todo e irme...

—Sí, sí puede, Reverendo. Tengo aquí sus documentos de viaje. El de las 8,15 a Newark, el Metroliner a Washington; estará usted en destino a la una y cuarto y le habrán terminado de informar a las dos, como muy tarde. Adiós, Reverendo Hake.

Y, antes de que Horny se pudiera dar cuenta de lo que pasaba, estaba de nuevo fuera del vehículo, aquel pestilente motor de ocho cilindros se había puesto en marcha y el coche había girado en dirección prohibida y se había marchado.

—¿Te has metido en problemas, Horny? —le preguntó ansiosa Jessie Tunman.

—No creo. Bueno, quiero decir que supongo que todo es cuestión de rutina —le contestó, saliendo de su abstracción.

—Vale, eso es bueno porque ya tenemos bastantes problemas. He estado escuchando la radio: hay algaradas en Asbury Park y los basureros se acaban de declarar en huelga, de modo que habrá racionamiento de metano si la cosa no se ha solucionado para mañana.

—Oh, Dios.

—Y sigo sin poder conseguir algo de calor, y será mejor que entres porque hace un minuto los he oído gritándose ahí dentro.

Hake meneó la cabeza tristemente; casi se había olvidado de los problemas matrimoniales de sus feligreses. Pero eran menos complicados que los suyos propios y, desde luego, no tan preocupantes. Se estiró al atravesar la puerta:

—Bueno —inquirió—. ¿Qué es lo que habéis decidido?

Ted Brant paseó la vista por la habitación y contestó:

—Supongo que tendré que decirlo yo: Alys está decidida a divorciarse.

Aquello era un golpe bajo; Horny había confiado en que se reconciliarían. Así que su voz sonó irritada cuando dijo:

—Lamento oír eso, Alys. ¿Estás segura? Naturalmente, yo no tengo al matrimonio por un sacramento indisoluble, pero la experiencia me dice que la gente que se divorcia casi siempre repite el mismo estilo de matrimonio con nuevos cónyuges. Ni mejoran, ni empeoran.

—Estoy segura, Horny —afirmó Alys. Lo enrojecido de sus ojos y las señales en el maquillaje mostraban que había estado llorando, pero ahora se dominaba.

—¿Es por Ted?

—Oh, no.

—¿Walter?

—No. Ni tampoco por Sue-Ellen. Son de lo mejor que haya. Pero serán más felices con otra persona, Horny.

—¡No lo seremos, cariño! —gritó apasionadamente Walter Sturgis—. Eres todo lo que deseamos en una esposa. La casa no será igual sin ti.

—Lo lamento, Walter, pero esto es algo que debo hacer.

Sturgis la miró, con ojos que dejaban escapar lentas lágrimas. Respiraba jadeando.

—Oh, Horny —gimió—. Nunca pensé que fuera a acabar así. Recuerdo el día en que conocí a Alys.

—¡Oh, Walter, calla... por favor! —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—Ted nos presentó. Ellos dos acababan de casarse. Siempre me había caído bien Ted, pero jamás había pensado en un matrimonio plural hasta que conocí a Alys, tan hermosa, tan distinta. Y luego, cuando apareció Sue-Ellen, todos nos acoplamos. Nos propusimos en matrimonio el mismo día en que la conocimos.

—En realidad fue dos semanas después de que nos conociésemos, cariño —intervino Sue-Ellen con alguna dificultad: ella también había estado llorando.

—No, querida, eso fue después de que tú y yo nos conociéramos; me estaba refiriendo a cuando los dos conocimos a Ted y Alys —corrigió y luego siguió, desesperado—: Si Alys no cambia de idea no sé lo que voy a hacer, Horny. Jamás encontraré a otra mujer como ella. Y estoy seguro de que Ted y Sue-Ellen piensan lo mismo.

Mucho después de que se hubieran marchado, Horny siguió sentado en la creciente oscuridad, preguntándose dónde habría estado su fallo. Pero ¿el fallo había sido suyo? ¿No tendría algo que ver la terrible y creciente tensión y desesperación del mundo? ¿No estaría eso destruyendo más nexos sociales que simplemente los del matrimonio? Las huelgas y los atracos, el desempleo y la inflación, la repentina desaparición de las frutas frescas de las tiendas en verano y de los árboles de Navidad en diciembre, las preocupantes y permanentemente molestas carencias que se habían convertido en el hecho central de la vida de todos y cada uno... ¿No sería ahí dónde estaba la causa y no en un fracaso personal suyo?

Pero sentía el fracaso como propio. Y esto casi le resultaba una idea atractiva. Llevaba el suficiente tiempo ejerciendo su ministerio como para darse cuenta de que algún atisbo de culpa era un posible inicio para un tema de sermón. Tomó el micrófono, apretó el botón y comenzó a dictar antes de fijarse en que no se había encendido la luz roja de la puesta en marcha.

Al mismo tiempo Jessie Tunman abrió la puerta sin llamar.

—¡Horny! ¿Has encendido tu estufa?

Miró hacia abajo con aire culpable y allí estaba. No brillaba, pero estaba caliente y chasqueaba por las tensiones térmicas.

—Supongo que sí.

—Vale, pues esta vez sí que la has hecho buena. Ha saltado el fusible de la acometida.

—Lo lamento, Jessie. Bueno, el de la compañía del gas estará pronto aquí...

—Sí, pero entonces el encendido no funcionará, porque no habrá chispa eléctrica, ¿no? Tendrás suerte si no se hielan las cañerías, Horny. En cuanto a mí, estoy pasando frío, así que me voy a casa.

—Pero la hoja dominical...

—Acabaré de imprimirla mañana, Horny.

—¿Y mi sermón? ¡Ni siquiera he empezado a dictarlo!

—Ya lo dictarás mañana, Horny. Y lo pasaré a máquina.

—No podré. Tengo que irme... tengo que hacer algo mañana.

Ella le contempló con curiosidad.

—Bueno —dijo, haciendo una mueca—, pues cuando subas al púlpito el domingo por la mañana siempre puedes hacerles unos juegos de manos. Me he de ir ya, o me pondré enferma, y entonces tampoco podré venir mañana.

La contempló subirse la cremallera de su anorak guateado y transferir el broche de plata en espiral de su blusa al mismo. Cuando se iba, apareció alguien en la puerta y, por un momento, Horny tuvo esperanzas... ¿Sería el hombre de la compañía del gas? ¿O el de la electricidad? ¿O quizá ambos? Pero no, era el policía con una citación por malgastar energía.

—Es su quinta contravención, Reverendo —sonrió burlescamente, soplándose el aliento a las enrojecidas manos—. ¿No cree que debería dejarle un par de impresos en blanco, para que los llene usted mismo y evitarme un viaje la próxima vez?

Horny se lo quedó mirando: era un hombretón alto y gordo, con un nudo que indicaba que era homosexual en la hombrera de su uniforme, un brazalete de cuero claveteado en la muñeca y la bandera estadounidense a medio camino entre los otros dos símbolos. No era el tipo de persona con la que a Horny Hake le agradara discutir. Le vinieron un centenar de respuestas hirientes a los labios, pero lo que dijo fue:

—Gracias, Sargento. Vaya tiempo malo, ¿eh?

II

Apenas si llegó a las 8,15 a la parada, pero también el autobús iba retrasado. Para cuando el vehículo llegó arrastrándose ya había pasado diez interminables minutos al incesante y gélido viento. La primera parte estaba llena, lo que significó subir al remolque y sentarse junto al gasógeno, que era viejo y no hermético, por lo que escupía humo al interior del autobús cada vez que el conductor cambiaba de marcha. Podría haberse quedado dormido, pero estaba la cuestión de su sermón del día siguiente. No tenía sentido dejarlo para otro momento. Quitó la tapa de la maltrecha máquina de escribir portátil, se la colocó sobre las rodillas y comenzó a aporrear las teclas:

Hay que hallar algo que amar en cualquiera.

Bueno, aquello era un inicio. Cuando uno pensaba en ello podía encontrar algo que amar en cualquier ser humano. ¿Jessie Tunman? Era una gran trabajadora: el mundo se haría pedazos si no fuera por las personas como ella. El hombre de la compañía del gas, yendo de casa en casa a pesar del tiempo tan desapacible, para hacer que la gente estuviera caliente. El Sargento Moncozzi... no encontró nada que amar en el Sargento Moncozzi; esto interrumpió su cadena de pensamientos, por lo que permaneció un momento perdido, con la mente en cien cosas a la vez para, finalmente, tachar lo que había escrito y teclear un nuevo título:

Si no puedes amar a alguien, al menos sé tolerante.

—Disculpe —le dijo la señora sentada a su lado—. ¿Es usted escritor?

La miró. Se había subido en Matawan y era una mujer de mediana edad, con un anillo de casada del viejo estilo beligerantemente exhibido en su dedo y un cabello inciertamente dorado.

—No exactamente —le contestó.

—Ya me parecía a mí —contestó ella—. Si fuera usted un verdadero escritor estaría escribiendo en lugar de quedarse mirando el papel en blanco.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventanilla. El autobús con remolque estaba traqueteando cuesta arriba por la larga pendiente del Puente Edison, con el motor gruñendo sin lograr alcanzar los cuarenta kilómetros por hora. No iba mal en llano, pero en cualquier cuesta que pasase del tres por ciento no podía alcanzar el límite legal de ochenta. Abajo, el río estaba repleto de hielo que se estaba ya rompiendo, festoneado por una maraña de jacintos de agua. Un remolcador se afanaba obstinadamente en abrir camino para un tren de barcazas de carbón que había que llevar río arriba.

—Cuando yo era pequeña —comentó la mujer, inclinándose sobre él para mirar por la ventana—, por ahí iban las barcazas tanque, llenas de petróleo.

Frotó el vaho para dejar un círculo libre en la ventanilla y resopló, mirando a las casas baratas.

—Docenas de tanques. Y de los grandes. Y todos ellos llenos. Y refinerías, con los penachos de llamas surgiendo en la cima porque estaban quemando los gases sobrantes. ¡Gases sobrantes, jovencito! Ni siquiera pensaban en aprovecharlos. Oh, le aseguro que aquéllos sí que eran buenos tiempos, los de los setenta.

Si no puedes amar a alguien, al menos sé tolerante.

Horny, ejercitando al máximo su tolerancia, dijo:

—Supongo que tiene que haber lugares en los que viva la gente.

—¿La gente? ¿Y quién habla de la gente? Lo que yo digo es, ¿dónde está ahora el petróleo, jovencito? Todo el que nos dejaron los judíos lo tienen ahora los comunistas. Si no fuera por ellos, volverían los buenos viejos tiempos.

—Bueno, señora...

—Usted sabe que tengo razón, ¿no? ¡Y todo este crimen y toda esta polución! —se dejó caer en su asiento, con el cuello girado para mirarle triunfante.

—¿El crimen? ¡No sé que tiene que ver el crimen con eso!

—Pues está bien claro. Todos esos jóvenes sin nada que hacer... si tuvieran coches podrían dar vueltas por ahí con unas cervezas y alguna chica y todos contentos. ¡Oh, qué bien me acuerdo de los buenos tiempos, hasta que estos judíos los echaron a perder!

Horny Hake luchó por contener su indignación. Naturalmente, ella se estaba refiriendo a las represalias israelíes contra la Liga Árabe, las incursiones aéreas y

acciones de comandos que habían hecho saltar en llamas todos los principales campos petrolíferos del Oriente Próximo, originando la tormenta de fuego de Abu Dabi y un millar de otros incendios más pequeños, pero igualmente inmensos.

—¡No estoy de acuerdo, señora! ¡Israel estaba luchando por su supervivencia!

—¡Y echando a perder la mía! Hablemos de la polución; ¿sabe usted que los judíos aumentaron la proporción de partículas suspendidas en el aire en un siete coma dos por ciento? ¡Y lo hicieron por pura maldad!

—¡Lo hicieron para salvar sus vidas, señora! No eran los ejércitos árabes lo que ponían en peligro a Israel, eso quedó demostrado en seis ocasiones: ¡era el petróleo árabe y el dinero árabe!

Ella lo miró con creciente comprensión y luego se sorbió la nariz.

—¿Es usted judío? —le preguntó—. ¡Ya me parecía a mí!

Hake se tragó la respuesta y volvió a mirar por la ventanilla, casi a punto de estallar. Tras un momento le volvió a colocar la tapa a la máquina de escribir, la deslizó bajo el asiento, cerró los ojos, cruzó las manos y comenzó a hacer sus ejercicios isométricos, para relajarse.

El problema con aquella pregunta era que tenía una respuesta complicada y aquella mujer no le caía bastante bien como para dársela. Hake no se consideraba judío... bueno, no lo era; pero era aún más complicado. Tampoco pensaba en sí mismo como en un clérigo, o al menos no era el tipo de persona que uno se imaginaba cuando pensaba en un hombre de la iglesia allá en su niñez. Y considerando lo mucho que había cambiado su vida en los últimos dos años, no estaba muy seguro de lo que realmente era. Bueno, excepto de que él era él. Físicamente podía ser alguien nuevo, pero interiormente era el viejo Horny Hake, cuyas alternativas estaban muy limitadas: no tenía demasiada suerte con las mujeres ni demasiado éxito en las finanzas. Quizá ni siquiera fuera demasiado brillante, en comparación con los chicos jóvenes que ahora salían de los seminarios. Pero, de todos modos, era el centro de su universo personal.

El primer recuerdo de infancia que tenía Horny era de haber sido llevado, apresurada y no demasiado cuidadosamente, a través de los trigales del *kibbutz* de sus padres. Los rociadores de agua estaban funcionando y el olor del grano pesaba en el aire húmedo y calmo. Quizá entonces tuviera unos tres años y era mucho después de la hora en que debería haber estado en la cama.

Se despertó gritando, algo lo había asustado. Y seguía asustándole: sonidos rugientes, atronadores, gente gritando y quejándose. No sabía lo que era. El pequeño Horny sabía muy bien cómo sonaba el fuego de los cohetes, porque cada semana había visto a la milicia del *kibbutz* practicando en los campos baldíos. Pero esto era diferente: no podía identificar aquellas aterradoras erupciones con el ordenado fuego de la práctica de tiro. Ni tampoco había oído antes a la gente gritar de miedo y agonía cuando estallaban los cohetes. Comenzó a llorar. «Silencio, *bilmouachira*», dijo quienquiera que lo estuviera llevando a cuevas; era la voz de un hombre, ronca y

asustada. No era la de su padre y, entonces, se dio cuenta de que ni su padre ni su madre estaban con él, que estaban solos él y aquel desconocido, y dejó de llorar. Todo era demasiado aterrador para poder resolverlo con simples lágrimas.

A los tres años era lo bastante pequeño como para ser tratado aún como un bebé, pero lo bastante mayor como para que eso no le gustase. También le molestaban las sensaciones físicas que notaba allí donde se encontraban: hacía un calor molesto, pero la neblina de gotitas de los rociadores era húmeda y fría. «Déjame en el suelo, *nagboret*», le gritó al hombre que le llevaba, pero éste no le hizo caso, sino que colocó una mano sucia y callosa, que sabía a grasa y sal, sobre la boca de Horny. Y entonces Horny reconoció la mano: era la de Ahmet, el electricista palestino que controlaba las máquinas de ordeñar del *kibbutz* y que hacía de canguro para los padres de Horny cuando éstos volaban a Haifa o Tel Aviv, a pasar el fin de semana.

En toda lógica la vida de Horny debería haber acabado justo en ese momento, porque los comandos de la OLP los tenían justo en su campo de tiro. Lo que les salvó fue una diversión: Horny recordaría toda su vida aquella torre de llamas que pareció alzarse hasta el cielo. Luego, cuando creció, la llegó a confundir mentalmente con la tempestad de fuego de Abu Dabi, que se produjo cuando los israelíes lanzaron su carga hueca nuclear en los campos petrolíferos que daban poder a los árabes. Naturalmente, esto era imposible. Probablemente, lo que en realidad estalló en el borde del *kibbutz* no fue más que los depósitos de combustible para los tractores, pero aquello mantuvo ocupados a los guerrilleros durante el tiempo suficiente como para que él salvara su vida.

Horny nunca volvió a ver a su padre. Ninguno de los hombres que componían la milicia del Kibbutz Meir sobrevivió al primer combate. La madre de Horny se salvó, pero había sido demasiado gravemente herida como para poder volver a la vida agrícola. Cogió a su hijo y volvió a los Estados Unidos, vivió lo bastante como para casarse con un viudo con cinco hijos y darle una nueva hermanastra a Horny. Era lo mejor que podía hacer por su hijo y ya fue mucho. Él creció en el seno de aquella familia en Fair Haven, New Jersey, bien cuidado y con una buena educación.

Eso fue durante la última guerra árabe israelí, la cuarta después de la del Yom Kippur, la segunda después de la de la Bahía de los Tiburones, la que solucionó para siempre la situación. Ya mayor, Horny se había debatido alternativamente entre sus deseos de volver a Israel, para trabajar en su reconstrucción (al parecer Israel se las arregló muy bien sin él), o ayudar a su nuevo país como ingeniero termodinámico capaz de resolver los problemas originados por la eliminación de las reservas petrolíferas. Las cosas no fueron así. Quizá hubieran podido serlo, si no hubiera pasado gran parte de su juventud en una silla de ruedas. Pero, tras cuatro años en el MIT, comenzó a darse cuenta de que con la tecnología no podía resolver el tipo de problemas sobre los que le consultaba la gente: como inválido, el joven se convirtió en el hombro al que todos iban a llorar, el depositario de todas las confidencias. Y descubrió que aquello le gustaba, así que el siguiente paso fue el seminario y acabó

siendo un clérigo de la Iglesia Unitaria.

No se había casado. No porque estuviera en una silla de ruedas. ¡Oh, no! Bastantes muchachas le habían dejado bien claro que aquello no iba a ser un inconveniente para ellas. En sus días de seminario había pagado las consultas de un psiquiatra, una docena de horas de ésas que sólo duran 50 minutos, para tratar de descubrir, precisamente, por qué él era así. Aunque no estaba seguro de haber sacado buen provecho a aquel dinero, el caso era que, al parecer, todo tenía que ver con su excesivo orgullo. Pero ¿por qué era tan excesivo su orgullo? Había descubierto que estaba lleno de conflictos sin resolver. Odiaba a los árabes que habían matado a su padre y, a la larga, también a su madre. Pero el hombre que le había ocultado entre el trigo y salvado la vida también era un árabe, y a éste lo amaba. Lo habían educado como judío, aunque un judío no practicante en lo religioso, claro, pero, eso sí, en una atmósfera llena de *dreidels* y velas de *Chanukkah*. Sin embargo, sus dos progenitores habían nacido en el seno de iglesias protestantes, uno en la luterana, la otra en la metodista, aunque admiraban el estilo de vida de los *kibbutz*, o sea las granjas colectivas de Israel, y se habían presentado voluntarios para trabajar en uno de ellos, en aquellos excitantes años en que los *kibbutz* de la segunda generación abandonaban el campo para instalarse en las ciudades y las granjas agroindustriales estaban desesperadamente necesitadas de mano de obra.

Así que había acabado siendo el pastor de la Iglesia Unitaria de Long Branch, New Jersey, situada entre un aparcamiento y una pizzería, y era un estilo de vida que le agradaba bastante. Al menos hasta su última operación, la de hacía dos años, en la que las cosas habían cambiado mucho.

Ahora ya no estaba muy seguro de lo que realmente le gustaba. Tenía claro, eso sí, lo que le disgustaba: le molestaba el crimen, la suciedad, la pobreza y la maldad; y lo que más le disgustaba eran las personas llenas de prejuicios, tales como la mujer sentada a su lado. Se quedó en silencio todo el camino hasta Newark, donde salió del autobús, mientras el conductor permanecía en la puerta del mismo vigilando con la escopeta en sus manos hasta que los pasajeros se encontraron a salvo en el interior de la estación, justo a tiempo para coger el Metroliner hacia Washington.

El Metroliner era un convoy de coche motor y tres remolques, con conductor, ayudante, revisor y azafata. Desde fuera parecía resplandeciente y nuevecito, por dentro no era tan nuevo. Por una parte, en el compartimento que le tocaba por su billete, tres de las ventanas estaban encalladas abiertas; por otra parte, la mujer del autobús de Long Branch le siguió, pisándole los pasos, aparentemente ansiosa por reanudar la conversación.

Durante los primeros treinta kilómetros Hake trató de parecer dormido, pero le resultaba difícil: no sólo estaba abierta la ventanilla que tenía tras él, sino que además, por alguna extraña razón, el aire acondicionado estaba puesto a toda marcha,

y cada vez que se recostaba y cerraba los ojos le daban gélidas corrientes de aire en la frente.

En la parada en el restaurante Howard Johnson de las afueras de Filadelfia bajó, fue al lavabo de caballeros, salió y se quedó hosco, contemplando el depósito de escoria, hasta que el conductor, impaciente, hizo sonar la bocina. Saltó al interior en el último minuto, seguido de cerca por una muchacha vestida con un mono de pana, que le dedicó una sonrisa sorprendentemente invitadora. La sonrisa desapareció cuando él se sentó en el asiento delantero, junto a una mujeraza negra que pasaba cuentas de rosario. La chica dudó y luego se fue hacia atrás, al más cercano asiento vacío y, agradecido, Hake se quedó dormido.

Se despertó mucho tiempo después, dándose cuenta de que alguien le estaba hablando en un penetrante susurro:

—... molestarle, pero es muy importante. ¿Querría venir conmigo al lavabo?

Se incorporó súbitamente, notándose agarrotado por el sueño y algo irritado. Su vecina negra se había ido y había sido sustituida por una portorriqueña que aguantaba a un niño con una mano y un ejemplar de *El Diario* con la otra.

La voz llegaba de detrás de él; se volvió y se topó con los ojos de la chica del mono.

—¡Vuélvase! —susurró ella, tensamente—. ¡No me mire!

Confuso, obedeció la orden. El susurro le llegó de nuevo:

—Creo que le vigilan y no quiero problemas, así que lo que haré será ir hacia el lavabo. Nadie se fija mucho en los que hacen eso. Iré al de la izquierda: tiene la taza rota, así que no lo usan demasiado. ¿Vendrá usted?

Hake iba a preguntarle para qué, pero se tragó la pregunta. En lugar de eso inquirió:

—¿Dónde estamos?

—A una media hora de Washington. Vamos, tigre, no le voy a hacer daño.

—Tengo que bajar muy pronto —explicó Hake—. Quiero decir que no voy hasta el mismo Washington...

—¿Quiere usted ir hacia atrás y dejar de discutir? Mire, yo me voy ya hacia el lavabo. Espere un minuto, luego se levanta, camina tranquilamente y entra allí. Dejaré la puerta sin cerrar. Hay mucho sitio, ya lo he comprobado.

—Señora —intervino Hake—. No sé exactamente lo que sucede, pero le ruego que me deje en paz.

—¡Estúpido!

—Lo lamento.

—Ni siquiera sabe para qué quiero que venga allí conmigo, ¿no es cierto? —susurró ella, muy irritada.

—¿No lo sé? —hizo una pausa, sorprendido—. Bueno, pues supongo que no lo sé.

—Pues entonces venga. Es importante.

Y se levantó, se giró en el pasillo, estudiándole y siguió hacia atrás. Nadie la miraba, pues ya estaban en esa fase de los largos viajes en transportes colectivos en la que todo el mundo está dormido, absorto en algún pasatiempo, o simplemente cataléptico.

Por un momento, Horny Hake se planteó seriamente el seguirla, por si acaso era algo interesante. Realmente, era una mujer de buen aspecto, mucho más joven que él, pero no tan joven como para que le resultase embarazoso. En realidad, no había muchas posibilidades de que ella buscase cortarle el cuello o infectarle con alguna enfermedad de ésas que se contraen por contacto íntimo. No tenía mucho que perder, pensó Hake; pero justo en ese momento el autobús redujo la marcha y el conductor se inclinó hacia el pasillo, sin apartar los ojos de la ruta:

—Ésta es su parada —gritó.

Podría haber resultado interesante, debería haber corrido el riesgo, pensó Hake... pero ésa es la historia de mi vida. Mientras bajaba del Metroliner, en un apeadero privado marcado con el cartel de la Lo-Wate Bottling Co., Inc., miró hacia atrás y vio a la chica saliendo apresuradamente del lavabo, contemplándole con resentimiento y rabia.

Hake abrió sus instrucciones selladas y las releyó para estar seguro:

Baje del autobús en la entrada de la Lo-Wate Bottling. Vaya a pie hasta la entrada marcada Visitantes, que está a medio kilómetro. Dé su nombre al recepcionista y siga sus instrucciones.

Estaba bastante claro. El edificio en el que se leía «Visitantes-Análisis de Mercado-Ventas y Promoción» tenía dos pisos y estaba cubierto de yedra. Era un veterano de los años de la descentralización, allá por los sesenta o los setenta, pero estaba bien conservado. El recepcionista era un joven que escuchó a Hake cuando éste le dijo su nombre y luego le preguntó: «¿Puedo ver sus documentos de viaje?». No se molestó en leerlos, sino que los colocó, boca abajo, bajo una bombilla cubierta que emitía un débil brillo azulado por debajo de la pantalla que la cubría. Horny no pudo saber lo que el recepcionista vio, pero aparentemente le resultó satisfactorio:

—El caballero con el que está usted citado le recibirá dentro de unos diez minutos —dijo—. Haga el favor de tomar asiento.

Casi se habían cumplido los diez minutos, según el reloj de Hake. El recepcionista había sido tan amable como para dejarle utilizar el lavabo de la sala de espera... No se había atrevido a hacerlo en el autobús, a pesar de que con su charla la chica le había hecho sentir ganas. Entonces, el recepcionista le hizo una seña y le dijo:

—El caballero con el que está usted citado le recibirá ahora. Esta señora le acompañará hasta su despacho. Por favor, cumpla con las siguientes instrucciones: camine a diez pasos por detrás de su guía. No mire hacia el interior de ninguna

oficina. Deje aquí cualquier cámara, película, micrófono o aparato de grabación que lleve encima. Si lleva con usted alguna película sin revelar o cinta magnética resultarán dañadas.

—No llevo nada de eso —afirmó Hake.

El joven sonrió, no pareciendo sorprendido. Pensando luego en lo ocurrido, Hake recordó la pausa de treinta segundos en el vestíbulo antes de entrar, esperando que se abriese una puerta automática: sin duda, durante ese tiempo, unos detectores magnéticos habían buscado cualquier metal que pudiera llevar oculto en su persona.

Su guía era una pequeña anciana, material y sonriente, que caminaba con lentitud, gritando con voz aguda y penetrante:

—¡Pasa una persona del exterior!

Hake no miró al interior de las oficinas, porque estaba teniendo la inquietante sensación de que allí estaba sucediendo algo de muy alta importancia, y que más le valía seguir las órdenes; pero escuchaba el crujido de papeles que eran tapados y de mapas y gráficos colgados en la pared a los que se les daba la vuelta, surgiendo de cada puerta al pasillo frente a la que cruzaban.

Parecía claro que la Lo-Wate Bottling era la tapadera para algún tipo de organización gubernamental. Y, aunque no hubiera tenido sospechas previas, las palabras «cumpla con las siguientes instrucciones» apestaban a jerga oficial.

Todas las paredes estaban desnudas, a excepción de lo que parecían ser tomas de ventilación pero que podrían haber ocultado equipos de vigilancia; la pintura era en el tono crema obligado en las instalaciones gubernamentales, y no se veía ventana alguna. Hake recordó el exterior del edificio... ¿No tenía ventanas? Pero quizá fueran falsas.

La mujer de aspecto maternal llegó a su destino. Era una puerta cerrada que tenía un marquito para una placa con el nombre de su ocupante, pero en lugar de un nombre había en ella un número: T-34. La guía comprobó cuidadosamente la numeración con la de una tarjeta que llevaba en la mano, golpeó dos veces con los nudillos y aguardó. Cuando la puerta se abrió apartó cuidadosamente la vista, clavándola en el techo, y entonó:

—Aquí está el señor con el que el señor tiene una cita.

Hake entró y estrechó la mano del señor, aceptó un asiento y un cigarrillo y aguardó.

El señor se instaló en un butacón de cuero tras una mesa sin cajones, de acero inoxidable, y a su vez encendió un cigarrillo. Era bajo, delgado y muy peludo: no sólo tenía una enorme cabellera que se erizaba en todas direcciones, sino una gran barba mal cuidada. Su aspecto no era el de un hombre que ha decidido dejarse barba y melena, sino el de alguien que, en un momento lejano del tiempo, ha dejado de preocuparse por sus pilosidades. Vestía pantalones caqui ajustados y una guerrera del Ejército sin insignias, sobre una camisa azul de trabajo desabrochada al cuello; y de la cintura le colgaba un cinto con pistolera en la que llevaba una automática calibre

45.

—Me imagino que te preguntas qué estás haciendo aquí, Horny —dijo.

Hake lanzó un largo suspiro.

—Aciertas de lleno, amigo...

El hombre hizo una finta con la mano.

—Mi nombre no importa. Supongo que ya te habrás imaginado que esto es una de esas jodidas organizaciones de espionaje y todo eso. Porque si no lo has pensado, es que eres muy tonto. Así que no damos nuestros verdaderos nombres a gente como tú, pero me puedes llamar... —hizo una pausa para levantar una esquina de uno de los papeles que tenía, boca abajo, sobre un escritorio—... Ah, sí. Me puedes llamar «Cascarrabias».

—¿Cascarrabias?

—No me preguntes el motivo del nombrecito, yo no soy quien los piensa. Bueno, la primera cosa que tenemos que hacer es llamarte a filas, así que ponte en pie y repite conmigo el juramento...

—¡Hey, hey, un momento! ¡Tengo treinta y nueve años, por lo que ya me han dado la licencia definitiva y, además, soy un ministro religioso!

—Oh, sí. Sí que lo eres. Pero también fuiste cadete en las Milicias de Complemento en la Universidad, ¿no?

—¡Eso es una ridiculez! En realidad no hice los cursillos de la escuela de complemento, pues iba en una silla de ruedas. Es el tipo de cosas que hacen, ponerle el uniforme a un inválido, para la publicidad, por puras relaciones públicas...

—Pero juraste la bandera y, cuando firmaste tu adhesión, lo que firmabas era pasar veinte años en la Reserva. Y eso no ha cambiado, ¿verdad? Así que ponte en pie y haz el juramento...

—No —exclamó Horny, para quien las cosas estaban yendo demasiado de prisa—. Quiero decir... ¿no podrías explicarme antes qué es todo esto? Supongo que es algún tipo de operación de la CÍA, pero...

—Oh, Horny, te pones pesado. Mira, la CIA fue disuelta hace años, tras esos escándalos como los de Watergate. ¿No lo sabías? Ya no existe.

—Entonces, ¿qué...?

El hombre se puso en pie y, de pronto, pareció mucho más alto.

—Tienes dos posibles elecciones, Hake —dijo con voz átona—. O haces el juramento o vas a la cárcel por prófugo. Sólo es una condena de cinco años, pero serán cinco años muy duros, Hake, realmente muy duros. Y luego se nos ocurrirá otra cosa que hacerte.

A Horny Hake le llevó unos tres segundos el catalogar sus otras alternativas y darse cuenta de que no tenía ninguna; a desgana y con mala cara se puso en pie y repitió cuidadosamente el juramento.

—Esto está mucho mejor —dijo el hombre, con voz cálida—. Lo primero que debo hacer es darte tres órdenes. Recuérdalas bien, Horny. No puedes apuntártelas,

pero yo voy a grabar cada orden y tu respuesta, que en cada ocasión será: «Entiendo la orden y la obedeceré». ¿Vale? De acuerdo. Primera orden: este proyecto y tu participación en el mismo son alto secreto y no deben ser comentados con nadie, en ninguna ocasión, sin mi autorización específica o la autorización de la persona que me remplace en el caso de que muera o me aparte del cargo. ¿Comprendido?

—Supongo que sí...

—No, no es así: «Entiendo la orden y la obedeceré».

—Entiendo la orden y la obedeceré —dijo Hake, pensativamente.

—Segunda orden: sacar de la clasificación de alto secreto cualquier material relativo a este proyecto es algo que sólo puede hacerse con una orden explícita, por escrito, mía o de mi sucesor. Esto no tiene un límite en el tiempo. Quedas obligado a ello por el resto de tu vida. ¿De acuerdo?

—Vale —aceptó Hake, muy decaído—. Yo...

—Mal: «Entiendo...».

—Entiendo la orden y la obedeceré.

—Tercera: esta clasificación de secreto también se aplica al hecho de que has vuelto a ser llamado a filas. No puedes informar a nadie de esto.

—¿Y qué supone que debo decirle a mi congregación? —El otro frunció el ceño y Hake continuó—: Oh, está bien... Entiendo la orden y la obedeceré. Pero ¿qué se supone que debo decirles?

—Estás muy enfermo, Horny —le contestó con aire de complicidad—. Tienes que tomarte un tiempo para recuperarte.

—Pero no puedo irme sin más y...

—Desde luego que no. Te buscaremos un sustituto. Además —prosiguió—, desde tu punto de vista esto tiene otras ventajas. Para cuestiones pecuniarias, serás puesto en la nómina de la Lo-Wate, como consultor, con el salario anual de un funcionario de la categoría G-16... que, por si no lo sabes, equivale a unos 83 000 dólares al año, contando las primas y los aumentos por el incremento del coste de la vida. Y esto... veamos —sacó un bloc de notas del interior del bolsillo de su camisa—... representa un incremento de unos treinta mil sobre lo que te está dando tu iglesia en estos momentos.

—¡Pero me gusta ser un religioso! —Mientras estaba exclamando estas palabras, él mismo se daba cuenta de lo irrelevantes que resultaban, así que estalló—: ¿Por qué yo?

—¡Ah! —dijo el otro, todo él simpatía—, ¿cuánta gente habrá hecho esa pregunta? Los que morían en un campo de batalla. Las chicas a las que violaban. Los niños con leucemia. Naturalmente, en tu caso es algo más fácil de explicar. Buscamos personas que estuvieran en las Fuerzas Armadas o que pudieran ser llamadas a filas, mayores de veinte años pero no con más de cuarenta y cinco, procedentes del Oriente Próximo, pero que no fueran de ascendencia ni árabe ni judía. Y supongo que no eran muchas las personas que cumplían con todos los requisitos, Horny. Luego les

asignamos una puntuación según méritos. Este tipo de clasificación —le dijo confidencialmente—, acostumbra a significar que no tenemos ni idea de lo que realmente queremos. Lo hacemos en base a un par de cosas, en este caso conocimiento de idiomas del Mediterráneo Oriental, conocimiento de las costumbres del área, estar libre de todo tipo de obligación que pueda interferir con partir hacia lugares desconocidos durante largos períodos. Este tipo de cosas. Y tú ganaste, Horny, sacaste la puntuación más alta, con mucho.

—¿Quieren que me convierta en un espía en el Oriente Próximo?

El otro tosió.

—Bueno, eso es lo más curioso. Aquí dice que tu primera misión será en Francia, Noruega y Dinamarca. Es raro —dijo filosóficamente—. Pero de tanto en cuando la maquinaria se mete en un jodido lío. Bueno, me lo paso muy bien hablando contigo, pero tienes que ver a otras dos personas antes de partir. Voy a hacer que te acompañen a tu siguiente cita.

La siguiente persona era una mujer regordeta y realmente hermosa, que inmediatamente le preguntó:

—¿Sabe usted mucha historia?

—Bueno...

—No me refiero a los antiguos romanos y los Duques de Borgoña; hablo del último par de décadas. Por ejemplo: ¿por qué no ha habido una guerra clara, a tiros, en los últimos veinte años?

Bueno, a eso podía dar una respuesta. Nadie tenía ánimos para iniciar una nueva guerra a tiros, después de los breves pero violentos baños de sangre que habían inundado una veintena de países pequeños durante un par de décadas. Por una parte, era una mala cosa para los negocios. La industria del petróleo había rugido de dolor cuando los israelíes habían demolido los campos petrolíferos árabes, la del acero aullaba bajo el ahogo del control de precios, los bancos lloraban por los controles monetarios.

—Yo diría —empezó a decir muy concentrado— que, es porque...

—Es porque resulta demasiado peligroso —le interrumpió ella—. Ya nadie gana una guerra... si el enemigo se entera de que está en guerra.

—¿Cómo dice?

—Hay dos maneras de ganar una carrera, Hake. Una es derrotar al contrincante por pura superioridad. La otra es poniéndole una zancadilla. Y nos están poniendo la zancadilla. ¿Por qué cree que andamos tan cortos de energía en este país?

—Bueno, porque el mundo se está quedando sin...

—Porque ellos manipulan nuestra balanza de pagos, Hake. Un marco alemán vale ahora tres dólares, ¿lo sabía? ¿Y qué me dice del crimen?

—¿El crimen?

—¿Es que no ha oído hablar de la ola de criminalidad? Hoy en día ya no resulta seguro andar por las calles de ninguna ciudad de los Estados Unidos. Ni siquiera nuestras carreteras están seguras: en cada estado hay asaltantes de autobuses. ¿Sabe por qué no se puede conseguir un aguacate, por mucho dinero que se esté dispuesto a pagar? Porque alguien... ¡alguien!... alguien trajo deliberadamente unos parásitos que...

—Un momento —la interrumpió Hake—. Creo que ha ido demasiado de prisa en eso del crimen. No he acabado de entenderlo...

—¡Está bien claro, Hake! Alguien está promocionando esta ruptura de la ley y el orden. Llegan películas españolas y argentinas, pornográficas, que muestran a atracadores en las calles y asaltantes de autobuses cepillándose a todas las chicas. ¡Parecen películas baratas pero... oh, que bien estudiadas están! La guerra no consiste sólo en bombas y cohetes, querido amigo, sino en hacerle daño al enemigo de cualquier modo que a uno le sea posible. Y si le puedes hacer daño de tal modo que le resulte imposible demostrar lo que le estás haciendo, entonces es toda una victoria para tu bando. Y eso es lo que nos están haciendo, Hake. Mire esta grabación.

Y colocó un cassette en un vídeo.

Horny lo contempló, confuso. Empezaba mucho mucho antes de las Grandes Guerras. Los pacíficos británicos habían sido los adelantados en este inmoral equivalente de la guerra, allá en el siglo diecinueve: habían encontrado un buen método para eliminar la resistencia en los pueblos que tenían sometidos, a base de animarles a convertirse en adictos al opio. Y los mismos Estados Unidos habían exportado sus cigarrillos y su Coca-Cola a todo el mundo. Ahora bien, según aquella grabación, estos métodos formaban parte de la política estatal: China inundaba a la Unión Soviética con vodka de la Comecon a la mitad del precio del mercado. No era un arma y nadie moría, pero el veinte por ciento de los trabajadores del acero de Magnetogorsk estaban ausentes, en un día normal de trabajo, a causa de las resacas. Tokio había inundado las Marianas con fideos de *sukiyaki* de gran calidad y muy baratos, recordándoles a los votantes sus nexos con la madre patria justo antes del referéndum que devolvió aquellas islas al Japón. Durante las restricciones de agua de Londres, que se produjeron antes del Gran Robo de las Aguas de Escocia (que era como llamaban los nacionalistas escoceses a la desviación de caudales hídricos del norte al sur de las islas), los nacionalistas irlandeses se dedicaron a ir reventando las válvulas de las tomas de agua para los bomberos, mientras que sus simpatizantes, menos atrevidos, dejaban abiertos los grifos de sus casas. El sistema funcionó tan bien que refugiados palestinos, tras el entrenamiento adecuado, repitieron el proceso en Haifa hasta el punto que doscientos mil acres de plantaciones de naranjos murieron por falta de irrigación en Israel.

Por aquel entonces esto se había convertido en algo totalmente institucionalizado y absolutamente secreto. Todo el mundo lo hacía. Nadie hablaba de ello.

Horny Hake estaba horrorizado. Tan pronto como comprendió el meollo de lo que le estaban mostrando exclamó:

—¡Pero esto es una animalada! ¡Se supone que las guerras ya se acabaron!

La mujer paró el vídeo y suspiró:

—Pase por esa puerta, hay alguien que quiere examinarle.

El alguien resultó ser un joven caballero de color arena, con gafas, que tenía un cierto parecido con Hake.

—Soy Jim Jackson —dijo, poniéndose en pie—. Soy su sustituto.

—¿Sustituto en qué? —preguntó Hake.

—Usted va a tomarse un año sabático —le contestó Jackson, mirándole muy pensativo—. ¿Es ésa la expresión correcta?

—¿Sabático? Eso es cuando un profesor o un religioso se toma unas vacaciones... ¿No se supone que me he puesto enfermo?

—¡Oh, mierda! —exclamó Jackson molesto—. ¿Ya han vuelto a cambiar de historia? Bueno, en cualquier caso voy a sustituirle mientras usted presta sus servicios a la patria.

Hake lo miró con recelo.

—¿Es usted un ministro de mi Iglesia?

—Soy lo que me dicen que sea —Jackson se alzó de hombros—. Me dicen «eres un ejecutivo de cuentas» o «eres un productor de televisión» y yo lo soy. Le sorprendería lo fácil que resulta cuando tú eres el jefe. Cuando el jefe es otro resulta algo más difícil, pero también lo logro. A veces la cago, pero nadie se da cuenta.

Hake estaba horrorizado.

—¡Pero un ministro de una congregación tiene un trabajo muy duro! ¿Cómo podrá usted ocuparse de mi parroquia?

—¡Oh, creo que me las arreglaré! —contestó Jackson—. Me dijeron que quizá tuviera este encargo, así que el domingo fui a una iglesia. No me pareció tan difícil. De todos modos, cuando salí de allí me llevé una colección de sermones, de éstos que pasan a multicopista, que me servirán para ir tirando, al menos durante las primeras semanas. Claro —añadió—, que aquélla era una Iglesia Baptista y, si no me equivoco, usted es congregacionista. O algo así. Supongo que hay diferencias doctrinales, pero eso no me causará problemas. He tomado prestados algunos libros en la biblioteca: libros clásicos, pero buenos. ¿Qué otras tareas tiene usted?

—Hacer de consejero de mis feligreses —contestó inmediatamente Hake—. Los sermones no son nada en comparación con eso. Toda la gente de mi parroquia puede venir a contarme sus problemas, en cualquier momento.

—¿Y usted se los resuelve?

—Bueno —carraspeó Hake—, no. No siempre se los resuelvo. Eso que usted dice representa un punto de vista anticuado, estructuralista. Uno no puede obligar a la gente a que adopte soluciones: ellos tienen que generar sus propias soluciones.

—¿Y cómo logra que hagan eso?

—Les escucho —contestó con prontitud Hake—. Les dejo hablar y cuando llegan al lugar en donde está la parte dolorosa les pregunto qué creen que pueden hacer al respecto. Naturalmente, se producen algunos fracasos, pero la mayoría se dan cuenta de lo que deben hacer.

Jackson asintió con la cabeza, no pareciendo sorprendido.

—Así es como llevé yo las cosas cuando fui juez —comentó—. Me metía con los dos abogados en mi despacho y les pedía que no malgastasen mi tiempo, que me dijeran qué era lo que realmente pensaban que yo debía hacer. Y casi siempre me lo decían. A decir verdad, me fastidió mucho tener que abandonar ese trabajo.

Para cuando la pequeña anciana regresó para llevar a Hake al exterior, al mundo real, se había reconciliado ya con el hecho de que aquella fantasía se había convertido en algo muy verdadero. Increíblemente, estaba a punto de convertirse en espía en una guerra que ni siquiera sabía que se estuviera librando. *¡Están locos!*, pensó, mientras seguía a la anciana que iba gritando su advertencia por los pasillos, mientras en su derredor se cerraban puertas de oficinas y las gentes se atareaban ocultando secretos a unos ojos que no miraban. *¡Están todos locos!*

Esperó junto a la carretera a que pasase a recogerle su autobús. Todo era una locura, pero resultaba interesante. Hake se encontró aceptándolo como una especie de loca embriaguez. Al menos durante un tiempo no debería preocuparse de si quemaba el fusible de la electricidad o por enfrentarse con el mal carácter de Jessie Tunman.

Contemplando todo como una locura, es decir como una especie de vacación sin penalizaciones que le apartaría del irritante mundo de la realidad objetiva, aquello resultaba excitante y casi placentero. Podía suceder cualquier cosa. Ni siquiera se sorprendió cuando, en lugar del autobús, paró frente a él, haciendo rechinar los frenos, una camioneta triciclo del servicio de reparaciones de la Telefónica. Ni cuando se abrió la doble puerta del costado descubriendo a cuatro hombres, dos de los cuales le apuntaron con pistolas mientras los otros dos bajaban, lo agarraban y lo lanzaban hacia el interior.

Fuera a donde fuesen, a Hake no le dejaron mirar al exterior de la camioneta hasta que ésta se detuvo y, ahora educados y nada violentos, los hombres le guiaron hasta un rancho de dos pisos, de aspecto muy normal, construido en el decrepito estilo de hacía sesenta años. No le asombró que dentro estuviera la chica del autobús.

Lo llevaron como un títere, hablaron de él como si no estuviera allí:

—Regístradlo —dijo la chica, y un hombre le sujetó mientras otro, con gran experiencia, le vaciaba los bolsillos. Agarrarlo no resultaba necesario: Horny no tenía ninguna intención de resistirse mientras los otros dos aún lo apuntasen con sus armas. Ella añadió—: Dádmelo todo.

—Es pura basura, Lee.

—Dádmelo de todos modos —le llenaron las manos con todo lo que él llevaba en los bolsillos. No era nada impresionante: el billetero, el *ticket* de vuelta del Metroliner, las llaves en un llavero con una pata de conejo (daba suerte), la citación por malgastar energía, las hojas dobladas en que se suponía que tenía que haber escrito su sermón...

—Hey —dijo él—. ¿Dónde está mi máquina de escribir?

La chica miró furiosa a uno de los hombres, que se atrevió a decir:

—Supongo que nos la hemos dejado en la camioneta.

—¡Ve a buscarla! Llévala a la cocina. Tu vigílalo, Richy —y el hombre con el pistolón más grande le empujó para que se echase boca abajo en un destartado sofá, mientras la chica y los otros dos salían de la habitación. El sofá hedía a generaciones de uso, y cuando Hake trató de apartar la cara el hombre llamado Richy le advirtió:

—Ni lo intentes, compañero.

—No estoy intentando nada —testarudo, Hake mantuvo la cara apartada. Ahora podía ver la habitación, aunque no había mucho que ver. Estaba a oscuras porque el gran ventanal había sido cubierto hacía tiempo con plástico, primero traslúcido y luego opaco, para conservar el calor. Que desearía que hubiera conservado mejor, porque, ahora que no se movía, sentía frío. A la débil luz de dos velas, Hake se esforzó en memorizar la cara de Richy. Era un rostro absolutamente vulgar, joven, con una barbita rojiza. Se preguntó si sería capaz de identificarlo en los archivos de la policía, y luego se preguntó si viviría para intentarlo. Aunque ya había superado el estadio de la sorpresa, no lo había logrado aún con el del miedo, y estaba comenzando a sentirse aterrado.

—Tráelo —gritó la chica.

—De acuerdo, Lee. Tú, ponte en pie —Horny dejó que lo empujase a la cocina. Había más luz que en la otra habitación, pero, si era posible, aún olía peor, como si los fantasmas de una cuadrilla de basureros muertos hacía tiempo hubieran dejado sus restos grasientos pudriéndose en el desagüe de la pica.

La chica estaba sentada en el borde de una mesa de cocina de plástico y metal cromado, que tenía más años que ella.

—Bueno, Reverendo H. Hornswell Hake —dijo—. ¿Querrá usted revelarnos quién es en realidad?

Le cogió por sorpresa.

—Ése es quien yo soy —protestó.

Ella negó con la cabeza, con aire de reproche.

—Usted, ¿un religioso? Joder, es la peor identidad falsa que jamás haya visto. —Trasteó entre las cosas que había en la mesa: sus papeles y la máquina de escribir, ésta con el carro desmontado y la cinta desenrollada. ¿Quizá buscando algún microfilm?—. ¡Mire este permiso de conducir: está fechado hace tres días! Verdaderamente poco profesional. Cualquiera hubiera pensado en fecharlo hace un

año o dos, para que no se viera tan falso.

—¡Pero si ha sido ahora cuando he tenido que renovarlo! Honestamente, ése soy yo, Horny Hake. Soy ministro de la Iglesia Unitaria en la parroquia de Long Branch, New Jersey. Lo soy desde hace años.

Richy lo empujó con el cañón de su pistola hacia una silla de tubo de aluminio.

—Y supongo que nunca ha oído hablar de yoyos —resopló.

—¿Yoyos?

—O aros de *hula hoop*. Ni siquiera sabe lo que son, ¿verdad?

—Pues claro que sí, todo el mundo lo sabe.

—Y usted sabe más de ellos que la demás gente, porque es diseñador de juguetes, ¿no? No nos cuente mentiras, Hake, o como quiera que se llame. Lo que queremos saber es qué tipo de juguetes está usted exportando ahora.

Hake se quedó quieto y los miró parpadeante, porque no se le ocurría ninguna respuesta que creyese que debía dar. Excepto:

—No sé de qué me están hablando.

Lee suspiró y se hizo cargo del interrogatorio.

—¿Por qué no empieza admitiendo que es usted diseñador de juguetes? De hecho —añadió como quien quiere hacer un favor—, eso sería una buena jugada por su parte, ¿no lo ve? Si no admite tal cosa, eso causará curiosidad, lo que puede llevar a cierta gente a suponer que está usted envuelto en algún asunto de alta seguridad.

—¡Pero es que no lo soy! ¡Soy un pastor unitario!

—¡Oh, Dios, Hake, que problemático que es usted! —Miró con disgusto hacia el más corpulento de los dos hombres armados, que estaba en pie junto a la puerta, con una automática calibre 32 colgando de su mano de modo muy ostentoso. Tenía en la punta un largo tubo que Hake suponía sería un silenciador. Eso también era muy ostensible, al tiempo que nada agradable.

—¿Quieres que lo intente yo? —gritó el hombre de la automática calibre 32.

—Aún no. A menos que siga con eso. Escuche, Hake —le dijo—, puedo ver que es usted nuevo en este juego. Maldita Agencia, ni siquiera le han dado unas instrucciones completas. ¿Quiere que le explique las reglas?

—¿Y también me dirá el nombre del juego?

—No se pase de listo. Así es como se supone que deben ir las cosas: le hemos secuestrado, de modo que obviamente estamos infringiendo la ley. Usted está dentro de la ley, pero la verdad es que no quiere seguir raptado. ¿Me sigue? Éste es el primer nivel de significado de lo que está ocurriendo aquí. Ahora bien, en el segundo nivel, digamos que es usted un simple diseñador de juguetes...

—¡No lo soy!

—¡Oh, cálese, por favor! Déjeme acabar. Digamos que es usted un diseñador de juguetes y que nunca ha oído hablar de la Lo-Wate Bottling Company, o séase la Agencia. ¿Por qué cree que le hemos raptado? Puede sospechar que somos de la Mattell, o digamos de la Sears, Roebuck, o quizá de cualquier otra empresa juguetera.

Esto es puro y simple espionaje industrial a la antigua usanza. Bueno, quizá seamos un poco más brutos de lo habitual, pero ¿sabe?, haríamos cualquier cosa por lograr sus nuevos diseños de juguetes. Nos podemos portar un poco más brutalmente que los demás. Pero sigue siendo un asunto puramente comercial, ¿de acuerdo? Bueno, pues en este caso hay un modo especial en el que usted debería comportarse: tendría que cooperar con nosotros. ¿Por qué? Pues porque eso es lo que su jefe esperaría de usted. ¡Por Dios!, no va usted a arriesgar su vida sólo para proteger un nuevo diseño de yoyo, aun cuando confiara usted en exportar un centenar de millones de ellos a la Unión Soviética. ¿Me sigue hasta aquí? Hay un límite en lo que debe usted estar dispuesto a soportar para evitar que sus modelos de otoño caigan en manos de la competencia.

—Bueno, probablemente eso sea cierto, pero...

—No, Hake, no me ponga peros todavía. Al menos no debería ponérmelos si usted fuera realmente un vulgar diseñador de juguetes. Pero entremos ya en el tercer nivel, supongamos que es usted realmente un diseñador de juguetes que en realidad está trabajando para esos chicos de los altos secretos. Supongamos que esos yoyos de usted llevan un pito subsónico que vuelve loca a la gente cuando sus críos se ponen a jugar con ellos. No es nada fatal, solamente basta para ponerlos tensos e irritables. Y digamos que ha calculado usted que los aros de *hula hoop* para adultos van a causar más hernias discales y lesiones en el sacroilíaco que las que pueda soportar la economía soviética... esto son puras suposiciones, ¿vale? Entonces, ¿qué es lo que hace usted en este caso? Bueno, pues actúa usted como lo haría en el segundo nivel, porque usted no querría que supiéramos que no es usted un vulgar diseñador de juguetes. Lo que no haría usted, en ninguno de los niveles, es mentirnos acerca de eso, pues por eso precisamente le hemos traído aquí —acabó de explicarle la chica.

—Pero yo sigo en el primer nivel. ¡Soy un religioso!

—¡Vaya! —dijo ella, desdeñosa—. Y ahora nos dirá que fue al cuartel general de la Agencia simplemente para que le invitasen a tomar un refresco de cola...

—Bueno —empezó él a disgusto, y luego se detuvo.

—¿Lo ve? ¡No puede darme usted ni una simple respuesta, como no sea mintiendo! ¡Vaya unas instrucciones que le han dado!

Hake tuvo que aceptar que no podía darle una respuesta... ninguna respuesta después de recibir de Cascarrabias aquellas órdenes tan explícitas. Pero lo aceptó en silencio. Era una pena que nadie le hubiera explicado lo qué debía hacer en un caso así. ¿Dónde estaba la cápsula de veneno en un diente falso, o la radio secreta con la que advertir al cuartel general, para que se presentasen un centenar de agentes a salvarle?

La chica estaba esperando una respuesta y él dijo, con desesperación:

—Lo único que puedo decirle es lo mismo. Los papeles que tiene ahí dicen la verdad: que soy un pastor de la Iglesia Unitaria. Y punto.

—No, Hake —intervino ella, muy enfadada—, nada de punto. ¿Qué iba a hacer

un pastor allá dónde le cogimos?

—Ah, bueno —contestó con precaución—, me pidieron que fuera a verles.

—¡Para hablar de juguetes con destino a Rusia!

—¡No! ¡Nadie dijo ni una palabra acerca de juguetes!

—Entonces, ¿por qué estaba usted allí?

—¡Dios mío! ¿Se creen que no me gustaría saberlo a mí? Lo único que me dijeron es que querían a alguien que tuviera conexiones con el Próximo Oriente y al que no echaran de menos si algo le suce... —Demasiado tarde se mordió la lengua.

Sus raptores se miraban unos a otros.

—¿El Próximo Oriente?

—No es la primera vez que ese informador se equivoca...

—¿Crees...?

—Entonces quizá no sea éste el juguetero —dijo el hombre de la calibre 32.

La chica asintió lentamente con la cabeza:

—Entonces quizá nos hayamos metido en algo totalmente distinto.

—Entonces quizá haya llegado el momento para iniciar la Fase Dos.

—Ajá. Le diré una cosa, Hake —comentó, volviéndose hacia él—. Esto cambia toda la situación, ¿no es así? Creo que hemos cometido un error. Tómese un café mientras pensamos en lo que tenemos que hacer ahora.

Aceptó la taza a disgusto. Los cuatro se retiraron a la otra habitación, donde empezaron a cuchichear. No podía oír lo que estaban hablando, pero no parecía importarle. Que conspirasen, él no podía hacer nada. Ni siquiera el café era demasiado bueno, aunque peor era la situación en que se había encontrado antes. Aquella gente no parecían espías, o raptores, o lo que fuera que fuesen, demasiado expertos... pero ¿qué experiencia se necesita para apretar un gatillo? Tomó otro sorbo de café...

Cuando alzaba la taza para dar un tercer sorbo, se le ocurrió al fin que quizá no fuera demasiado inteligente beber algo que le había dado a uno una chica que lo acababa de raptar: veneno, droga de la verdad, anestésicos... pero ya era dos sorbos demasiado tarde. Se le cayó la taza de la mano y su cabeza se desplomó para encontrarse, sobre la mesa, con la funda de la máquina de escribir.

Cuando se despertó, la máquina de escribir estaba en su regazo y no se veía a ninguno de ellos.

Se hallaba en el Metroliner, de vuelta a Newark. Desde el otro lado del pasillo dos diminutas ancianitas lo contemplaban.

—Ya se le está pasando la borrachera —comentó una de ellas, en voz alta.

—¡Es repugnante! —le contestó la otra en el mismo tono alto—. Si yo fuera su mujer no lo hubiese metido en el autobús, lo hubiera dejado tirado en la parada, para que se pudriese. ¡Se lo hubiera tenido merecido!

III

A la mañana siguiente el sermón marchó sobre ruedas. «Tan fresco y enriquecedor», le dijo la presidente de las Damas Parroquiales, estrechándole la mano, y él no tuvo valor para explicarle que ya le había oído sermonear lo mismo, palabra por palabra, dos años antes. Ni tampoco tenía la claridad mental como para argumentar nada, pues la cabeza le palpitaba con fuerza. Aquello que había en el café le había proporcionado la resaca más impresionante que jamás hubiera conocido... y sin tomarse las copas que la hubieran justificado. Debió de ser una droga de la verdad, pensó. No le hubieran dejado marchar si no hubiesen estado totalmente seguros de que no sabía nada que les pudiera ser útil. Y la verdad es que así era.

El café con los feligreses, después de los servicios dominicales, fue algo dolorosamente insoportable, pero no tenía modo de escapar. No siempre oía los comentarios que le dirigían, pero sus reflejos se hacían cargo de la situación:

—Me alegra que le haya gustado.

Y, mientras tanto, entre los ataques de dolor, su mente se estaba concentrando en considerar el mundo bajo una nueva luz. El juego al que le quería hacer jugar la Agencia... ¿se estaba desarrollando en su derredor? Esas marañas de flores acuáticas que flotaban en todos los ríos... ¿eran simplemente un raro fenómeno de la naturaleza o era que otras naciones estaban jugando a lo mismo, en contra de la suya?

—Horny, la calefacción vuelve a hacer cosas raras.

—Me alegra que le haya gustado.

Pensó en todos los cortes de corriente que se habían producido en los años pasados. ¿Conexiones defectuosas, transformadores sobrecargados? ¿O habría ayudado alguien a que se produjeran los accidentes? Recordó la docena de pandemias de poca importancia, los catarros y las gripes... y las huelgas, el absentismo laboral. Los rumores, increíblemente detallados, que hablaban de corrupción en las altas esferas, y las murmuraciones sobre perversas orgías que habían hecho que medio país desconfiase de los políticos elegidos por el mismo pueblo. ¿Cuántas de esas habladurías surgían por casualidad y cuántas se debían a estrategias cuidadosamente calculadas en Moscú, en Pekín, o incluso en Ottawa?

—Horny, quiero darte las gracias en nombre de todos nosotros... hemos decidido intentar de nuevo mantener nuestro matrimonio.

—Me alegra que le... ¡Oh, Alys! ¿Qué es lo que me has dicho?

—Te he dicho que gracias a ti nos han venido deseos de volverlo a intentar, Horny.

—Ésa es una gran noticia. ¡Ya lo creo! —Y, cuando empezaba a alejarse, la detuvo; ella era una de sus más listas feligresas y tenía una licenciatura, si no recordaba mal, en Historia—. Alys, ¿qué te parecería hacer algunas investigaciones sobre acontecimientos recientes?

—¿Qué clase de acontecimientos recientes, Horny?

—Bueno, no sé cómo describirlos con exactitud. —Se lo pensó por un momento y luego le dijo—: Me parece que, en los últimos años, todo se ha... esto... bueno, cubierto de mierda. Como esas masas de flores acuáticas que están obturando las tomas de agua de esas ciudades del norte del país. ¿De dónde salieron?

—Creo que aparecieron por primera vez en Yugoslavia —le contestó ella, con ganas de ayudar—. ¿O sería en Irlanda?

—Bueno, ése es el tipo de cosa. Si te preparase una lista de, digamos, treinta cosas que parece que están dañando la calidad de nuestras vidas, ¿qué te parecería investigar dónde empezaron, qué tipo de correlación existe entre ellas, y demás?

Ella hizo una mueca con los labios, apartando a un par de feligreses que trataban de acercárseles.

—Supongo que estás investigando para luego preparar un sermón, ¿no?

—Algo así.

—Me lo suponía —ella asintió con la cabeza—. Bueno, para empezar está la *Guía de Artículos Aparecidos en la Prensa*. Y la *Revista de los Temas Actuales*. Luego se podría buscar en los microfilms del *New York Times*, a partir del índice por materias. Me temo que tendrás que ir a Nueva York a buscar algunas de estas cosas...

—Estudió cuidadosamente su rostro—. ¿Acaso quieres que te ayude en esta investigación?

—¿Lo harías? ¡Desde luego, me gustaría mucho!

—Pues claro, Horny —contestó ella, apretándole impulsivamente el brazo—. Vendré por aquí mañana, para hablar de esto contigo. ¡La verdad es que has sido tan bueno con todos nosotros, que no puedo negarte nada de lo que me pidas!

Se inclinó hacia él y le besó en la mejilla, antes de alejarse.

Casi parecía que hubiera disminuido su dolor de cabeza, pensó agradecido Hake. No creía que Cascarrabias aprobase ese sistema, pero necesitaba saber lo que estaba sucediendo. Y, con una investigadora experta ayudándole, quizá lo lograra.

Un hombre canoso cuyo nombre no recordaba le paró en la escalinata de la iglesia y le dijo:

—¿Podría hablar unas palabras con usted, Reverendo Hake?

—Me alegra que le haya gustado el sermón.

—Bueno, pues sí... pero no era de eso de lo que iba a hablarle. Verá, trabajo en Animalitos y Flores Internacionales. Estamos ampliando nuestra red, aquí en New Jersey y, no sé si se habrá enterado, pero hemos comprado los terrenos del viejo Fuerte Monmouth y, para una cosa así, nos gustaría tener una representación local respetable en nuestra Junta de Directores. ¿Querría usted aceptar uno de los puestos de director?

—¿Director? Lo lamento, señor...

—Me llamo Haversford, Reverendo Hake. Alien Haversford.

—Bueno, pues aprecio mucho su oferta, señor Haversford. ¿Ha dicho usted animalitos y flores? Me temo que no sé demasiado de animalitos y flores, y mi

tiempo...

—No se necesita ningún conocimiento especial, Reverendo Hake. Es una cuestión de mirar por el bienestar de la comunidad, y nos gustaría que nos diera sus ideas acerca de cómo asumir nuestra parte de esa carga...

—Sí, ya lo entiendo, pero estoy muy...

—Comprendo que su tiempo es precioso, pero se trata de un servicio muy útil, que usted podría llevar a cabo. Y hay unos pequeños honorarios, claro está: diez mil dólares. Pero lo verdaderamente importante es que usted nos podría ser de una gran ayuda, y nosotros a su iglesia. Por favor, acepte.

—¿Diez mil dólares al año?

—Oh, no. Los honorarios son de diez mil dólares por cada reunión de la Junta. Habitualmente hay una cada trimestre... a veces hay alguna especial, claro está, cuando surge algún asunto que hay que resolver inmediatamente, pero acostumbran a ser muy breves. ¿Acepta? ¡Muchas gracias, Reverendo! Esto complacerá sobremanera a los otros miembros de la Junta.

Horny se quedó mirando como Haversford se alejaba, olvidándose de su dolor de cabeza. ¡Al menos cuarenta mil dólares al año! ¡Y además por realizar un servicio a la comunidad! Iba hacia la rectoría, pensando en lo que podría hacer con aquellos cuarenta mil dólares extra, cuando atisbo a la familia Brant-Sturgis. Walter Sturgis estaba dando vueltas a la manivela de su camioneta a gasógeno, mientras las dos mujeres permanecían sentadas dentro, muy tiesas, con los ojos enrojecidos o brillantes y sádicamente alegres, de acuerdo con sus modos privados de expresar su tensión nerviosa. Ted Brant estaba de pie en la acera, mirándole con odio.

Eso casi le devolvió el dolor de cabeza. Por un momento, Hake había olvidado lo celoso que era Ted.

Horny había hecho que su Regla Número Uno fuera evitar todo lío sexual con su congregación, o con cualquier otra persona con la que tuviera tratos en su faceta profesional. Considerando que los días de Hake consistían en seis horas de sueño y dieciocho de contactos con uno u otro miembro de su congregación, o con cualquier otra persona que quedaba fuera de límites por alguna razón igualmente válida, tal como ser la esposa de otro pastor en la Confraternidad Regional, o ser sus compañeros miembros del Comité proderecho al Aborto, esto significaba que evitaba toda relación sexual casi por completo. No era que él deseara que fuera así, pero sabía lo que les había pasado a otros ministros que se habían apartado de la Regla Dorada. Él era el único soltero que jamás dejaba de asistir al Club Interconfesional de Solteros del condado de Monmouth... y era el único que jamás dejaba de volver solo a casa, normalmente después de que todo el mundo se hubiera marchado, porque recogía las sillas y vaciaba los ceniceros para dejar la sala preparada para su próxima utilización. Sus semanas de vacaciones le proporcionaban los únicos interludios románticos de su existencia. Y no eran demasiados, no los suficientes.

Pero lo último que estaba dispuesto a aceptar era una parte de responsabilidad en

el probable hundimiento del precario matrimonio Brant-Sturgis. Aquella noche, antes de irse a dormir, escribió a máquina una pensada lista de temas, para que Alys los investigase, la metió en un sobre y lo dejó en el escritorio de Jessie Tunman, cogido por un clip a un trozo de papel en el que garabateó: Entregar sin leer. Jessie no era muy lista ni eficiente y charlaba demasiado, pero obedecería aquella orden.

A la mañana siguiente casi se había olvidado de la existencia de Alys Brant. Se había ido a dormir con la casa parroquial aún sin luz y lo que le despertó fue un repentino fulgor en los ojos y el cliqueteo del calentador eléctrico poniéndose en marcha. Cuando bajó a investigar, encontró al electricista de la compañía, atareado en la caja de la acometida.

—¿Coloca un fusible nuevo? —le preguntó.

El hombre alzó la vista e hizo una mueca de envidia.

—¡Infiernos, no! Excúseme, Reverendo, lo que estoy haciendo es quitarle el fusible. ¿No lo sabía? Desde ahora, usted no está sujeto a limitaciones, parece ser que va a tener su propio generador y que parte del tiempo seremos nosotros los que le compremos electricidad, así que ya no está sometido a racionamientos.

—¿Qué es lo que voy a tener?

—Su propio generador. Es un generador eólico, que van a colocarle en el tejado de su casa. Supongo que le llegará hoy... de cualquier forma, esta mañana nos llegó una orden prioritaria para que le hiciéramos su nueva instalación. Así que ahora puede consumir hasta su capacidad total, que está valorada en seiscientos amperios, según esta placa de especificaciones que acabo de poner.

—¡Yo no sé nada de un generador eólico!

—Ajá. Bueno, así son las cosas —dijo con simpatía el electricista—. Su mujer me dijo que había llegado una carta al respecto.

Hake contuvo el deseo de explicarle que Jessie Tunman no era su esposa y fue en busca de la carta. Venía con el membrete de algo llamado Fondo de Ayuda a los Clérigos y decía:

Querido Reverendo Hake: Nos complace informarle que nuestro Directorio ha concedido un donativo a su parroquia con el fin de instalar en su rectoría un generador de corriente eléctrica.

Consecuentemente, hemos encargado un generador movido por el viento, del modelo (x)A-40 Win-Tility, con las monturas y conexiones eléctricas necesarias, y hemos contratado los servicios de la William S. Murfree & Co., de Belmar, para que lleve a cabo su instalación. Le rogamos que, de haber algún otro modo en el que podamos ser de utilidad a su congregación, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Estaba firmada con un garabato, pero Hake no necesitaba leer el nombre para saber de quién venía aquello. Se estaban cuidando de él, tal como le habían

prometido. Pero ¿por qué un generador?

Se le ocurrió una idea repentina y pasó la siguiente media hora escudriñando por su oficina, pero no halló ningún micrófono oculto.

Esto le decepcionó en cierto sentido, porque si hubieran puesto escuchas en su casa le hubieran suministrado automáticamente un sistema de comunicarse con ellos. Y lo deseaba, lo que no equivalía a decir que tuviera la idea de utilizarlo. Aún estaba por decidirse, pero sí querría haber tenido esa opción. Le corroía la idea de que debiera, de algún modo, haberles informado de su secuestro. Si hubiera encontrado un micrófono se hubiera limitado a decir en voz alta: «¡Hey, Cascarrabias! Me raptaron, alguien ha descubierto mi falsa identidad. ¿Por qué no me llama cuando tenga un momento libre, almorzamos juntos y hablamos de todo ello?».

Pero no había encontrado micrófono alguno, y esto le confundía. Si la Agencia no le estaba suministrando energía para poder estar segura de poder espiar todo lo que hacía, entonces quizá toda su actitud hacia ella fuera equivocada. Tal vez realmente fueran bonachones y protectores y simplemente estuvieran dándole a un nuevo recluta los beneficios adicionales de su cargo. Quizá no debiera hacer caso de sus suspicacias.

O tal vez no hubiera sabido buscar los micrófonos en los lugares adecuados.

Ahora que ya tenía calefacción el tiempo había mejorado. Cuando dio su carrera matutina, un par de kilómetros playa abajo hasta el muelle y otro par de kilómetros de vuelta, acabó jadeante y sudoroso y así rendido, mientras doblaba la esquina, vio la camioneta de tres ruedas de Alys Brant mal aparcada justo enfrente de la rectoría. La había dejado con el motor en marcha, de modo que se quedó oculto tras la esquina durante cinco minutos hasta que ella salió y se marchó en su vehículo. Para entonces estaba empapado en sudor y de mal humor.

En cualquier caso... ¿de qué sirve tener privilegios si uno no los usa? Se quitó el chandal y lo lanzó descuidadamente hacia la lavadora secadora, esperando que aquella máquina todavía supiera cómo funcionar, y se dio el gusto de una larga ducha caliente. No cabía duda al respecto: malgastar energía podía hacerle sentir a uno feliz. Tomó el correo de la mañana con alegría, se desembarazó de él en una media hora, puso al día su cuenta de gastos, escribió lo que iba a decir en la boda de dos jóvenes miembros de su congregación: «Yo, Arthur, te tomo a ti, James, por tanto tiempo cuanto dure nuestro amor...», telefoneó a cada uno de sus feligreses enfermos, prometió visitar un par de ellos, y aún le sobró tiempo para trabajar unos veinte minutos con las pesas, antes de su carrera que precedía a la comida. Su chandal estaba limpio y seco, pero no lo necesitaba: se puso unos pantalones de deporte y una camiseta con la leyenda *Amarme es amar a Dios* y comenzó a correr playa abajo.

Y, camino de vuelta, allá estaba otra vez la camioneta de Alys, zigzagueando hacia la rectoría. «Infiernos», exclamó Hake. No le parecía que ella le hubiera visto,

así que cambió de dirección e hizo *footing* por una amplia calle hacia la iglesia. En los días laborables el comité parroquial había establecido un jardín de infancia en la iglesia, para aprovechar al máximo sus instalaciones; y el *parking* de al lado, que era empleado como patio para jugar, estaba lleno de seres humanos de menos de un metro y tensos maestros, que les enseñaban gimnasia rítmica al son de la música de una maltratada cassette. «¡Hola, hola!», les saludó Hake, pasando entre ellos y entrando en la iglesia.

Como había supuesto, nadie había colocado las sillas para la reunión de la tarde. En un día cualquiera aquello lo hubiera irritado, pero hoy era un buen modo de ocupar veinte minutos, para que mientras tanto Alys se hiciera a la idea de que no iba a pasar por la rectoría y se marchase.

Meditabundo, fue colocando las sillas en círculo. Sus funciones como consejero no iban tan bien como de costumbre. O, al menos, iban de un modo distinto. Cuando estaba en su silla de ruedas las mujeres que se le acercaban le habían contado todo tipo de cosas, exhaustivamente, sin omitir el más íntimo detalle. Aún lo hacían, pero lo hacían sentadas mucho más tiesas y sonriendo mucho más a menudo. Había en el aire una sensación de receptividad, que antes no había sentido cuando charlaba con mujeres. Y ahora, en ciertas ocasiones, los hombres parecían... como nerviosos, tal como le sucedía en estos momentos a Ted Brant. Quizá su vocación estuviera errada. Tal vez la operación que lo había sacado de la silla de ruedas había sido un error, aunque no parecía interferir en sus tareas. Pero, claro, no podía deshacer la operación y, ¿cómo iba a deshacer su vocación? A los treinta y nueve uno no puede pensar, a la ligera, en cambiar de profesión.

Aunque quizá él estuviera llevando a cabo un cambio de profesión: de clérigo a espía. No era algo en lo que jamás hubiera soñado. Y, desde luego, él no se lo había buscado. Pero no podía negar que, en eso de jugar a los espías, había algo que le parecía divertido...

Los chicos estaban volviendo de la pausa de después de la comida, lo que significaba que, durante las dos próximas horas, la iglesia no resultaría habitable. Colocó las últimas sillas y se dispuso a salir. Por el camino cruzó ante el buzón de sugerencias, tratando de recordar si lo había abierto tras el servicio del día anterior. No es que nunca hubiera mucha cosa dentro... Sacó su llave y lo abrió. Un clip de papel, un sobre con un donativo (¿por qué no recordaba la gente que había que entregarlos a los que pasaban con las bandejas durante los servicios?), una nota escrita en el borde de una hoja dominical: «¿No podríamos tener algo de música de guitarra en los servicios?», y un sobre en el que ponía:

Para el Reverendo H. Hornswell Hake, de sus amigos de la Telefónica de
Maryland
Personal

Se abrió la puerta de la sala principal de reuniones y Hake se volvió, con el sobre aún en las manos, dispuesto a repeler cualquier invasión no autorizada de los cuatroañeros. Pero no eran los niños del jardín de infancia, era Alys Brant que avanzó hacia él con un florero de faldas verdes y le dijo:

—Pensé que te encontraría aquí, Horny. Y aquí estás. ¿Es esto lo que querías?

Hake se metió el sobre en el bolsillo y cogió de sus manos el montón de fotocopias. Le llevó un momento apartar su mente del recuerdo de sus amigos de la Telefónica de Maryland y llevarla a la curiosidad que había confiado quedaría satisfecha con las investigaciones de Alys. Los informes parecían ser de petroleros que encallaban y silos de grano que estallaban. No eran en absoluto lo que él quería, pero su entrenamiento como clérigo le llevó a decir, en cambio:

—Son excelentes, Alys.

—No pareces satisfecho.

—¡Oh, no! Estoy muy satisfecho. Pero... bueno, en realidad lo que pasa es que no puedo sacar muchas conclusiones de estos materiales. Había confiado en que hubiera algún libro al respecto...

—¿Libro?

Él asintió con la cabeza y luego dudó.

—Me parece que no te expliqué demasiado bien lo que quería. ¿No te parece que la calidad de la vida ha ido empeorando en los últimos años? Naturalmente, yo soy mayor que tú...

Una risa cantarína lo interrumpió.

—No eres «mayor», Horny... ¡no con ese cuerpazo!

—Bueno, pues lo soy, Alys. Aunque quizá tú también te hayas dado cuenta. Tantas cosas van mal... y no sólo se trata de petroleros polucionando las playas. Es todo. Y pensé que quizá alguien se hubiera dado cuenta de ello y hubiera escrito un libro al respecto.

—¡Un libro!

—¿O quizá hubiese hecho un programa informativo para la televisión? —Hizo una pausa, buscando su camino. No le parecía adecuado decir algo que a Cascarrabias le pudiera sonar a revelar un secreto, así que no podía explicarle que lo que quería averiguar era cuánto tiempo llevaban las naciones poniéndose la zancadilla las unas a las otras. Al fin dijo—: Es ese modo en el que nada parece funcionar correctamente. El abuso de las drogas y la delincuencia juvenil. No tener nunca la suficiente energía y no hacer jamás nada para solucionarlo. El que haya más mosquitos que nunca. Todo eso.

—Bueno, sí —dijo ella, pensativa—, supongo que debe de haber algo. ¡Pero libros! ¿Sabes, Horny, que a veces casi pareces antiguo? No obstante... lo que tú quieres es rebuscar, ¿no? Pues para eso te tendré que llevar a una biblioteca decente.

Sacó una agenda de su bolso y pasó las hojas.

—El miércoles —decidió—. De todos modos he estado pensando en ir a Nueva

York... quizá podríamos ir a una sesión de tarde, comer en algún sitio bueno...

—De verdad, Alys, no querría crearte tantas complicaciones...

—¡Tonterías! Cogeré el coche. Te iré a buscar a la rectoría a las... ¿ocho? ¡Será divertido! Tendremos toda la mañana para dedicarla a tu biblioteca y luego... ¿quién sabe? —Le apretó cálidamente la mano y lo dejó allí, muy parado.

En el cerebro de Hake estaban sonando timbres de alarma. Ella era una mujer muy atractiva, pero pertenecía, según las reglas, a una especie protegida. Por no hablar de Ted.

Al cabo recordó la carta de sus amigos de la Telefónica de Maryland. Decía así:

Apreciado Rev. Hake:

Hay dos preguntas que me gustaría hacerle: ¿Por qué no informó de lo que le hicimos? ¿Por qué ha aceptado hacer daño a gente a la que ni siquiera conoce?

Por favor, trate de ver si tiene respuestas para ellas, algún día se las haré personalmente.

No había firma. Dobló la carta y luego, pensándoselo mejor, la hizo pedacitos, fue al lavabo de caballeros, los echó a la taza y tiró de la cadena, ignorando las miradas de dos niños. Eran buenas preguntas. No necesitaba que le dijeran que buscara las respuestas, había estado pensando en ellas todo el tiempo.

En las siguientes treinta y seis horas las citaciones por despilfarro de energía fueron archivadas y olvidadas debido a algún tipo de legalismo, desviaron el tráfico por la carretera de la playa mientras reparaban la calle frente a la rectoría (¡tras seis años de socavones y zigzagueos!), y Hake recibió una llamada para que se presentase a su primera reunión especial como director de Animalitos y Flores Internacionales. Ya no podía creer que se tratase de coincidencias: quienquiera que estuviese cuidando de él, estaba haciendo un excelente trabajo. Y de más modos de los que podía imaginar, porque acababa de darle una escapatoria:

—¡Jessie! —le gritó—, hazme el favor de llamar a Alys Brant en mi nombre. Dile que no podré hacer esa visita con ella a la biblioteca, porque tengo que ir a una reunión de la AFI.

Jessie apareció en la puerta de su despacho.

—Le gustaría más que la llameses tú mismo —observó.

—Supongo que sí, pero hazme ese favor, Jessie.

—Hum —un momento más tarde estaba de vuelta en el umbral—. Ha quedado pospuesta hasta el próximo miércoles —le dijo.

—De acuerdo —aceptó. El siguiente miércoles ya vería lo que pasaba. Mientras, se sentía bien, tan bien que no podía quedarse allí sentado y quieto—. Creo que voy a trabajar un poco con las pesas —afirmó.

Jessie se quedó mirándole estirarse y agacharse.

—¿Sabes, Horny? —le dijo al fin—, eres un hombre muy afortunado.

—Lo sé —jadeó él, pero ella ya había vuelto a salir de la habitación. Era muy cierto: para ser alguien que había estado a las puertas de la muerte dos años antes, y cuya única esperanza parecía haber sido una corta y anodina vida en una silla de ruedas, le estaban ocurriendo últimamente muchas cosas interesantes.

No es que antes no hubiera sido afortunado. Después de todo, había sobrevivido las guerras de su infancia e, incluso en una silla de ruedas, sucedían cosas buenas. Muchas manos se tendían para ayudar a un muchacho que era huérfano y refugiado y estaba impedido. Becas. Ayudas. Servicios médicos. Consejos. Y también había habido muchas chicas, que estaban dispuestas a montarse encima de él. Aquel joven alto y delgado de la silla de ruedas resultaba atractivo. Más que eso: no resultaba amenazador. «Subiré contigo en el ascensor, Horny. Déjame que te lleve los libros». «Deja que te ayude a montar en el autobús, Horny». «¿Por qué no vienes a casa esta noche, Horny, y nos haremos preguntas para prepararnos para el examen de mañana?». Hake permaneció virgen hasta los veinte, al menos técnicamente lo fue... pero no porque le faltasen amigas atractivas y bien dispuestas, preparadas a tomar ellas la iniciativa. No, lo que lo había mantenido virgen, o casi, estaba en su interior. No deseaba compasión. Y le parecía verla en cada proposición que le hacían.

No podía recordar un tiempo en el que no hubiera estado enfermo. Sólo tenía cuatro años cuando comenzó a ponerse azul cada vez que se cansaba. La primera operación que le hicieron a corazón abierto fue cuando tenía siete años y resultó un desastre; lo condujo casi inmediatamente a la segunda, que le salvó la vida, pero no se la mejoró. Para cuando tenía quince años ya no parecía tan arriesgado someterle a otra operación, pero, simplemente, lo que sucedía era que el jovencito Hake no quería volver a pasar por todo aquello. Rodó con su silla de ruedas para ir a recoger su diploma como graduado en Psicología y su licenciatura en Ciencias Sociales. En el seminario obtuvo su doctorado tras dos años de ser llevado en brazos a algunas de las clases: era un viejo seminario, y pobre, por lo que no podían haber cumplimentado las normas sobre instalaciones especiales para los disminuidos físicos. Pero lo obtuvo. Y luego fue ordenado y realizó sus funciones religiosas a la total satisfacción de todos hasta que, mediada la treintena, comenzó a ponerse azul de nuevo... y la tercera operación no sólo funcionó, sino que lo liberó para siempre de la silla de ruedas. ¡Oh, desde luego era afortunado! Todo una nueva vida cuando menos se lo esperaba.

Pero, de cualquier modo, todo aquello le confundía un tanto.

Allen T. Haversford salió a recibirle en persona a la puerta del viejo Fuerte Monmouth, todo él sonrisas y bienvenidas. Haversford tenía el rostro de un bulldog miniatura. Parecía pequeño para el tamaño de su cabeza, y la potente voz de tenor que surgía de entre los pliegues de carne que rodeaban su boca le hacía parecer un

bulldog que estuviera respirando helio.

—¡Me alegra tanto que haya podido venir, Reverendo Hake! —canturreó—. Hemos preparado una pequeña comida para nuestros directores, pero no será hasta dentro de media hora. Déjeme enseñarle esto.

El Fuerte había sido desmilitarizado décadas antes, pero estaba resucitando a la vida. Hake había oído rumores de que nacían obras, pero aquélla era la primera oportunidad que tenía de ver lo que estaba sucediendo. Y sucedía mucho. Palas excavadoras y aplanadoras estaban trazando una complicada red de trincheras y un camión de cemento las estaba llenando tan rápidamente como eran excavadas.

—Están ustedes avanzando mucho —comentó.

—¡Desde luego, desde luego! Ésos van a ser nuestros tanques para peces —dijo jovialmente Haversford—. De agua salada y de agua dulce. Pequeños y grandes. Aquí vamos a tener el mayor surtido para los amantes de los peces de toda la Costa Este. Decorativos, tropicales, incluso pescados comestibles para aquellos que quieren instalar sus propias piscifactorías en sus estanques. Y allí estarán las jaulas y allá los lugares de apareamiento y cría. Casi es un sistema ecológico cerrado, Reverendo. Traeremos rebaños por sus propias patas y aquí tendremos nuestro propio matadero; no lo puede ver porque aún no hemos iniciado su construcción. Así podremos preparar la comida para casi todos nuestros animalitos. No se desperdiciará nada, se lo aseguro. Carne y mezcla de cereales para los perros. Roedores para los gatos... lo criamos casi todo nosotros mismos. Entrañas secas y pulverizadas para los peces —hizo un guiño—. Incluso usamos los, bueno, desperdicios. Sí, Reverendo, los excrementos tienen un gran valor nutritivo. Algunos se secan y procesan y se dan como alimento a los animales. Otros, y esto incluye los excrementos del personal y los visitantes, se dejan reposar, se filtran y hacemos crecer en lo resultante las algas; las algas alimentan a las gambas y las gambas alimentan a los peces. Y el líquido sobrante va a nuestro sistema hidropónico.

—Realmente todo suena muy eficiente, señor Haversford.

—¡Desde luego, desde luego! Y lo es. Allí —y llevó a Hake a una resistente burbuja de plástico— está nuestro primer invernadero. Entre dentro de esta cámara, así, gracias, y déjeme cerrar la puerta exterior. Ya está. Después de todo, no queremos perder calor.

Dentro de la burbuja hacía un calor agobiante. Hake se desabrochó el botón del cuello, mientras miraba en derredor. Hileras de bandejas con semilleras y plantitas, algunas de ellas ya de unos quince centímetros de alto y con hojas, algunas incluso en flor. No reconoció ninguna de las plantas. Haversford estaba mordisqueando orgullosamente el extremo de un cigarro, mientras miraba como Hake estudiaba el invernadero.

—Aquí no se malgasta energía —fanfarroneó—. ¡Todo es energía solar! Ni una caloría sacada de quemar combustibles fósiles, excepto una miseria para la iluminación. E incluso esperamos, con el tiempo, poder generar eso por nosotros

mismos, si podemos lograr la prioridad suficiente como para que nos instalen placas fotovoltaicas.

—Están haciendo ustedes un trabajo excelente —afirmó Hake, contemplando como el otro encendía su cigarro. Curiosamente, algunas de las plantas más cercanas parecieron girar en dirección a la llama de su mechero.

—¡No, no, no! No diga «ustedes», Reverendo, sino «nosotros». ¿Sabe?, usted forma una parte importante de todo esto. Bueno, en esta sección habrá orquídeas, más algunas otras plantas ornamentales tropicales, a las que les gusta el calor y la humedad. Y algunas variantes experimentales... aquí hacemos mucha investigación de plantas híbridas.

—Y supongo que las que no les salen bien se las dan a comer a los conejos y luego éstos sirven de alimento a los animales carnívoros, ¿no?

—¿Qué? ¿Conejos? ¡Vaya, ésa es una idea excelente, Reverendo Hake! Haré que nuestros técnicos se pongan a estudiarla en seguida. ¿Lo ve?, ¡ya sabía yo que usted nos iba a ser de gran ayuda! Y, ahora, creo que ya es hora que nos reunamos con los otros para esa comida...

Los «*otros*» eran siete personas: dos jefes de departamento de la AFI y cinco directores más como Hake. No se le grabaron la mayoría de los nombres y no había visto nunca a la mayoría de ellos. A uno lo reconoció: el negro casi calvo era miembro de la Asociación de Propietarios de Casas. Pero ¿quién era el otro negro, más joven, con el pelo recogido en trenzas y el rosario moruno en las manos? ¿Y la chica tan jovencita con el cabello rubio tan largo? ¿Y cuántos de ellos asistían a aquella reunión porque estaban a sueldo de la Agencia?

Haversford ocupó su lugar a la cabecera de la larga mesa, que estaba cubierta con un mantel de lino sobre el que habían servilletas, también de lino, y un servicio de mesa de buen cristal y cubertería de plata. En cada lugar había un bol con fruta fresca.

—De nuestros propios árboles frutales en Carolina del Sur —indicó Haversford... Pero lo que a Hake le interesaba era lo que había debajo del bol: era un sobre que contenía un cheque a su nombre. Cuando atisbo la cantidad por la que estaba extendido notó como una corriente que le recorría el cuerpo. No habían bromeado.

La comida fue a base de carnes frías y ensaladas, y cuando hubo concluido y sirvieron el café, Haversford golpeó la jarra del agua con una cucharilla.

—Quiero darles las gracias a todos por haber venido, a pesar de haber sido avisados con tan poca antelación —dijo—. Sólo hay dos temas en el orden del día de esta reunión especial. El primero es dar la bienvenida a nuestro nuevo directivo, el Reverendo Hake, aunque me doy cuenta de que todos lo han recibido ya como uno más de ustedes. El segundo es discutir la propuesta del Comité de Relaciones Públicas, referente a los monos tití. Señora de Padua, si me hace el favor...

La mujer de aspecto atlético y cabello oscuro que estaba a su izquierda se alzó y fue hasta una mesa lateral. Levantó la tela que cubría una jaula alta, metió la mano

dentro y sacó un monito de sedoso pelo.

—Como muchos de ustedes recordarán —prosiguió Haversford—, en nuestra última reunión hablamos de los planes para incrementar las exportaciones de algunas de nuestras categorías de animalitos domésticos, los monos tití incluidos, a base de seleccionar a un grupo de jóvenes que vayan al extranjero y regalen especímenes a otros chicos de los países que visiten. Esperando obtener su aprobación —misteriosamente hizo un guiño en dirección a Hake—, se ha preparado un programa: el grupo de niños será escogido en las escuelas locales, según las recomendaciones de sus profesores. Pasarán tres semanas en el extranjero, viajando por Francia, Dinamarca y Alemania y, durante ese tiempo, regalarán veintidós parejas de monos tití a escuelas y agrupaciones juveniles en nueve ciudades. La señora de Padua tiene un itinerario detallado, además del presupuesto del viaje, y está más que dispuesta a responder a cualquier pregunta que quieran hacerle. Y al mando de ese grupo... y espero que usted acepte, estará nuestro buen Reverendo Hake.

—¿Cómo?

Haversford asintió con la cabeza, todo él una sonrisa.

—Sí, así es, Reverendo —canturreó—. Naturalmente, hay para usted un adecuado estipendio, que ya se ha incluido en el presupuesto. Sé que es toda una imposición por nuestra parte, pero...

—Pero... pero no puedo, señor Haversford. Quiero decir que tengo obligaciones hacia mi congregación...

—Desde luego que sí. Eso lo tenemos muy en cuenta. Pero, si acepta la palabra de un viejo cascarrabias, le diré que pienso que su congregación podrá pasarse sin usted ese breve período de tiempo. ¿Qué les parece si pasamos a la votación?

Los síes fueron unánimes; sólo faltó el de Hake, que no pudo recuperarse de su asombro a tiempo para votar. ¿Así que un «viejo cascarrabias»? ¿Acaso tenía elección? Si se refería al viejo cascarrabias de la Lo-Wate Bottling Company, desde luego que no la tenía.

—No me dijeron que tuviera que ir a Alemania —comentó. Pero nadie le escuchaba.

IV

Los chicos eran treinta y uno y llenaban toda la sección amarillo izquierda del avión, sentados en hileras de dos y cuatro. Las azafatas de la Lufthansa se movían por

los pasillos, arriba y abajo, mirando si los cinturones de seguridad estaban abrochados y había bolsas para el mareo en el bolsillo de cada respaldo. Horny Hake y Alys Brant, su codirectora del viaje, las acompañaban.

—Eres realmente muy bueno para ocuparte de críos —le dijo Alys admirativa, mientras daba caricias a dos o tres cabecitas desconocidas al azar—. Me gustaría poder tener tan buenas relaciones con ellos como tú.

Luego, se retiró a su asiento en la parte delantera del compartimentó, dejando a Hake preguntándose el motivo por el que una mujer que reconocía que no sabía muy bien cómo tratar a los niños, había hecho todo tipo de maniobras para lograr el puesto de codirectora de un viaje infantil. Por desgracia, creía saber cuál era la respuesta a esa pregunta. Para cuando se hubo sentado en su lugar y el reactor estuvo en vuelo, ya se había hecho a la idea de que aquél iba a ser un viaje muy comprometido.

Utilizaría un viejo truco de su juventud: contar las horas que faltaban, hasta que todo hubiera concluido. Diecinueve días. Eso representaba 456 horas, e incluyendo el tiempo del viaje por tierra desde Long Branch y el regreso allí, digamos que 470 horas. Había salido de la rectoría, miró su reloj, casi unas cinco horas antes, así que ya había superado casi la centésima parte de aquella prueba. En una media hora sería ya la noventava parte y, para cuando llegasen a su hotel en Frankfurt, ya habría pasado una cuarentava parte, quizá algo más. Así que...

—¿Padre Hake?

Parpadeó y apartó la vista de la ventanilla.

—La señora Brant le está haciendo señas, padre Hake —le susurró la azafata, con su dorado cabello acariciándole la mejilla—. Si quiere puede levantarse de su asiento e ir hasta donde está ella.

Al principio del pasillo, Alys ya estaba en pie, con la mano en el hombro de un chico de doce años, sonriendo con simpatía en dirección a él.

—Se trata de Jimmy Kenkel —le dijo en tono confidencial—. Se volvió hacia atrás y le pegó un puñetazo en la nariz a este chico, Martin. Supongo que si se lo pide a la azafata, ella podrá traer un poco de hielo.

La nariz de Martin soltaba sangre. Los pasajeros normales que habían tenido la desgracia de que les dieran asientos en la sección amarillo izquierda, altos y bien vestidos hombres de negocios alemanes y escrutadores turistas japoneses, susurraban entre ellos. Hake sacó su pañuelo y lo apretó contra la nariz del chico, equilibrándose contra el ángulo de subida del avión, de unos treinta grados, y tratando al tiempo de llamar la atención de la azafata. Para cuando volvió la vista, Alys había desaparecido, y para cuando la azafata trajo hielo, la sangre había dejado de manar. Y para cuando se hubo apagado el letrero de «abróchense los cinturones», Martin ya se había vengado, vertiendo el vaso de hielo semifundido por sobre la cabeza de Jimmy.

Ya era más que suficiente, así que Hake dio la espalda a sus pupilos y se fue hacia el bar del centro del aparato, a buscar un trago.

—¿Dos mentes y una sola idea, Horny? —preguntó alegremente Alys,

interrumpiendo la conversación que mantenía con un delgado hombre de uniforme, que tenía enhiestos bigotes dorados.

Hake la miró con disgusto.

—Si te interesa, te diré que el chico ya está bien. Aunque sólo Dios sabe lo que estarán haciendo, ahora que ya pueden quitarse los cinturones y levantarse.

—Como ya te he dicho, nuestras mentes funcionan al unísono. Justamente le estaba diciendo a Heinrich si podría dejar encendido el letrero de los cinturones, sólo en nuestro compartimento.

—*Ja*, eso sería bueno. Pero imposible —el hombre tendió la mano—. Heinrich Scholl, padre. Soy el sobrecargo.

—No soy un sacerdote, sólo un ministro unitario —dijo disgustado Hake; pero aceptó un *whisky* con agua, invitación del sobrecargo. Los niños todavía no se habían dado cuenta de que ya los habían liberado del asiento, y las azafatas pasaban entre ellos, dándoles coca-colas y naranjadas y paquetes de juegos y lectura. Hake comenzó a relajarse. Había volado decenas de miles de kilómetros antes de cumplir los diez años de edad, y casi nada desde entonces. Nunca había acabado de entender cuál era el verdadero tamaño de los enormes reactores intercontinentales, que llevaban a más de un millar de personas en el interior de aquella gran salchicha de acero que zumbaba a través del océano—. No sé por qué los mantienen... me refiero a estos reactores. ¡Vaya un derroche de energía!

—¿Derroche? —repitió educadamente el sobrecargo—. Pero eso no es cierto, señor Hake. Debemos mantenerlos en vuelo, aunque sólo sea para el correo. Así que, ¿por qué no llenarlos con pasajeros?

—Pero con tan escasas reservas de energía... —comenzó a decir, pensando en los días sin calefacción en Long Branch y las toneladas de combustible fósil que estaba quemando cada uno de aquellos enormes motores de las alas.

—Le aseguro que todo ha sido cuidadosamente calculado, señor Hake —le explicó amablemente el sobrecargo—. El transporte aéreo es un servicio vital. Llevamos valiosos suministros médicos, valijas diplomáticas, todo tipo de materiales estratégicamente vitales. Este mismo aparato llevó vacunas contra el sarampión desde Colonia a Nueva Guinea, déjeme pensar... el año pasado. ¿O fue el año anterior?

¿Y desde entonces?, se preguntó Hake. Pero lo único que comentó fue:

—Estoy de acuerdo en eso. Pero ¿para qué tantos aviones? Quiero decir, ¿por qué tiene que tener cualquier país, por pequeño y sin importancia que sea, su propia línea de bandera?

—¿Pequeño y sin importancia? —se indignó el sobrecargo, temblándole el mostacho.

—Oh, naturalmente no me refiero a la Lufthansa. Me refiero a esas otras líneas de países pequeños de los que uno casi nunca ha oído hablar. Los veo entrando en los corredores de aproximación, por encima de Long Branch: aerolíneas africanas, aerolíneas latinoamericanas y Dios sabe qué otras aerolíneas. Por ejemplo, ¿no

podrían los Estados Unidos usar los vuelos de la Aeroflot, o de Air France, en lugar de emplear para todos los vuelos sus propios aviones?

Alys se echó a reír, al tiempo que adelantaba su vaso para que se lo volvieran a llenar.

—¡Oh, Horny! ¿Y dejarles que hicieran lo que se les ocurriese con nuestro correo, mientras estaban sobre el Atlántico? ¡Eres tan inocente!

El sobrecargo asintió con un rígido movimiento de la cabeza y dijo:

—Ha sido muy interesante el hablar con usted, señor Hake. Me perdonará, pero ahora debo atender a mis deberes: tenemos que empezar a servir la comida.

—Y también tú deberías atender a los tuyos, ¿no crees? —dijo Alys, mirando por encima del hombro de él. Una decena de los chicos hacían cola para los servicios y algunos de ellos empezaban a pelearse otra vez—. Después de todo, las peleas entre chico y chico son una cosa de hombres, ¿no es así?

Resultó que las peleas entre chico y chica también lo eran, descubrió más tarde Hake; como también otras de las cosas, aún más molestas, que él siempre había considerado pertenecientes al mundo femenino, cuando la pequeña Brenda se acercó a él y le susurró al oído:

—Reverendo Hake, tengo problemas con mi higiene personal.

Él se inclinó hacia ella, tratando de no verter los contenidos de la bandeja de la medio deglutida comida.

—¿Cómo?

—Mi amigo está aquí —insistió ella, ruborizándose.

—¿De qué amigo me estás hablando? —inquirió, y entonces se le acercó Alys para susurrarle al oído:

—La pobre niñita quiere un trozo de papel higiénico para su limpieza íntima —le dijo—. Dile que vaya a los lavabos, que hay allí.

—Está en los lavabos, Brenda —repitió él.

La chica asintió con la cabeza.

—Algunas de las otras niñas lo llaman «su amigo». Yo lo llamo «mi higiene personal», porque eso es lo que indica en la bolsa que hay en el lavabo de la escuela.

—Pues aquí también tienes que ir al lavabo —le explicó Hake, dándole una tímida palmada en el hombro. Luego le preguntó a Alys—. ¿Por qué me lo ha venido a decir a mí?

—Porque tú eres su padre sustitutivo, claro. Yo, en cambio, sólo soy una especie de chica mayor —le contestó ella, con simpatía—. Bueno, éste va a ser un viaje muy largo. Voy a ver si puedo dormir un poco.

—Yo también —asintió esperanzadamente Hake, entregándole la bandeja a una azafata que ya no parecía tan sonriente.

Su esperanza nunca llegó a materializarse. Durante las cinco horas de vuelo Hake

y las azafatas se dedicaron a contener la insurrección. Por lo menos, pensó Hake hacia el final del vuelo, estoy empezando a conocer y reconocer a algunos de ellos: Jimmy, Martin y Brenda; la negrita Heidi y la pequeña y rubia Tiffany; Michael, Mickey y Mike; el enorme, tan tranquilo y parecido a un Buda, Sam Wang, que tenía doce años; las tres chicas mayores, todas ellas de ese lugar tan escrupulosamente religioso, Ocean Grove: las tres se parecían asombrosamente, con sus cabellos cortados en cuña y su pintura de ojos y labios que en casa no les hubieran dejado usar; una se llamaba Grace, la otra Pru, y la más baja, más fuerte y más malintencionada de todas se llamaba Demeter. Ella era la que les daba azotes en el culo a los niños más pequeños cuando se perseguían unos a otros, para pegarse, por encima de los asientos de los pasajeros adultos. Demeter y Grace se chivaron a las azafatas de Lufthansa cuando tres de los chicos mayores estaban fumando en un lavabo. Demeter y Pru sobornaban a los más pequeños con las bolsas de juego del avión para que se estuvieran quietos. ¡Y que maravilloso hubiera sido todo si las tres chicas de Ocean Grove hubieran estado haciendo todo esto para ayudar a Hake, en lugar de preparar el ambiente para sus propias diabluras: compartir bebidas alcohólicas con los pasajeros en el salón de primera clase, concertar pecaminosas citas con los tripulantes...! Y, durante todo este infierno, Alys durmió como un bebé, con la cabeza sobre el hombro del oficial del ejército turco que estaba sentado junto a ella. En cambio, ni Hake ni las azafatas descansaron un momento.

Once horas transcurridas, cuatrocientas cincuenta y nueve que sufrir. Iba a ser un viaje muy largo.

Llegaron al inmenso edificio del aeropuerto de Frankfurt, lleno de ecos, a las dos de la madrugada, hora local. En la peor de todas las horas posibles: debido a la diferencia horaria, los chicos no estaban demasiado dispuestos a irse a la cama; pero tendrían que estar en pie y regalando monos tití en una *Kinderhalle* a las nueve de la mañana siguiente. Hake mantuvo a los niños alineados en fila india en uno de los pasillos mientras Alys, bostezando con delicadeza, los distribuía por habitaciones.

De algún modo, Hake logró llevarlos a través de controles de pasaportes y aduanas hasta el vestíbulo principal. Naturalmente, no había asientos libres, pero, sin saber muy bien cómo, logró evitar que se matasen los unos a los otros durante la hora larga que tardó en llegar el autocar de alquiler. El chófer, muy furioso, explicó en rugiente alemán que llevaba dos horas esperándolos fuera, en el aparcamiento. Quién sabe cómo los llevó hasta el hotel, uno nuevo y reluciente, donde les dieron habitaciones en las que, más o menos, cada uno se encontró con su equipaje.

—Te he puesto con Mickey y Sam Wong —le dijo Alys, dándole una llave—. Sam ronca y la madre de Mickey dice que se mea en la cama si no se le lleva por lo menos un par de veces al lavabo durante la noche. Así que tú verás... de todos modos, ya he acabado de meterlos en sus cuartos, así que me voy a la cama, que ha sido un día muy largo. Ah, por cierto, he tenido que coger una habitación más: no hubiera sido justo con los chicos obligar a ninguno de ellos a dormir en la misma

habitación que yo. Soy muy nerviosa y no les habría dejado dormir.

La vio entrar, contoneándose, en uno de los ascensores transparentes con forma de gota, luego suspiró, acabó de firmar las tarjetas de registro, contó los pasaportes y subió a su propia habitación.

Encontró tan acogedora la cama, que se permitió el lujo de quedarse un rato tendido, con las manos tras la cabeza, disfrutando con la idea de que iba a dormir, antes de empezar a hacerlo. Los ronquidos de Sam Wang se fundían con el zumbido del aire acondicionado y el lejano estruendo del televisor de alguien, al otro extremo del pasillo. Al menos su virtud no corría peligro; bueno, no tanto su virtud como su sentido de la moralidad profesional. Ir haciendo el amor con Alys por los hoteles europeos podría haberle resultado tremendamente atractivo, si él no fuera su consejero matrimonial. Pero, si ella no iba buscando eso, ¿por qué estaba allí? No tenía la menor duda de que tras todo aquello estaba la mano de la Lo-Wate Bottling Company, o comoquiera que se llamase aquel antro de espías camuflado. Pero, exactamente, ¿qué era todo aquello tras lo que estaba su mano? Si mandaban a un nuevo agente en misión a Europa, ¿no deberían decirle a ese agente, al menos, cuál era su misión? ¿Acaso los titís eran correos de información secretos? ¿Iría a aparecer Cascarrabias, con una gabardina con el cuello subido y un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos? ¿Aparecería una noche de lluvia, surgiendo de algún portal oscuro para entregarle los Documentos? Y, si era así, ¿de qué tratarían esos papeles? Le parecía un modo muy estúpido de llevar una misión secreta.

No le cabía duda de que, a su debido tiempo, todo le sería revelado. Descruzó las manos, se giró sobre un costado, hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos...

Y los volvió a abrir.

Se había olvidado de llevar a Mickey al lavabo.

Hubiera resultado muy fácil hacer ver que se había olvidado, pero cuando confían en ti, confían en ti. Hake se obligó a salir de la cama, metió los brazos en su batín y llevó casi a rastras al chico de diez años al lavabo. Con más dificultades lo apartó del bidé y lo llevó al mueble sanitario más adecuado. Logró que su gran esfuerzo se viera coronado por el éxito, llevando al niño, aún sin despertarse, de vuelta a la cama... cuando el teléfono se puso a sonar estridentemente.

Hake maldijo y lo agarró. Una voz rechinó en su oído:

—¿Dónde infiernos están mis monos tití?

—¿Tití? ¿Quién habla? —preguntó Hake en un ronco susurro; los ronquidos de Sam Wang se habían interrumpido y Mickey se agitaba, resentido, en su cama.

—Jasper Medina. Mejor será que baje, Hake, y comience a explicarme dónde están los monos. Le espero junto a los ascensores —y colgó.

Irritado, Hake llevó la ropa que se había quitado hasta el lavabo y volvió a ponérsela. Mientras se peinaba, hizo una mueca a su reflejo en el espejo: aquel saludable rostro de deportista tenía ahora bolsas bajo los ojos... ¡y el viaje acababa de empezar! Salió de la habitación tan silenciosamente como pudo y esperó a que la

burbuja transparente subiera a recogerle.

En el vestíbulo del hotel le esperaba un hombre alto y delgado, de barba blanca y calvo, mordisqueando una pipa de caña de maíz.

—¿Hake? ¿Cómo puede usted explicar todo este lío? ¿Qué quiere decir con eso de que no sabe de qué le estoy hablando? Con usted venían veintidós pares de monos tití de la variedad Golden Lion, ¿dónde están? ¡Mis chicos han puesto Frankfurt patas arriba, tratando de encontrarlos!

—¿Quién es usted?

—¿Es que no me escucha, amigo? Soy Medina, de la oficina de París de la AFI. Éstos son mis ayudantes —señaló a cuatro hombres agrupados en derredor de las cabinas telefónicas, dos de ellos agarrados a aparatos—: Sven, Dieter, Carlos y Mario. Se supone que tenemos que ayudarle en este viaje.

—Desde luego, me vendría bien algo de ayuda —dijo Hake con gran énfasis, comenzando a sentirse algo más amistoso—. Esos chicos...

—¿Chicos? ¡Oh, no, Hake, nosotros no tenemos nada que ver con *chicos*! Nosotros cuidaremos de sus *monos tití*, si es que nos dice dónde están, pero no queremos saber nada de los chicos. Así que, si tiene la bondad de... ¿Qué sucede, Dieter?

Uno de los hombres se estaba acercando, con una amplia sonrisa.

—Jasperr —dijo, pronunciando el nombre con fuerte acento alemán—... esos monos, los he encontrado. En el *Zookontrolle* y están bien.

—¡Ah! —Medina chupó la pipa y luego sonrió amablemente y ofreció su mano en saludo—. Bueno, en este caso, Hake... no vale la pena que perdamos el tiempo aquí, ¿no le parece? Échese un buen sueño, y ya nos veremos, mañana, a la hora del desayuno.

Échese un buen sueño... Para cuando el ascensor transparente lo devolvió a su piso ya casi se había dormido de pie, pero se obligó a llevar a Mickey de nuevo al lavabo. Luego dejó caer su ropa al suelo y se derrumbó en la cama, apagando la lamparilla de la mesita.

Pero, aun a través de los ojos cerrados, pudo darse cuenta de que la luz no se había apagado. Cuando los abrió comprendió el motivo: era pleno día.

¡Diecinueve días en la romántica Europa! Era bueno que ni siquiera antes de empezar hubiera creído que las cosas le irían bien, pensó Hake; al menos se evitaba la desilusión. Catedrales, museos, bellos paisajes fluviales, castillos... Vieron la catedral de Colonia por las ventanillas del autocar; el Rin era una raya grisverdosa entre la neblina sucia. En Copenhague toda una tarde de asueto tuvo que ser eliminada, porque el parque de atracciones Tivoli estaba cerrado por reformas, eufemismo para explicar la reconstrucción necesaria tras haber sido volado a bombazos por algunos independentistas testarudos de Frisia... Y esto podría haber sido bueno, pues

necesitaban una tarde de descanso, de no ser que tal anulación representó pasar otras seis horas extra haciendo de pastor del rebaño de niños. En Oslo una huelga de maestros había provocado el cierre de las escuelas y obligó a los pupilos de Hake a presentar los monitos a un alcalde de ojos enrojecidos, que salía cinco minutos de la sala en la que llevaba toda la noche negociando un final a la huelga.

Tras aquella primera noche en Frankfurt, cuando había ido a la habitación de Alys para llamar a su puerta y despertarla, y se había encontrado frente a la misma las recién limpiadas botas del oficial turco, Hake había dejado de esperar que ella se dedicase a dar el asalto a su virtud religiosa. No lo necesitaba, pues tenía multitud de otros objetivos. Y si sufría hambre y sed de carne clerical, lo disimulaba muy bien. Pasó más tiempo con el viejo, calvo y cegato Jasper Medina que con Hake. Aunque, para ser veraz, tenía que reconocer que pasaba más tiempo con él que con ningún otro... especialmente, más que con los niños.

Jasper era un verdadero enigma: dado que pertenecía al departamento de relaciones públicas en Europa de la AFI, le parecía tan claro como el día que tenía que ser un agente secreto; pero no le había pasado ningún plano, ni comunicado instrucciones secretas. Cuando Hake mencionó el nombre «Cascarrabias» en su presencia, el otro se había echado a reír y preguntado:

—¿Un cascarrabias? ¿Eso es lo que cree que soy? Pues déjeme decirle, amiguito, que soy exactamente como usted será dentro de cuarenta años... sólo que algo mejor —añadió con aire virtuoso—, porque yo acepto al Señor como mi salvador... mientras que usted no.

La verdad era que siempre estaban allí, él y sus cuatro silenciosos ayudantes. Los monos titís recibían sus uvas y sus gusanos de manzana cada cuatro horas y, cuando el sol lo permitía, pasaban alguna tarde al aire libre; eran cepillados, aseados y despiojados. Los monitos tenían muchos cuidadores.

Los niños sólo tenían a Horny Hake.

Para cuando llegaron a Copenhague, Hake creía haberse enfrentado a todos los males heredados por el género humano por culpa de Adán y Eva; especialmente cortes y arañazos, toses y estornudos, desmayos y fiebres. (126 horas transcurridas, 344 por soportar... ya más de la cuarta parte). Al llegar a Oslo, casi todo eran fiebres y estornudos. No era nada grave, pero mantenían a Hake despierto casi todas las noches, para asegurarse de que no se convertían en algo preocupante. Alys dormía muy tranquila hasta el desayuno, explicando que su larga experiencia como consejero familiar lo convertía en mucho más idóneo que ella para enfrentarse con las alarmas nocturnas. Tanto era así que, realmente, no había motivo alguno para que la despertasen a ella... «Sólo serviría para molestarte más, Hake». Y, naturalmente, los sirvientes de los titís tampoco aceptaban ser mezclados en aquello. Sus vidas eran cada día más confortables, al ir disminuyendo, a cada nueva etapa, el número de animalillos peludos a su cargo. No obstante, seguían negándose de plano a tener nada que ver con los niños: sólo se les había contratado para cuidarse de una especie de

primate subhumano, no de dos.

Sven y Dieter, Mario y Carlos... ¿Por qué tenía siempre problemas para diferenciarlos? Eran de distinta altura, peso y colorido. Seguramente eso tenía que ver con el modo en que llevaban cortado el cabello, todos ellos a lo sopera, como Enrique V de Inglaterra, y sus ropas, que siempre eran las mismas: chaquetas azul pálido y pantalones azul oscuro. Pero era algo más que eso: todos ellos parecían pensar y hablar del mismo modo. Hake tenía la impresión de que siempre era la misma persona, hablando unas veces con acento alemán otras con acento español, pero todas las lenguas movidas por una misma mente:

—Jasperr dice que irse a cama prrnto, mañana el vuelo es a las seis de la madrrugada —con acento alemán, o, con acento español— Jasper aconseja que los niños no beban de esta agua, pues el mes pasado los terroristas de la OLP llenaron el depósito con ácido.

Hake sospechaba que la única mente tras todas las lenguas era la de Jasper.

Y todo aquello tenía sentido, encajaba perfectamente, si en realidad eran disciplinados agentes en la nómina de Animalitos y Flores Internacionales, alias Lo-Wate, alias las tropas de choque de la guerra no declarada. Pero ¿lo eran? Hake no tenía ninguna certidumbre: no se producía ninguna ausencia inexplicada a su trabajo, no realizaban reuniones secretas, ni siquiera intercambiaban entre ellos miradas de reojo, cargadas de significado, o dejaban frases por concluir. Si eran espías, ¿cuándo demonios iban a empezar a espiar?

En más de una ocasión Hake había tomado la decisión de ir a hablar sin tapujos con Jasper. Pedirle que le contara la verdad, fuera la que fuese. Pero al final nunca lo había hecho, limitándose a lanzarle indirectas. Y Jasper nunca respondía a ellas. Y no es que no fuera hablador; le encantaba charlar: nunca se cansaba de explicarles a Hake y Alys los modos y maneras en que las ciudades por las que pasaban a la carrera eran inferiores a sus equivalentes estadounidenses... Descontando, claro está, aquel lugar especial en el que uno podía disfrutar del ocasional *amorgasbord* aceptable o *unjágertopf* que se podía comer.

Y nunca cesaba de informarles de las razones por las que los unitarios no podían ser propiamente llamados religiosos; Jasper era de la Iglesia de Dios, dos veces nacido, dos veces salvado y sublimemente seguro de que llegaría un día en el que estaría sentado junto al Trono, mientras que Hake, Alys y muchos billones de otros estarían penando por sus terribles errores en un lugar mucho más espantoso.

Pero nunca hablaba de nada que tuviera que ver con el espionaje.

Y tampoco ayudaba en nada con los niños.

Y, de ambas negativas, la que más le costaba a Hake sobrellevar era la segunda.

Para el hito que señalaba el transcurso de las tres cuartas partes del tiempo, se hallaban en Munich. Los estornudos de los niños estaban alcanzando un *crescendo*, y el mismo Hake comenzaba a notar los efectos de la tensión. Estaba mucho más exhausto de lo que se había notado en todo el tiempo desde que había abandonado la

silla de ruedas; y no se sentía nada feliz por el modo en que se estaban comportando sus intestinos. Pero tuvo una alegría inesperada: Jasper había llegado a un acuerdo con una escuela americana de Munich para que se ocupasen todo un fin de semana de los niños, así que los mayores quedaban liberados durante ese tiempo.

Hake pensó que aún se lo habría pasado mejor de no ser porque le parecía que alguien había relleno sus tripas, hasta sobrepasar la carga máxima autorizada, con chiles picantes y variantes en vinagreta pasadas de fecha. No se sentía con ánimos para ir de visita a la ciudad. Pero, de todos modos... ¡habían pasado trescientas sesenta horas y sólo quedaban ciento diez! ¡Y sin críos hasta el lunes por la mañana!

La pensión donde se alojaban resultó estar en el piso más alto de un mugriento edificio de oficinas, en una callecita lateral junto a la intersección de dos grandes avenidas. Desde fuera no tenía demasiado buen aspecto, pero estaba limpia y para Hake, que llevaba quince días calculando con resentimiento los costes energéticos del combustible de reactor, los ascensores de alta velocidad y las saunas de los hoteles, representó una liberación, bien recibida, del malgasto de energía. No le importó que las habitaciones se agolpasen alrededor de un patio de luces, ni que no hubiera botones para llevar el equipaje. Ni siquiera le importó tener que llevar las maletas de Alys además de las suyas... «Realmente lo lamento, Hake, pero la verdad es que no me siento con fuerzas para llevarlas». No se atrevió a decirle que él aún tenía menos.

La cena no era gran cosa, cocinada por el dueño y servida por su esposa. Para sorpresa de Hake, Alys acudió a la mesa. Era evidente que se había quedado ya sin oficiales turcos, copilotos de la SAS y empleados de Informaciones noruegos. Pasó la tarde en su habitación, pero se presentó, pálida pero grácil, para ocupar la cabecera de la mesa. Cuando se llevaba la cuchara a la boca fue interrumpida por Jasper, que golpeaba un vaso con su tenedor.

—Jasper siempre bendice la mesa —dijo Sven... o quizá Dieter, con un gruñido.

—Naturalmente —intervino Jasper, también resoplando y, luego, inclinando la cabeza—: ¡Oh, Señor! Tus humildes siervos te dan las gracias por tu bondad al entregarnos estos alimentos que vamos a comer. Bendícelos para que los utilicemos en lograr tus sagrados fines y haz que sintamos adecuada gratitud por tu generosidad. Amén.

Cuando las cinco caras cejijuntas se alzaron y suavizaron, Mario... o tal vez Carlos, dijo:

—Es una buena costumbre bendecir la mesa, ¿no? Es como lo que decía Pascal: si cuando uno reza hay un Dios que escucha, le complace. Y si no, ¿qué hay de malo en ello?

—No seas irreverente —le regañó, sin demasiada aspereza, Jasper—. Pascal era un charlatán. Uno no tiene que obedecer los mandamientos de Dios sólo para salvar su piel. Tiene que obedecerlos porque sabe que Dios existe, como queda demostrado por el milagro diario de la vida.

Alys tosió y cambió de tema:

—¿Sabes, Horny? No he estado inactiva todo el día —dijo con dulzura, pasándole un par de diarios y una revista—. He encontrado esto en mi habitación. Los he mirado y he marcado todos los puntos que te pueden interesar.

Jasper miró por encima de su sopa, que no comía.

—¿Y cómo sabes lo que le interesa?

—¡Oh! —dijo ella con el rostro iluminado—. Es una especie de labor de investigación que he estado haciendo para él. Está muy interesado en lo que llama la creciente degradación de la calidad de la vida... ya sabes, todas esas cosas que siempre nos fastidian la existencia... ¿Sucede algo malo, Horny?

—No —respondió él y, después, con mayor firmeza—. Sigue hablando. Es que estaba pensando en otra cosa.

En lo que estaba pensando era en que, si Jasper informaba de aquello a Cascarrabias, seguro que en el informe diría que estaba haciendo algunas investigaciones no autorizadas. Pero inmediatamente había pensado: ¿y por qué no? No le habían prohibido ser curioso. Y una de las cosas por las que sentía curiosidad era por ver el modo en que iba a reaccionar Jasper.

Pero resultó que no reaccionó en modo alguno. Se quitó la servilleta del regazo, la dejó caer sobre la mesa y alejó con un gesto el plato que la propietaria le traía del aparador de caoba.

—¿Sabéis? —explicó—. No creo que ésta sea la comida que me pide el cuerpo. ¿Qué te parece, Dieter, probamos en el Hofbrauhaus?

—Buena idea, Jasperr —dijo Dieter, entusiasta... ¿o sería Carlos? Aunque todos asintieron, Jasper hizo una pausa.

—¿Qué me decís vosotros dos? —preguntó—. Después de todo, tenéis la noche libre.

—¿Qué hay en esa cervecería? —inquirió Alys.

Inclinó la cabeza hacia ella y, con su calvicie y su barba, Hake pensó que cada día se parecía más a un mono tití:

—Es uno de los grandes puntos turísticos de Munich. Unas salchichas increíbles, grandes tanques de cerveza... ¡y *schweinfleisch*! Cerdo, sonrosado y blanco, con esas coles rojas y los buñuelos de patata, y con toda esa salsa espesa...

Alys dejó caer la cuchara:

—Perdonadme —gimió, y huyó.

Jasper miró a Hake.

—¿Qué es lo que le sucede? —le interrogó.

—No creo que se sienta bien. En realidad, yo tampoco me siento demasiado bien. Id vosotros, Jasper. Creo que no voy a cenar y me meteré pronto en la cama...

Al menos no le dolían las tripas. Agradecido por esto, cerró con la cadenita su puerta y abrió la prensa que Alys le había entregado: un *Times* de Londres, un *Daily American*, el diario publicado en Roma, de dos días atrás, y un ejemplar de la edición internacional del *Newsweek*. Además del material de lectura, tenía un tesoro propio:

dos botellas individuales de *whisky sour*, ésas de combinado que dan en los aviones, que había pedido para beberse en uno de los muchos vuelos y que luego no había tenido tiempo de consumir. Decían que el *whisky* era bueno para la gripe; ¿por qué no lo iba a ser en combinado?

Se los metió en el estómago y, sorprendentemente, allí se quedaron. Le hicieron sentirse, bueno... mejor no, pero al menos diferente; el sabor del *whisky* alteraba la sensación de malestar del catarro, o lo que fuese. Y el cambio era bien recibido.

Ojeó las noticias, más por sentido del deber que por puro interés:

Los impuestos sobre el hidrógeno líquido iban a ser aumentados en un 50 por ciento «para financiar las investigaciones destinadas a lograr que los Estados Unidos fueran autosuficientes en sus necesidades energéticas en un plazo de treinta años». El loco lanzador de bombas incendiarias que atacaba a las mujeres de Chicago que usaban ropa provocativa, había sido atrapado y había declarado que había recibido el mandato de Dios de purificar la Tierra. La compañía International Harvester había entregado su diez milésimo carro de combate pesado, Modelo XII, directamente desde la línea de montaje al terreno de desguace de la ONU en Detroit. El Presidente había declarado que la producción de estas bazas para la negociación era insuficiente con vistas a la próxima Conferencia sobre Desarme y había propuesto la emisión de unos bonos de deuda especial para financiar 5000 aviones de combate avanzados, que serían construidos y desguazados en los siguientes cinco años. (También mencionó que los impuestos sobre la renta deberían ser aumentados para pagar esos bonos). Habían tenido que ser apagados los receptores de microondas en Tejas, debido al excesivo daño que estaban causando en el cinturón de Van Alien; y, como resultado, la costa de Louisiana estaba sufriendo su tormenta primaveral de nieve más dura jamás recordada y la mayor parte de Oklahoma, Tejas y Nuevo Méjico se habían quedado sin energía.

Una semana normal en los Estados Unidos. Alys también había marcado noticias europeas, pero Hake no se sentía con ánimos para leerlas. Había visto la suficiente suciedad y pobreza en los pasados quince días como para llegar a la conclusión de que los europeos no vivían mejor que la gente de Long Branch, New Jersey, al menos en lo que a calidad de vida se refería.

Y, además, la calidad de su propia vida no parecía encontrarse en muy buen momento. Quizá los *whiskies sours* habían sido un error.

Mareado, se levantó y se miró al espejo.

Realmente se sentía enfermo. Y el sentirse así le alarmó hasta un grado que no podría comprender un hombre que se hubiera sentido bien toda su vida. Se contempló la lengua (razonablemente sonrosada), los ojos (considerándolo todo, realmente no estaban muy enrojecidos), y deseó tener algo con lo que tomarse la temperatura.

Quizá lo único que necesitaba era un poco más de sueño y, eso seguro, muchísimo más ejercicio. No había podido llevar las pesas en el equipaje. Estudió su abdomen, buscándose barriga; sus dorsales, por si se veía grasa. Nada... aún. Pero se

había perdido el *footing* de dos semanas y una docena de clases de judo por culpa del viaje y, ¿cuánto tiempo más podría seguir así sin pagar las consecuencias? Tomó la decisión de, por lo menos, tratar de atrapar a una de las chicas de Ocean Grove para que jugase con él una partida de *ping-pong* a la mañana siguiente.

Pero a la mañana siguiente no se encontraba en condiciones de jugar a nada, aun sin contar que era domingo y las chicas estaban todavía en la escuela americana con los demás... o quizá creando el caos en alguna desafortunada iglesia.

Se bañó, se afeitó, se vistió y, con paso incierto, salió de la pensión en busca de una farmacia. En las siguientes tres manzanas pasó ante dos, ambas cerradas, pero en las que al menos encontró el nombre que necesitaba saber. Le pidió perdón a un anciano que tomaba el sol en el escalón de una portería y le dijo:

—*Bitte, wo bist eine Apotheke?*

Tuvo que repetirlo dos veces antes de que le diera una respuesta, y las palabras que escuchó no le fueron de mucha ayuda. Pero sí el dedo que apuntaba.

La farmacéutica era una joven que llevaba su cabello rojo en moñitos. No hablaba ni inglés, ni hebreo, ni ninguna de las variantes del árabe en que podía expresarse Hake. Si los *kibbutzim* no hubieran sido tan estrictos en sus costumbres, al menos hubiera aprendido algo de yiddish con el que intentar ahora comunicarse con ella. Pero, en su infancia, le habían enseñado a ser ingenioso así que, después de haber fracasado en todos esos idiomas, se le ocurrió toser con gran énfasis y estornudar dramáticamente, tapándose la boca con la mano y luego hacer un gesto de mimo como quien bebe de una botella.

—*¡Ja, ja!* —gritó la farmacéutica, comprendiendo súbitamente, y cogió algo que había en un estante.

Lloroso, Hake atisbo en la etiqueta. Naturalmente estaba en alemán.

Lo de *Antihistamin-Effekt* le parecía bastante comprensible, pero ¿qué era un *Hustentherapeutikum*? Los nombres de los ingredientes le resultaron más fáciles de leer: la ciencia es un lenguaje universal, y añadiendo algunas letras o eliminando otras consiguió imaginarse algunas de las cosas que había dentro de la botella. El problema era que Hake no era un farmacéutico y, ¿exactamente para qué enfermedades era recomendable tomar *Natriumcitral* y *Ammoniumchlorid*? En lo referente a la dosificación se encontraba en terreno más sólido: *Erwachsene* tenía que significar «para adultos», aunque sólo fuera porque en la columna siguiente se leía *Kinder*, y *1-2 Teelöffel alle 3-4 Stunden* parecía indicar claramente una o dos cucharitas de té, cada tres o cuatro horas.

Mientras estaba dudando, entró en la farmacia una mujer alta, con un gran sombrero de tela flexible, y comenzó a estudiar cuidadosamente el mostrador de los cosméticos. Hake probó, tres o cuatro veces, con el resto de su vocabulario alemán, y entonces fue adónde la recién llegada, para solicitar su ayuda:

—*Bitte, gnaedige Frau* -empezó—. *Sprechen-sie English?*

Ella se volvió para mirarle.

El rostro que había bajo aquel enorme sombrero era uno que él había visto, por última vez, en una cocina en Maryland.

—Pague a la farmacéutica, Hake —le dijo—. Y vámonos a un lugar en el que podamos hablar.

Si las farmacias parecían cerrar los domingos, estaba claro que los bares no. Encontraron uno con terraza en la acera, en donde se notaba más frío del que Hake hubiera deseado, pero en donde, al menos, estaban alejados de la otra gente, y la mujer pidió para ambos grandes copas con áspera cerveza de Berlín y un poco de jarabe de frambuesa en el fondo de cada una. Hake se tomó lo que supuso que sería un trago de *2-Teelöffel* del *Hustentherapeutikum* y lo hizo bajar con cerveza. El frío le resultaba agradable en el paladar. El sabor ya no tanto. No era lo que su cuerpo le pedía y sintió como aumentaba la presión en sus tripas. Notó como si tuviera necesidad de eructar, pero temía intentarlo. Al fin dijo:

—¿Sabe, jovencita? Podría hacer que la detuvieran.

—Aquí no, Hake.

—Supongo que el secuestro es un crimen para el que existe extradición.

—¿Un crimen? Pero, Hake, ¿presentó usted una denuncia? ¡No!

—No hay un período de prescripción para un crimen como el rapto.

—Oh, mierda Hake, basta ya de hablar como un abogado. No le pega. Hablemos de realidades, como el motivo por el cual no fue a ver a la poli. ¿Ha pensado en las razones por las que no lo hizo?

—Sé cuál fue la razón... yo... bueno, no sabía dónde tenía que denunciarles.

—Lo que significa —dijo ella amargamente—, que usted ya se había liado con los agentes secretos y sabía que no debía meter en eso a la poli normal. ¿No? Y tenía miedo de decírselo a los agentes secretos, porque no sabía lo que podía pasar entonces.

Él mantuvo la boca cerrada. No quería reconocer ante ella que, simplemente, no había sabido cómo entrar en contacto con la Agencia, hasta que había pasado tanto tiempo que ya no le había parecido adecuado. También se daba cuenta de que, en realidad, no debería decirle nada a aquella mujer. Ni siquiera debería estar hablando con ella... ¿Quién sabía si aquel camarero, que distraídamente estaba dando patadas a un trozo de papel, o aquella quinceañera con el minipantalón que pasaba en bicicleta, no le iban a informar a alguien de aquel encuentro?

En otras circunstancias le hubiera gustado mucho estar un rato con ella. Ya fuera con mono o con aquel primaveral vestido floreado, era una mujer estupenda. Al menos era tan alta como Hake, lo sería más si llevase zapatos de tacón alto, y era más delgada de lo que a él le hubiera gustado... si es que, en alguno de sus encuentros,

hubiera importado en algún momento que ella fuera bella o no. Resultaba intrigante en más de un aspecto. Por ejemplo, qué anticuado se veía el que llevara un viejo anillo de oro de matrimonio... No podía recordar la última ocasión en la que había visto uno de aquellos anillos.

—No tengo mucho tiempo —dijo ella, con aire severo—, y hay muchas cosas que le debo decir. ¿Sabe?, comprobamos sus datos, y es usted una persona decente: es usted bueno, idealista, y si se encontrase un gato o perro abandonados les buscaría una casa. Trabaja noventa horas en un empleo espantoso por la paga de un esclavo. Así que, ¿cómo consiguieron convertirle en un asesino?

—¡Asesino!

—Bueno, ¿usted qué nombre le daría? Ellos lo son, Hake, y usted sólo acaba de empezar con ellos. ¿Quién sabe lo que le harán hacer? Cuando aceptó este trabajo ya debía saber lo que significaba.

Le resultaba imposible admitirle a aquella mujer joven, guapa y muy irritada, que no sólo no sabía lo que aquel trabajo significaba, sino que además aún no había logrado averiguar en qué consistía exactamente. Así que dijo, con la lengua espesa:

—Tengo mi propia moral, amiga mía.

—Sí que la tiene. Y, sin embargo, está haciendo cosas con las que yo sé que usted sabe que la está violando. ¿Por qué?

Se dio cuenta, con alivio, que la pregunta era puramente retórica y que ella misma iba a contestarla. Le estaba resultando muy difícil mantener aquella conversación. Trató de concentrarse en lo que ella decía, a pesar de la creciente evidencia, que notaba en el estómago, de que estaba peor de lo que había pensado.

—¿Por qué? —prosiguió ella con aire fúnebre—. ¡Dios mío, el tiempo que he pasado tratando de contestarme a eso! ¿Qué es lo que cambia a la gente como usted? ¿El dinero? No, usted no puede ambicionar dinero o no sería, ¡cielo santo!, un religioso. ¿El patriotismo? ¡Si ni siquiera nació usted en los Estados Unidos! ¿Quizá alguna psicosis, porque usted ha sido un impedido la mayor parte de su vida y las chicas ni se le acercaban?

—Las chicas —intervino Hake con gran dignidad—, estuvieron muy a menudo más que dispuestas a pasar por alto mis limitaciones físicas.

—No me cuente ahora la historia de sus amoríos juveniles, Hake. Sé que tampoco ha sido por eso. O no debería serlo, también comprobamos sus datos a ese respecto. Así que, ¿qué es lo que nos queda? ¿Por qué da usted un giro de ciento ochenta grados y pasa de ser un absoluto desprendido, que ayuda a cualquiera que se le acerca de la mejor manera que puede, a ser un hijo de puta de agente secreto, dedicado a crear problemas y a extender la miseria? ¡Sólo hay una respuesta! Hake, ¿qué es lo que sabe usted acerca del hipnotismo?

—¿El hipnotismo?

—No deja de repetir todo lo que le digo y eso, como sabe muy bien, no es responder. Sí, he dicho hipnotismo. Y, por si no lo sabe, añadiré que presenta usted

todos los síntomas de haber sido sometido a hipnosis: lógica de trance, tolerancia de las incongruencias, incluso analgesia. O, al menos, analgesia del alma: le dolería saber en lo que anda usted metido, si no hubiera algo que se lo impide. Incluso paranoia hipnótica: capta usted pistas que no advertiría una persona que no estuviera en trance. ¡Usted captó pistas de nosotros, después de que lo raptásemos, y por eso no nos denunció!

—¡Oh, vamos! ¡Nadie me ha hipnotizado!

—En lo que a eso se refiere, ¿cómo lo sabe? ¿Y si le hubieran dado una orden poshipnótica de olvidarlo todo al respecto?

Él negó con la cabeza, obstinadamente.

—¡Ah, claro! —resopló ella—. ¡Usted lo sabría, justo porque es usted! ¿No? Pero, si no lo hipnotizaron, ¿cómo explica usted el que se haya unido a esa gente?

No puedo, pensó él, pero lo que dijo en voz alta fue:

—No tengo porque explicarle nada a usted. Ni siquiera sé nada de usted... excepto que se llama Lee y está casada.

Ella le contempló, muy pensativa, con los ojos atisbados por debajo del borde de su gran sombrero. Hake no podía ver muy bien los ojos de ella, y esto le desconcertaba. Bueno, todo acerca de ella le desconcertaba.

—Tengo que ir al lavabo —dijo. No se encontraba nada bien y, sentado en la terraza de aquel frío y barato café... Munich tenía algún tipo de huelga de basureros y las aceras estaban repletas de la maloliente basura de varios días, lo cual no le hacía sentirse mejor.

Cuando regresó, el camarero había traído una nueva ronda de *Berlinerweissen* y Lee se había quitado el sombrero. Se la veía mucho más joven y hermosa sin él, pero también más desamparada. En las circunstancias adecuadas, le hubiera parecido terriblemente atractiva, pero no se daban esas circunstancias. Hake se dio cuenta, con un cierto temor, de que se había acabado la primera cerveza. El jarabe del fondo había agredido tanto su paladar, que ansiaba la astringencia de la nueva, pero su estómago estaba dándole claras indicaciones de que no iba a soportar nuevos insultos sin tomar drásticas medidas.

—En cuanto a quién soy yo, Hake —dijo ella, soñadora—. Ya he descubierto mi identidad secreta ante usted, ¿no es así? De modo que le diré que me llamo Leota Pauket. Fui una estudiante matriculada en... no importa dónde. En cualquier caso, dejé los estudios. Mi tesis de graduación no fue aprobada y eso fue lo que empezó todo esto.

—Espero que me aclarará de qué me está hablando.

—Ya lo creo que le voy a aclarar las cosas, Hake. Quizá más de lo que usted desee. —Dio un largo sorbo a la segunda cerveza, con la mirada perdida en la calle llena de basura—. Soy una utilitarista; en la universidad era miembro del Club Jeremy Bentham. Ya sabe, aquello de «lo mejor posible, para el mayor número posible». Era un pequeño club, sólo tenía seis miembros, pero que estábamos más

unidos que los propios hermanos. Desde que me metí en esto he tenido que tratar con gente poco recomendable, Hake. Hay gente mala en el otro lado, tan mala como la de su bando, y no siempre he podido escoger a mis aliados. Pero en los tiempos de la universidad era un buen grupo, todos estudiantes brillantes, todos de Económicas o Sociología. Todos ellos gente de primera. La catedrática que me aconsejaba en la tesis también era increíble, fue ella quien me dirigió el tema: *Covariantes y correlativos: un examen de las relaciones entre la degradación de los estándares no monetarios de los factores de vida y el decrecimiento de las tensiones internacionales*. Ella me ayudó...

—¡Hey! —Hake se irguió en el asiento—. ¿Me puede conseguir una copia de esa tesis?

—¿De mi tesis? ¡No sea estúpido, Hake! Ya le he dicho que nunca la terminé. Sin embargo... —añadió, pareciendo complacida—. Tengo el borrador en alguna parte. Supongo que le podría conseguir una copia si realmente desea leerla.

—Claro. ¡Ya lo creo que quiero! Yo mismo he estado tratando de encontrar ese tipo de información.

—Hum —ella tomó otro sorbito de cerveza, estudiándole por encima del ancho borde de la copa—. Quizá, después de todo, aún hayan esperanzas para usted. En cualquier caso, ella fue la que nos puso en la pista de sus amigos, los agentes secretos; nos dijo que era imposible que todas esas cosas hubieran sucedido por azar. Tenía que haber gato encerrado. Y, cuanto más escarbaba, más segura estaba de que ella tenía razón. Entonces la despidieron: recibía su salario de una ayuda gubernamental a la universidad, y la ayuda fue cancelada. Y el hombre que la sustituyó como mentor de mi tesis rechazó el tema en que estaba trabajando. Y la universidad nos recomendó que disolviéramos nuestro Club. Así lo hicimos, en público... y pasamos a la clandestinidad. Eso fue —contó con los dedos—... uno, dos, no, hace tres años.

Hake asintió con la cabeza, contemplando los dedos.

—No fue difícil comprobar nuestros datos, acerca del modo en que los Estados Unidos estaban, deliberadamente, realizando sabotajes en otras naciones. Ni siquiera nos resultó difícil averiguar qué organización lo estaba haciendo... teníamos apoyo. Entonces surgió la cuestión de lo que debíamos hacer con lo que habíamos descubierto. Pensamos en hacerlo público: en la televisión, la prensa, por todos los medios. Pero nos decidimos en contra de eso: ¿qué hubiéramos logrado? Una noticia sensacional, que hubiera durado diez días en las primeras páginas y que luego todo el mundo olvidaría. El simple hecho de que la prensa los denunciase legitimaría lo que esa gente está haciendo... Usted ha estado en Washington y ha visto la estatua a los Mártires de Watergate. Así que decidimos combatir el fuego con el fuego... ¡Hake! ¿Qué le sucede?

Él señalaba al anillo de ella:

—Ahora recuerdo dónde la vi por primera vez: ¡usted era la señora aquella que se

metió conmigo en el autobús!

—Bueno, pues claro que lo era. Ya le he dicho que teníamos que comprobar los datos acerca de usted.

—Pero ¿cómo sabía dónde me iba a encontrar? —Ella no parecía muy a gusto:

—Ya le he explicado que tenemos apoyo.

—¿Qué clase de apoyo? —Le estaba resultando cada vez más difícil seguir la conversación, e incluso permanecer sentado en la silla.

—Eso no le importa. No me pregunte más sobre eso, ya le he dicho que estoy tratando de aclararle... ¡Hake! ¿Pero qué es lo que le pasa?

Se dio cuenta que estaba en el suelo y la miraba desde abajo.

—Creo que me voy a desmayar —le explicó, y luego lo hizo.

Lo que sucedió luego no le resultó nada claro a Hake; se despertaba por breves instantes y se desmayaba de nuevo. En una ocasión se vio en una habitación que no reconoció, con Leota y un hombre que le era desconocido, con barba y aspecto oriental, ambos inclinados sobre él. Y hablaban acerca de su estado:

—¡Pero si no eres médico, Subarama! ¡Está demasiado enfermo para esas tonterías tuyas!

—Chist, Leota, sólo es algo para quitarle el dolor, un poco de acupuntura. Le hará bajar la fiebre...

—No creo en la acupuntura —dijo Hake, pero entonces se dio cuenta de que era mucho tiempo después y que se hallaba en otro lugar, en lo que parecía ser un avión ambulancia militar, acompañado por una negra con uniforme de enfermera que lo miraba interrogativa.

—Esto no es acupuntura, cariño —le dijo ella para tranquilizarlo—, es sólo una inyección que hará que te sientas mejor...

Y cuando se despertó de nuevo estaba en un verdadero hospital. Y tenía que encontrarse de vuelta en New Jersey, porque el doctor que le estaba tomando el pulso era Sam Cousins, cuya hija se había casado en la iglesia de Hake. Tenía la garganta dolorosamente deshidratada. Graznó:

—¿Qué... qué pasó, Sam?

El doctor le dejó la muñeca y pareció complacido.

—Ya estás otra vez con nosotros, Horny. Me alegro. Enfermero, dele un vaso de agua.

Mientras Hake se bebía ansiosamente los tres sorbitos permitidos, el doctor le explicó:

—Has estado bastante enfermo, ¿sabes? Vale, ya es suficiente agua por ahora. Podrás beber un poco más, en un minuto.

Hake siguió el vaso con mirada sedienta.

—¿Qué es lo que me ha pasado?

—Bueno, ése es el problema, Horny. Se trata de algún tipo nuevo de virus. Todos los niños lo cogieron, y también Alys. Pero a los niños no les hace mucho efecto, ni

tampoco a las personas muy mayores. A los que realmente tumba es a los que se encuentran en lo mejor de la vida, como tú —se alzó—. Volveré dentro de un rato, Horny, y te mandaremos a casa en un día o dos. Pero, por ahora —añadió, volviéndose hacia el enfermero—, nada de visitas.

—Sí, doctor —dijo el enfermero, cerrando la puerta tras de él y volviéndose a Hake, que entonces vio quien estaba allí, vestido con aquel blanco uniforme.

Casi no le sorprendió.

—Hola, Cascarrabias —dijo.

—No tan alto —ordenó el agente secreto—. No hay micrófonos en esta habitación, pero ¿quién sabe quién puede pasar por ese pasillo?

Tomó unos diarios de la mesilla.

—Sólo quería darte esto y que supieras que pienso en ti. Tendremos una nueva misión para ti, tan pronto como estés totalmente restablecido.

—¿Una nueva misión? ¡Joder, Cascarrabias, si ni siquiera he llevado a cabo la primera! ¿Para qué darme otra misión, si eché a perder la primera poniéndome enfermo?

El agente secreto sonrió y abrió los periódicos. Varios artículos estaban marcados con círculos rojos:

UN NUEVO VIRUS CORTA EN UN 40% LA PRODUCCIÓN DE LAS FÁBRICAS SUECAS

decía el *New York Times*, y:

LOS DANESSES COGEN LA GRIPE, LOS ALEMANES TOSEN

añadía el *Daily News*, sobre una foto de largas hileras de hombres esperando para meterse en un lavabo público en Frankfurt.

—¿Qué es lo que te hace creer que la has echado a perder? —preguntó Cascarrabias.

Grimes y la gran carrera

A. Bertram Chandler

A. Bertram Chandler, uno de los más distinguidos autores de ciencia ficción humorística, es conocido sobre todo por su excelente relato La jaula, muchas veces antologizado —con toda justicia— como pequeña obra maestra en su género. La siguiente narración pertenece al ciclo de las aventuras de Grimes, un viejo lobo del espacio siempre dispuesto a recordar sus disparatadas peripecias ante una botella de gin rosa.

—No creí que volvería a verla —dijo Grimes.

—Ni yo tampoco —le contestó Kitty Kelly—. Pero a los clientes de la Estación Yorick les gustó la primera entrevista. El viejo lobo del espacio, canoso, con la pipa en la boca y un vaso en la mano contando una historia... Así que cuando mis jefes se enteraron de que estaría aquí hasta que los ingenieros pudieran ponerle una gomita nueva a su nave, me dijeron, literalmente: «Kitty, ve al puerto espacial a ver si le puedes sacar otra historia al viejo ése».

—Mmm —gruñó Grimes, consciente de que sus enormes orejas se habían puesto al rojo vivo.

Kitty sonrió con dulzura. Era una irlandesa atractiva, morena, de boca carnosa, piel blanca y hermosos ojos azules. Grimes la hubiese encontrado mucho más atractiva si ella no hubiese insistido en mantener una actitud resentida, producto de la primera historia que le contara; una historia de hechos extraños que sucedieron en el lejano y mítico Glenrowan, donde gracias a Grimes un antepasado de Kelly había encontrado su ruina.

—Y esta vez no se meta con los irlandeses, ¿de acuerdo? —dijo ella con acidez.

Grimes la miró; su blusa transparente verde esmeralda escondía poco y las piernas largas y bien formadas asomaban por debajo de una falda que escondía todavía menos. Pensó: he aquí una irlandesa con la que no me importaría meterme.

Con estudiada ingenuidad le preguntó:

—Si me piden que no ofenda a nadie (y vosotros los Elsinoreanos tenéis en vuestras venas la sangre de todas las razas y naciones de la vieja Tierra), ¿de qué puedo hablar entonces?

Ella puso cara de estar pensándolo, arrugó el ceño, se miró las puntas de los zapatos verdes y brillantes y luego sonrió.

—¡De carreras, por supuesto! En este mundo somos fanáticos de los caballos. —Arrugó el ceño otra vez—. No, claro. No parece muy deportista, comodoro.

—De hecho —dijo Grimes con énfasis—, una vez participé en una carrera. Y las

apuestas eran muy altas.

—No me lo puedo imaginar a caballo.

—¿Quién ha hablado de caballos?

—¿Y en qué iba montado?

—¿Quiere que le cuente la historia sí o no? Si la voy a contar, lo haré a mi manera.

Ella suspiró y murmuró:

—De acuerdo, de acuerdo. —Abrió el maletín y sacó la grabadora, la acomodó sobre el tablero de la cabina de día. Apuntó una lente a la silla donde estaba sentado Grimes y la otra, a la silla donde se sentaría ella. Verificó la posición—. La pipa en la boca —le ordenó—. El vaso en la mano... ¿Dónde está el vaso, comodoro? Y, por cierto, ¿no piensa ofrecerme algo de beber?

Él le señaló el armario de las bebidas.

—Sírvase. Yo tomaré un *gin* rosa con hielo.

—Yo también. Seguro que será mejor que ese brebaje horrible que me dio la última vez que estuve a bordo de su nave.

Las orejas de Grimes enrojecieron por segunda vez. El «brebaje horrible» no había surtido el efecto que él había esperado.

Mi primera misión en el Servicio de Reconocimiento (comenzó) fue en una nave correo de la Clase Serpiente, la *Culebra*. Los capitanes de aquellas navecillas eran todos oficiales, oficiales y alféreces. No había ni suboficiales ni subalternos por los que preocuparse, ni camareros ni camareras para servirnos. Nos hacíamos las camas nosotros mismos, y también la comida. Nos turnábamos en el papel de cocinero. Y no pasábamos hambre. Vamos, vivíamos muy bien.

Teníamos algunas plazas para pasajeros; las naves correo solían —quizás todavía siga siendo así— llevar a personas importantes de un punto A a otro B si tenían prisa. Llevaban cartas y mensajes aquí y allá. Si había algún trabajo raro que hacer, lo hacíamos nosotros.

Aquel trabajo en particular fue muy extraño. ¿Ha oído hablar de Darban? ¿No? Bueno, es un planeta como la Tierra en el Sector Tauro. Un mundo de lo más agradable a pesar de que la atmósfera es un poco densa para el gusto de algunos. Pero si hubiese tenido lo que se llama normalidad tierra, seguro que no estaría aquí contándole esta historia. Darban se encuentra en la esfera de influencia térrana y tiene una Estación Beacon Carlotti, una Base del Servicio de Reconocimiento y un montón de cosas más. Pero yo le hablo de una época en que ese lugar no se encontraba bajo ninguna influencia, aunque las trampas de estrellas terranas y las naves hallicheki y shaara ya habían estado por allí algunas veces. Por aquel entonces había mucha demanda de lo que se llamaban los ópalos vivos... aunque yo no me puedo imaginar cómo una mujer pudiese llevar un collar de gusanos luminosos prendido alrededor del cuello.

Ella lo interrumpió.

—Esos hallicheki y shaara... son razas no humanas, ¿no?

—Ni humanas ni humanoides. Los hallicheki son avianos con una sociedad matriarcal. Los shaara son artrópodos alados; no como las abejas terranas, son más grandes y con una estructura interna bastante distinta.

—Seguro que tenemos fotos en la biblioteca. Se las mostraremos a los espectadores. Siga, por favor.

Los capitanes mercaderes (continuó) siempre han sido un grupo bastante respetuoso de la ley. Hacían trueques por los ópalos vivos, pero se cuidaban mucho de dar a cambio cualquier artefacto que pudiese acelerar demasiado la evolución de la industria local. Nada de tecnología avanzada: si los darbaneses querían naves espaciales tendrían que espabilarse para construíselas ellos mismos. Pero, sobre todo, nada de armas sofisticadas. A decir verdad, esos navegantes no hubiesen tenido ningún reparo en dejarles caer algún láser de mano o algo parecido a los nativos; pero el Gran Gobernador de Barkara (la nación que, al conseguir producir relativamente pronto vehículos aéreos y armas de fuego, había establecido una soberanía *de facto* sobre todo el planeta) se aseguró bien de que no se importara nada contrario a los reglamentos. Una situación similar, quizás, a la que se dio en la Tierra hace varios siglos, cuando los shoguns japoneses y sus samurais se interesaron por los mosquetes y los cañones que, de pasar a manos equivocadas, podían significar su caída.

Después murió el Gran Gobernador. Su sucesor dio a entender que estaría dispuesto a permitir que Darban se uniera a la Federación de los Mundos y a llevarse todos los beneficios que se recogieran de allí en adelante. El problema era a qué Federación unirse. ¿A nuestra Federación Interestelar? ¿A la Hegemonía Hallichek? ¿A la Colmena Galáctica Shaara?

Nuestra gente de Inteligencia, por una vez, se portó como debía. Nos informaron que los shaara habían enviado una nave de guerra de gran tamaño a Darban, y el capitán tenía plenos poderes para negociar con el Gran Gobernador. Los hallicheki habían hecho lo mismo. Y a nuestros amos y señores —¡como siempre!— los habían cogido con los pantalones bajados. Esto sucedió durante la Confrontación Waverley y, por lo tanto, en la Base Lindisfarne no había ninguna nave de guerra importante. Lo más increíble fue que la única nave espacial disponible era mi pequeña *Culebra*, y la pobre tampoco estaba en muy buen estado. Oh, sí, había naves en Scapa y en la base de Mikasa, pero esas bases estaban muy alejadas de Darban.

El Almirante me mandó llamar y me dijo que tenía que salir de Lindisfarne en cuanto pudiese, o antes, y dirigirme a toda velocidad hacia Darban para establecer y mantener una presencia terrana hasta que algún oficial más avezado pudiese remplazarme. Tenía que informar sobre las acciones de los shaara y de los hallicheki. Tenía que evitar todo tipo de confrontaciones con ellos. Y no podía, no podía, emprender ninguna acción, en ningún momento, sin autorización directa de la base.

Me dijeron que en la *Culebra* viajaría una civil experta en lingüística, una tal señorita Mary Marsden, y que ella me ayudaría en todo lo que fuese necesario.

Lo que me dolió fue que el Almirante dejó muy claro que era por falta de opciones que enviaba a un niño a hacer la tarea de un adulto. Y yo no estaba nada contento de tener a Mary Marsden conmigo. Era una chica bastante guapa... ¡por lo poco que dejaba ver!, pero era demasiado. Perteneía a una de esas sectas religiosas puritanas que florecían en San Francisco (y San Francisco, ya sabe, es un caldo de cultivo para esos locos religiosos). Mary se tomaba muy en serio su religión. Insistió en mantener su estado de civil porque no aceptaba ponerse las faldas cortas reglamentarias que llevaban las chicas del Servicio de Reconocimiento. Llevaba siempre vestidos de faldas largas, mangas largas y cuello alto, y un gorro sobre los cabellos castaños. No fumaba, ni siquiera tabaco, y leche era lo más fuerte que bebía.

Y sin embargo, por lo poco que dejaba ver, era una chica muy bonita. Tenía ojos verdes, una piel pálida pero saludable, una nariz recta que de haber tenido un milímetro más hubiese sido demasiado larga, una boca grande y carnosa que no tenía necesidad de colores artificiales, una mandíbula firme y más bien cuadrada. Buenos dientes, que le servían para cuando era el turno en la cocina de Beadle, mi primer alférez. Beadle tenía pasión por las empanadas pero las masas siempre le salían más duras que el cemento.

Bueno, salimos de la Base Lindisfarne. Fijamos la trayectoria a Darban. Y a mitad de camino perdimos por completo la comunicación. En lo que respecta a la radio Carlotti de espacio profundo, no podía echarle las culpas a Slovtny, mi radiotelegrafista. Los técnicos de la base, en su apuro por prepararlo todo rápido, no habían reemplazado las piezas que se habían gastado. Cuando explotan dos placas de circuitos, no hay nada que hacer.

Spooky Deane, mi oficial de comunicaciones psiónicas, era el culpable por los defectos de *su* departamento. Como seguramente sabe, ningún telépata, por más eficaz que sea puede transmitir sus pensamientos a través de años luz sin la ayuda de un amplificador. El amplificador que se usa normalmente es el cerebro de ese animal tan telepático que es el perro terrano. El cerebro se saca del craneo del desventurado animal y se mete en un tanque de solución nutritiva con todos los sistemas necesarios para mantenerlo con vida. Los OCP son gente solitaria; tienden a considerarse como los únicos verdaderamente humanos en naves atiborradas de subhombres. Miman a esos horribles amplificadores y les hablan telepáticamente. Y, como todos los hombres solitarios, beben.

Lo que sucedió a bordo de la *Culebra* no tuvo nada de original. El OCP se había montado una fiesta privada y había llegado al punto de querer compartir la botella con su mascota. Cuando se echa *gin* puro —o lo que sea— en una solución nutritiva, los resultados son siempre fatales para lo que se esté nutriendo en ese momento.

Así que... ni siquiera el amplificador psiónico. Ni la radio Carlotti de espacio profundo. Ni contactos con la base.

—Y usted, comodoro, ¿no piensa compartir la botella con su mascota?

—Nunca la he considerado como mi mascota, señorita Kelly.

—Tampoco pretendo serlo. Pero ya es hora de hacer una pausa para refrescarse un poco.

Proseguimos camino a Darban (continuó). A decir verdad, estaba más bien contento de haberme quedado incomunicado, sabiendo que ahora tendría que emplear mi propia iniciativa, que no tendría a los Señores Comisarios del Almirantazgo supervisándolo todo y esperando que yo les pidiera permiso hasta para sonarme la nariz. Beadle, mi primer alférez, intentó persuadirme para que volviéramos a Lindisfarne. Beadle era un oficial muy capaz, pero tendía demasiado a tomarse el reglamento del Servicio de Reconocimiento como si fuese la Biblia. (Tiempo después me di cuenta de que si le convenía era capaz de saltarse ese mismo reglamento). Así y todo, era más bien un pesado.

Pero Beadle estaba en minoría. Los otros jóvenes estaban conmigo, todos a favor de seguir adelante. Mary Marsden, haciendo alarde de su condición de civil, permaneció neutral.

Nos pasamos el tiempo empollando sobre Darban, oyendo y mirando las cintas que nos habían puesto a bordo antes de nuestra salida de Lindisfarne. Tuvimos la impresión de que se trataba de un planeta muy agradable, casi como la Tierra, con flora y fauna bastante parecida a la que estábamos acostumbrados a ver. Evolución paralela, digamos. Una raza dominante humanoide —no humana— de bípedos peludos que podrían haber pasado, con poca luz, por monos con cabezas de gatos. Civilizados, con un nivel de tecnología parecido al de la Tierra durante el siglo XIX, poco más o menos. Motores a vapor. Ferrocarriles. Electricidad y telégrafo eléctrico. Naves aéreas. Armas de fuego. Una nación —que con el dominio del aire y un monopolio de comunicaciones telegráficas— era *de facto* la que gobernaba todo el planeta.

El puerto espacial, tal como estaba, consistía en una serie de claros en un gran bosque a unos kilómetros al sur de Barkara, la capital de Bandooran. Bandooran era, por supuesto, la nación más desarrollada, la que imponía sus deseos sobre todo Darban. Los aterrizajes en otro lugar estaban... desaconsejados. Los de la Línea Perro Estelar intentaron una vez adelantarse a la competencia y ordenaron a uno de sus capitanes que descendiese cerca de una ciudad llamada Droobar y que estableciese una estación comercial para la Línea Perro Estelar. La noticia debió de ser telegrafiada a Barkara inmediatamente. Un par de dirigibles aparecieron por allí y arrojaron huevos incendiarios sobre la ciudad. Los concejales que sobrevivieron le rogaron al capitán del Perro Estelar que se fuera con su nave a otra parte. También, según nuestras cintas, esta Línea tuvo que pagar una multa muy alta al Gran Consejo de la Federación Interestelar.

Pero el puerto espacial... claros, como ya he dicho, en el bosque. Las naves

aéreas del lugar solían recoger los cargamentos que llegaban y entregar tanques de «ópalos vivos» a las naves espaciales. No había control de espacio aéreo, por supuesto. El tráfico que llegaba entraba sin anunciarse. Sin anunciarse oficialmente, quiero decir. Como sabrá, la propulsión por inercia no es lo más silencioso inventado por el hombre. Todos en Barkara y en varios kilómetros a la redonda sabían cuándo estaba por llegar una nave espacial.

Por fin llegamos, una mañana hermosa y soleada. Después de una órbita preliminar logramos identificar Barkara sin ninguna dificultad. El bosque estaba allí, justo donde figuraba en nuestros mapas. Había unos agujeros extraños y circulares en la masa verde, éstos eran los claros. En dos de ellos se veía el resplandor de metales. Cuando perdimos altitud pudimos identificar una nave shaara (es extraño, ¿no?, que sus naves siempre tengan la forma de colmenas gigantes) y un típico huevo hallicheki, plateado y apoyado en una especie de huevera enrejada.

Llegamos temprano; todavía no habían salido ninguno de los shaara ni de los hallicheki, aunque el ruido de nuestras máquinas los debería de haber alertado. Situé la *Culebra* lo más lejos posible de las otras dos naves. Desde mi oficina de control veía sus redondeadas proas por encima de las copas de los árboles.

Bajamos a la cabina de oficiales para desayunar y dejamos a Slovtorny para que disfrutara solo de su comida dentro de la cabina de control; nos tenía que avisar si se acercaba alguien mientras comíamos. El timbre sonó justo cuando íbamos por las tostadas con mermelada. Subí inmediatamente. Pero las autoridades locales todavía no se habían dignado a tomarnos en cuenta. La nave que se nos acercó era un dirigible shaara y no una de las rígidas estructuras darbanesas. Y luego aparecieron tres hallicheki, que despreciando toda ayuda mecánica volaban con sus propias alas. Una de esas horribles criaturas vació sus intestinos cuando estaba casi sobre nosotros y dejó una salpicadura inmundada en una de mis ventanas.

Después de un tiempo llegaron los darbaneses. La nave era del tipo Zeppelin; el material que la recubría había sido tensado sobre una estructura de madera o de metal. Quedó suspendido sobre el claro con los motores encendidos para compensar el efecto de la brisa. El capitán conocía muy bien su oficio. Bajaron una caja de la góndola; antes de tocar tierra saltó de ella una figura y la nave aérea salió disparada como un cohete después de la pérdida de peso. Me pregunté qué hubiese sucedido si la caja se hubiese quedado atascada en alguna parte antes de que la levantaran, pero no tenía por qué preocuparme. Como ya he dicho, el capitán de aquella aeronave era un experto.

Bajamos hasta la esclusa de aire. La atravesamos y pasamos de nuestra atmósfera a otra que, al principio, nos pareció como una sopa. Pero era bastante respirable. Mary Marsden, como lingüista del grupo, vino conmigo. No lograba entender cómo podía ir tapada hasta las cejas en una mañana tan hermosa como aquélla. A mí ya me parecían demasiado la camisa del uniforme y los pantalones cortos en un día tan caluroso.

El nativo nos miró. Nosotros le devolvimos la mirada. Estaba vestido con una bata verde pálido que le llegaba a media pierna y que le dejaba los brazos al descubierto. Una excelente colección de insignias de bronce brillantes le colgaban del pecho y de las hombreras. Nos saludó alzando una mano de tres dedos hasta el pecho, con las palmas hacia afuera. Su enorme boca se abrió en lo que deseé que fuera una sonrisa, para dejar al descubierto unos dientes puntiagudos y amarillos que contrastaban con la piel negra que le cubría la cara.

Preguntó en un inglés estándar bastante pasable:

—¿Usted es capitán?

Le dije que sí.

—Saludos traigo del Gran Gobernador —dijo. Luego añadió, afirmando más que preguntando—: No viene en comercio.

Así que a nosotros —o a una nave de guerra de la Federación, al menos— nos esperaban. Y la *Culebra*, por más pequeña que fuera no podía pasar por una nave comercial. Demasiados cañones para un tonelaje tan pequeño.

—Así que emisarios —prosiguió—. Como los... —Hizo un gesto con la mano en la dirección en donde estaban amarradas las otras naves—... los shaara, los hallicheki. Por favor, acudan reunión preparada para esta mañana. —Sacó un reloj grande y gordo de uno de los bolsillos—. En cuarenta y cinco minutos desde ahora.

Mientras se producía este intercambio Mary se iba poniendo cada vez más roja. Estaba allí como experta en lingüística y parecía que nadie iba a necesitar de sus servicios. Escuchó en silencio mientras se completaban los trámites. Tendríamos que dirigirnos a la ciudad en mi bote, con el mensajero del Gobernador haciéndonos de piloto; piloto en el sentido náutico de la palabra, es decir, me ayudaría con sus conocimientos del lugar.

Todos volvimos a bordo de la *Culebra*. El mensajero me aseguró que no era preciso ajustar la presión interna a sus necesidades; ya había estado muchas veces a bordo de naves de otros mundos y también él era un hombre del aire.

Decidí que no había tiempo para ponerme el uniforme, así que tuve que conformarme con colgarme mis miniaturas —dos medallas por buena asistencia y la Estrella de Conducta Distinguida que me dieron en la Batalla de Dartura— en el lado izquierdo de la camisa; me ceñí el cinturón, con la espada en su funda bordada en oro. Mientras me preparaba, Mary le sirvió café y bizcochos al mensajero en el comedor de oficiales (más tarde me dijo que el inglés que él hablaba era mucho mejor que el darbanés que ella sabía), y Beadle y Dalglish, el ingeniero, sacaron el bote y lo bajaron por la rampa hasta el suelo.

Mary vendría conmigo a la ciudad y también Spooky Deane; un telépata entrenado a veces resulta más útil que un lingüista. Subimos al bote. Era obvio que nuestro nuevo amigo estaba acostumbrado a este tipo de transporte; seguramente habría subido muchas veces a embarcaciones auxiliares de las naves comerciales. Se sentó a mi lado para darme instrucciones. Mary y Spooky se sentaron detrás.

En el vuelo a la ciudad —casas de ladrillos rojos y techos grises en las afueras y torres cilíndricas también de ladrillos rojos en el centro— vimos a los shaara y a los hallicheki volando delante de nosotros. Una Reina Capitana, pensé, usando mis binoculares, con una princesa y una escolta de zánganos. Una Líder de Nido hallicheki acompañada de dos hembras flacas y feas como ella. Los shaara no usaban sus dirigibles y los hallicheki consideraban que no era digno de ellos utilizar formas mecánicas de vuelo dentro de la atmósfera. Eso hacía de nosotros los únicos seres sin alas.

Reduje la velocidad un poco para dejar que la oposición aterrizara sobre el techo de una de las torres más pequeñas. Después de todo, eran oficiales que ostentaban rangos equivalentes a los de capitán de cuarto grado, como mínimo, en el Servicio de Reconocimiento, y yo no era más que un alférez, de autoridad inexistente. Descendí lentamente sobre las calles de la ciudad. Afuera se notaba un cierto movimiento, se veía peatones y algunos coches, animales de patas enormes y de vez en cuando algún carruaje a vapor. Algunos paseantes levantaban sus caras cubiertas de pelos negros y nos miraban. Uno o dos nos saludaron con las manos.

Cuando tocamos el techo de la torre, los shaara y los hallicheki ya se habían retirado, pero había media docena de guardias azules esperándonos. Nos saludaron. Uno de ellos nos llevó hasta una especie de cobertizo que, de hecho, apenas si servía de alero al rellano. Los escalones en sí eran... raros. Estaban diseñados, por supuesto, para el tamaño y las articulaciones de las piernas de un darbanés medio, que no tiene nada que ver con nosotros. Por suerte, la Cámara del Consejo se encontraba sólo dos escalones más abajo.

Era una habitación grande, ovalada a excepción de las curvaturas de las dos paredes del fondo, en donde había dos ventanas altas. Había una mesa enorme y larga en cuyo extremo se veía una especie de trono ornado en donde estaba sentado el Gran Gobernador. Era un poco más pequeño que la mayor parte de sus compatriotas, pero esto quedaba compensado por la riqueza de sus ropas. Su bata era de un material parecido al terciopelo, de color rojo, con las insignias de su cargo bordadas en oro.

Permaneció sentado, pero inclinó la cabeza en nuestra dirección. Dijo (después me enteré de que éstas eran las únicas palabras que sabía en inglés; seguro que las había aprendido de algún capitán extranjero):

—Pasad; ésta es la Sala de la Libertad. Podéis escupir sobre la alfombra y llamar cabrón al gato.

—Ya me parecía —dijo Kitty Kelly con frialdad— que no tardaría en soltarlo.

—Lo dijo él, no yo. Tengo que usar ese saludo de bienvenida una vez en cada historia. Es una de mis condiciones.

¿Qué estaba diciendo (continuó) antes de que me interrumpiera? Oh, sí. La Cámara del Consejo con el Gran Gobernador vestido como un árbol de Navidad.

Varios ministros y otros famosos, no tan bien vestidos como su jefe. Todos hombres, descubrí más tarde, excepto la mujer del Gobernador, que estaba sentada a la derecha de su marido. Tenían caracteres sexuales secundarios, por supuesto, pero eran tan leves que para alguien de afuera no era fácil reconocerlos. Para mí, ella (y no sabía que fuese «ella») era un darbanés más.

Pero el otro sexo estaba muy bien representado. Estaba la Reina Capitana, con sus alas iridiscentes dobladas a la espalda y la piel del tórax de terciopelo marrón casi oculta por las brillantes joyas, condecoraciones de su alto rango. Estaba la princesa shaara, menos decorada pero más elegante que su señora. Estaba la Líder del Nido, que no tenía nada del esplendor de la Reina Capitana. No había en ella nada hermoso. El plumaje era pardo y sucio, los talones de las «manos» a la altura de la articulación de las alas estaban sin pulir. No llevaba ninguna insignia brillante, sólo una banda ancha de plástico barato, de color amarillo, alrededor del cuello. Y, sin embargo, tenía un aire de dignidad y un pico cruel que recordaba más al de un ave de rapiña que al de un ave de corral (que era lo que parecía). Dos oficiales gallinas la secundaban, tan pardos como ella.

Y por supuesto, allí estaba también Mary, casi tan monótona como los hallicheki.

El Gobernador comenzó con su perorata, sirviéndose de un intérprete. Me alegré al descubrir que la lengua que usarían sería el inglés estándar. Era lógico, claro. El inglés es la lengua común del espacio como lo había sido en el mar, allá en la Tierra. Y como la mayoría de los vehículos que aterrizaban en Darban eran de bandera terrana, los mercaderes locales y los oficiales habían aprendido inglés.

El Gobernador, a través de su portavoz, nos dio la bienvenida. Dijo que estaba contento de que la Tierra Imperial hubiese enviado sus representantes, aunque con demora, a aquel encuentro de culturas. Bla, bla, bla, bla. Había acordado con los representantes del Gran Poder Espacial que sería mejor que se estableciera algún tipo de base permanente en Darban. Pero... se otorgaría el privilegio de establecer residencia en el planeta sólo a los que demostrasen capacidad para adaptarse, para mezclarse... (Aquí el intérprete tuvo problemas en transmitir la idea, pero al final lo consiguió). Los darbaneses, nos dijo el Gobernador, eran gente amante de los deportes, y en Barkara había un deporte muy popular. Las carreras. Siguiendo con la tradición darbanesa, el Tratado se haría con el que pudiese probar su maestría en una competición de esa naturaleza...

—¿Carreras? —susurré. En una carrera a pie seguro que hubiésemos podido ganarles a los shaara y a los hallicheki, pero intuía que no se trataría de una carrera a pie. ¿Carreras de caballos o su equivalente? Eso tampoco parecía posible.

—Carreras de globos —murmuró Spooky Deane, que había estado agitando sus orejas psiónicas.

No me podía imaginar cómo una carrera de globos podía ser un deporte para espectadores, pero las cintas sobre Darban que nos habían dado no eran tan completas como suponíamos. Pronto lo descubrimos.

—¿Carrera de globos? —preguntó Kitty Kelly—. Para los espectadores debe de ser tan entretenido como mirar crecer la hierba.

—Le aseguro que aquella carrera de globos no fue así —dijo Grimes.

Los globos darbaneses (continuó) eran aeronaves ingeniosas: dirigibles mediante la fuerza de gravedad. Algo muy parecido fue inventado en la Tierra, por cierto, por un tal Adams en el siglo XIX. Aunque funcionó bien, la aeronave de Adams nunca llegó a nada, comercialmente hablando. Pero funcionar, funcionaba. La idea era que la cosa se movería por subidas y caladas vertiginosas. El recipiente que contenía los receptáculos del gas tenía una superficie planeante, y la altura del chisme se controlaba por un cambio de pesos en la barquilla... de lastre, los cuerpos de la tripulación. Al principio, la fuerza de sustentación positiva se conseguía tirando lastre, y el aparato iba hacia arriba. Luego, cuando se dejaba escapar gas se producía una fuerza de sustentación negativa y el consiguiente planeamiento hacia abajo. Tarde o temprano se acababa el gas o el lastre. Con eso también se acababa la historia.

Recordé la aeronave de Adams mientras el intérprete se esmeraba en explicarnos en qué consistía la carrera de globos. Se me ocurrió que era un caso maravilloso de evolución mecánica paralela; en dos mundos separados por años luz.

La Reina Capitana aceptó la idea con rapidez; después de todo, los shaara *saben* de aeronaves. Su acuerdo, aunque lo diera a conocer a través de su caja de voz artificial, sonaba más entusiasta que otra cosa. La Líder del Nido tardó un poco en decidirse, pero al final graznó un sí. Si no hubiese sido porque yo quería participar en la competición, me hubiesen ganado por mayoría a la hora de votar.

Después de eso hubo una fiesta, con bebidas y cosas dulces y saladas para picar. Los shaara comieron como cerdos, sobre todo caramelos y un licor pegajoso. Spooky Deane arremetió con algo que parecía *gin*. Yo encontré una especie de cerveza que no estaba demasiado mal a pesar de que la servían caliente, con unas salchichitas picantes que parecían papel secante. Mary, que parecía estar disfrutando de los dulces, bebía sólo agua. Evidentemente, nuestros anfitriones también pensaban que era extraña, casi tan extraña como los hallicheki, que, aunque bebieran agua, no comían nada.

Esos avíanos son gente *horrible*. No tienen ningún vicio compensatorio, y cuando se trata de vicios *vicios*, lo suyo es la crueldad.

La idea que tienen de un banquete es la de una disputa a gritos sobre una mesa repleta de mamíferos pequeños, vivos pero inmóviles (les cortan el tendón de la corva antes del banquete para que no puedan ni salir corriendo ni luchar), y ellos los descuartizan con esos horribles picos que tienen.

Al cabo de un tiempo se terminó la fiesta. La Líder del Nido y sus oficiales fueron los primeros en partir, ansiosos por volver a sus naves para comerse un sabroso plato de gusanos vivos. Luego se marchó la Reina Capitana y su comitiva. No parecían

encontrarse muy bien. Todavía estaban en el techo cuando Mary y yo conseguimos llevarnos entre los dos a Spooky Deane escaleras arriba hasta el bote.

Ninguno de los nativos nos ofreció ayuda. En Barban se considera de mala educación llamar la atención sobre un invitado porque no está sobrio.

Dijimos adiós a los oficiales y al intérprete, que vinieron a despedirnos. Subimos a nuestro bote y despegamos. De regreso a la *Culebra*, nos cruzamos con el convertible shaara que venía a buscar a la Reina Capitana. No me sorprendió. Si hubiesen intentado despegar del techo en el estado en que estaban, hubiesen terminado como una masa informe en el empedrado debajo de la torre.

Yo me alegraba de volver al fin a la nave a descansar un rato. Spooky estaba profundamente dormido cuando aterricé junto a la primera esclusa de aire. Mary nos miraba a los dos con cara de asco.

—*Yo en cambio no soy abstemia* —dijo Kitty Kelly.

—*Sírvase lo que quiera. Y llene mi vaso, ya que está en ello.*

A la mañana siguiente (continuó después de un largo trago), temprano, llegó una aeronave rígida con dos globos de carreras y un instructor. Nuestro entrenador era un nativo joven llamado Robiliyi. Hablaba muy bien inglés; de hecho, era estudiante en la Universidad de Barkara. Estudiaba Lenguas de Otros Mundos. Era también un famoso *jockey amateur* de globos y había ganado varios premios. Bajo su supervisión montamos uno de los globos y lo inflamamos con los cilindros de hidrógeno que habían traído de la ciudad. Imagínese un enorme colchón de aire con una barquilla frágil, de mimbre, colgada debajo. Ése era más o menos el aspecto que tenía. El único control de la superficie planeadora era un enorme timón situado a popa de la cabina. Había dos cañas de timón, una delante y otra detrás.

Dagleish inspeccionó la aeronave, que estaba amarrada por cables y asegurada por unas clavijas de metal clavadas en la tierra. Dijo:

—No me hace ninguna gracia todo esto de las válvulas de gas. ¿Sabes cómo controlan los shaara la flotabilidad de los dirigibles?

Dije que sí.

Dijo que podríamos modificar uno de los globos (el que usaríamos en la carrera) para ahorrarnos el tener que soltar gas para el planeamiento en descenso. Inspeccioné con cuidado el material y le dije que no me parecía que el entramado de los receptáculos de gas pudiese resistir la tensión de estar comprimido en una red. Dijo que tampoco a él le parecía. *No hay escapatoria*, pensé. ¡Qué pena! Luego prosiguió contándome que en los depósitos de nuestra nave había una pieza de tela plástica que, hacía mucho tiempo, había formado parte de un cargamento urgente de suministros para el Servicio de Reconocimiento, en la base de Zephyria, un mundo famoso por los violentos temporales. (El que le dio ese nombre a ese planeta, tenía un sentido del humor muy agudo). El material era para hacer arreglos de emergencia en las cúpulas

de la base, que estaban siempre rotas por piedras y otras cosas que arrastraba el viento. Cuando la *Culebra* llegó a Zephyria me encontré con que a alguien se le había encendido por fin la bombillita y había puesto todo bajo tierra. Como siempre, no había habido coordinación entre los departamentos y nadie me había dicho que el plástico era ya innecesario.

En cualquier caso, Dalglish pensó que podría hacer receptáculos de gas de esa cosa. Dijo que seguramente los shaara también alterarían su globo y emplearían esa seda tan resistente con la que hacían las células de gas de sus dirigibles.

Le pregunté a Robiliyi qué pensaba de todo aquello. Me dijo que no habría problemas en emplear otro equipo, siempre y cuando fuese manual.

Dalglish se puso a conferenciar en secreto con él. Al final decidieron: que sólo se tenía que comprimir las tres células de gas centrales, parecidas a una salchicha, para producir una fuerza de suspensión negativa; que también era aconsejable remplazar el marco de mimbre que envolvía el «colchón» por otro de metal liviano pero rígido; que también sería necesario poner una lona de plástico sobre el montaje de las células de gas para mantener la superficie de planeamiento en perfectas condiciones.

Luego llegó el momento de mi primera lección. Dejé a Dalglish y a los otros para que siguieran con los trabajos en el globo —todavía sin montar— y seguí a Robiliyi hacia la endeble barquilla del artefacto que ya estaba listo para usar. Los mimbres chirriaron bajo mi peso. Me senté, con mucho cuidado, en medio de la cabina y traté de no molestar. Robiliyi comenzó a sacar arena de una de las bolsas de lastre y la dejó caer fuera. El fondo de la cabina se despegó del suelo húmedo, pero el globo permanecía todavía amarrado por sogas, dos a popa y dos a estribor. Robiliyi empezó a correr como un gato de una punta a la otra de la cabina, arrancando las clavijas del suelo con gestos expertos. Despegamos, y ascendimos verticalmente. Miré hacia abajo y vi las caras de mis compañeros. *Mejor que sea él y no nosotros*, parecían estar pensando. Llegamos a la altura de las copas de los árboles, y poco después sobre los árboles, siempre ascendiendo. Robiliyi salió corriendo hacia la parte trasera del aparato y me dijo que lo siguiera. Cogió la caña del timón de popa. La plataforma se inclinó y, arriba, la estructura de células de gas hizo lo mismo, ofreciendo al aire un plano inclinado. Nos deslizábamos a través de la atmósfera en un ángulo increíble. No estaba seguro si la experiencia me gustaba o no. Allá en la Tierra, siempre me habían gustado los globos, pero las barquillas de los globos de aire caliente en los que había volado eran mucho más seguras que aquella canasta desvencijada. En la cabina no había nada que se pareciese a un altímetro; no había ni un solo instrumento. Deseé que en alguna parte del tejido de las células de gas hubiese una válvula de escape que se pondría en funcionamiento si llegábamos muy alto. Pero ¿cuánto era muy alto? Noté que la capa inferior del globo, arrugada al despegar, estaba ahora tensa. Robiliyi gritó:

—¡A la parte de adelante! ¡La parte de adelante!

Corrimos hacia adelante. Tiró de un acollador que colgaba; hubo un silbido audible del gas que se escapaba por arriba. Giró la caña del timón y empezamos a bajar en picado. Las copas de los árboles, que hasta ahora nos habían parecido tan lejanas, se nos acercaron peligrosamente. Y se veía el claro de donde habíamos salido, con la *Culebra* en el centro, de plata brillante a la luz del sol. Pero todavía no era el momento de descender. Cambiamos los pesos, tiramos lastre, planeamos. Empecé a notarle un cierto gusto, a pasármelo bien. Robiliyi me dejó empuñar la caña del timón para que pudiese sentir la nave. Me sorprendió lo fácil que era manejarla.

No volvimos a tierra hasta tirar todo el lastre. Le pregunté qué había que hacer si, por alguna razón, queríamos volver a subir de urgencia después de haber dejado escapar el gas. Hizo una mueca, se quitó la túnica e hizo un gesto como para tirarla fuera de borda. Volvió a hacer una mueca que dejó al descubierto todos sus dientes amarillos y filosos.

—Y si eso no basta —dijo— siempre quedan los acompañantes...

Descendimos poco después. Robiliyi volvió a inflar las células de gas vacías con una de las botellas mientras Beadle y Spooky recogían arena para lastre en la orilla de un arroyo cercano.

A continuación le llegó el turno a Mary para su entrenamiento.

—¿Mary? ¿Ella fue su ayudante, su copiloto en la carrera?

—Sí.

—Yo creía que usted era uno de esos machistas...

—¿Sí? Bueno, la verdad, hubiese preferido que viniese uno de mis oficiales, pero Mary se ofreció como voluntaria y estaba mucho mejor capacitada que cualquiera de ellos. Aparte de mí, era la única en la *Culebra* que tenía experiencia en ese tipo de aeronaves. Parece ser que en la secta a la que pertenecía practicaban mucho la navegación en globo. Tenía algo que ver con su religión, aquello de «... más cerca de Ti, oh Dios mío» y todo eso.

Bueno (prosiguió) nos entrenamos en el globo que Dalglish había modificado y en el que nos habían mandado. ¿Las modificaciones? Oh, bastante simples. La manivela de un molinillo de café, un arreglo de correas que comprimía las tres células de gas centrales y longitudinales. Nos entrenábamos en el globo modificado en secreto, volando sólo sobre un circuito que se parecía mucho al circuito triangular y oficial de la carrera. El globo sin modificar lo usábamos sobre la verdadera pista. Los shaara y los hallicheki hacían otro tanto en una nave que no parecía haber sufrido ninguna modificación. Sospechaba que estarían haciendo lo mismo que nosotros: mantener otro aparato escondido hasta el Gran Día. Sin duda habían modificado sus globos igual que nosotros; después de todo, habíamos tomado la idea de los shaara. ¿Y los hallicheki? No nos lo podíamos ni imaginar.

Nos entrenamos una y otra vez. Al principio Robiliyi salía con Mary o conmigo. Luego salimos Mary y yo. Tengo que admitir que era una muy buena copiloto. Y me parecía que cada vez se volvía menos intocable. En la estrecha barquilla, el contacto físico era difícil de evitar.

Y así llegó el momento esperado y nos encontramos más o menos preparados para la carrera. La víspera del Gran Día llevamos los tres globos participantes al aeropuerto. Los shaara remolcaron el suyo con uno de sus dirigibles; estaba totalmente tapado por una especie de diáfano capullo. Los hallicheki remolcaron su globo sin necesidad de aparatos: cuatro hembras enormes tiraban de él. No ocultaban nada. Empujamos el nuestro. Estaba envuelto en una lona de plástico ligero.

Se llevaron los globos a un gran hangar para que los jueces los inspeccionaran. Robiliyi me contó, tiempo después, que la Líder del Nido había insinuado que los shaara y nosotros habíamos instalado unidades de propulsión por inercia y las hacíamos pasar por simples manivelas. (Ése era el tipo de cosa que ellos hubiesen hecho si hubiesen pensado que podía pasar desapercibida).

Todos regresamos a nuestras naves. No sé cómo pasarían la noche los hallicheki y los shaara, pero nosotros cenamos y nos fuimos a la cama temprano. Yo me tomé una buena copa para poder dormir mejor. Mary, como siempre, se tomó su vaso de leche tibia.

A la mañana siguiente volvimos al aeropuerto. Era un día templado. Yo llevaba mi uniforme de camisa y pantalones cortos pero pensaba quitarme la gorra, los zapatos y los calcetines largos antes de subir a la barquilla del globo. Mary estaba vestida —siempre fiel a sus extrañas creencias— adecuadamente, pero lo que llevaba era un poco más sugestivo que el consabido vestido de mangas largas, cuello alto y falda larga; llevaba algo que ponía un poco más en relieve el hecho de que pertenecía, después de todo, al grupo de los bípedos. Era un vestido con capucha, de mangas largas y todo entero, con las piernas terminadas en zapatos muy suaves. Era tan acolchado que resultaba casi imposible definir las formas del cuerpo que había debajo.

El joven Robiliyi nos esperaba en el aeropuerto montando guardia al lado de nuestro globo verde y dorado. Muy cerca estaba la entrada de los shaara. Sus colores eran azul con manchas naranjas. La tripulación shaara permanecía de pie junto a su globo; el piloto, un zángano enjoyado y el copiloto, una fuerte obrera. A continuación estaban los hallicheki, dos oficiales a juzgar por las bandas de plástico alrededor de sus cuellos flacos. Su globo era de color marrón.

De pie, a unos metros de la línea de salida, estaban sentados el Gobernador y su comitiva. Estaban con él la Reina Capitana y la Líder del Nido con sus oficiales. Los jueces se encontraban ya a bordo de la navecita rígida que, todavía amarrada, esperaba para despegar en cuanto se iniciara la carrera. Volaría sobre el circuito con nosotros y sus tripulantes estarían alerta ante cualquier infracción a las reglas que pudiésemos cometer.

Dos empleados del aeropuerto empujaron un carruaje sobre el que estaba montado un cañoncito de bronce muy lustrado: el arma que indicaría la salida. Me quité los zapatos y los calcetines y se los di, junto con la gorra, a Robiliyi. Subí a la barquilla y ocupé mi lugar a popa. Mary me siguió y se situó en el medio. Soltó el freno. Las células de gas crujieron al expandirse; ahora sólo nos ataban las cuerdas de amarre, tensas, a proa y a popa. Miré a los otros. Los shaara también estaban preparados. Los hallicheki acababan de tirar el lastre inicial.

Uno de los del cañón tiró de una cuerda. Hubo una explosión y se vio una gran llama anaranjada y una nube de humo blanco sucio. Arranqué las dos amarras de popa de las clavijas de hierro. Mary hizo lo mismo a proa, pero una fracción de segundo más tarde; bastó para que no fuese un buen comienzo. Tendríamos que haber soltado primero las amarras de proa para conseguir que despegara antes la parte delantera. Mary corrió a popa para redistribuir el peso, pero los shaara y los hallicheki, planeando hacia arriba con creciente velocidad, ya nos habían adelantado.

Casi en línea recta debajo de nosotros estaba la Avenida del Aeropuerto y, a poca distancia, el ferrocarril a Brinn con la Autopista Brinn paralela a él. Recuerdo que las vías brillaban como si fuesen de plata a la luz del sol. Hacia el norte, lejos pero ya por debajo del horizonte, se veía el Montículo de Cardan, una colina de formas redondeadas con otras, menos redondeadas, a su alrededor. Tendríamos que pasar hacia el oeste y al norte de ellas antes de girar hacia el sur, hacia la Torre Porgidor.

Los shaara y los hallicheki corrían parejos, siempre ascendiendo. Nosotros seguíamos retrasándonos. Metí las sogas de amarre que colgaban fuera hacia adentro para reducir la resistencia. Quizás produjeron alguna diferencia, pero no fue grande. Delante de nosotros, el globo shaara alcanzó su máxima altura, comprimió el gas y comenzó el primer deslizamiento hacia abajo. Un segundo o dos más tarde, los hallicheki redujeron la fuerza de sustentación para seguirlos. Miré hacia arriba. La parte inferior de la lona que protegía las células de gas estaba todavía arrugada; todavía nos faltaba subir un poco más.

Desaparecieron las últimas arrugas. Le dije a Mary que comprimiera. Los trinquetes chasquearon con toda su fuerza cuando giró la manivela. Luego corrimos a la parte delantera de la barquilla. Cogí la caña del timón delantero. Empezamos a descender, cada vez más rápido. Las granjas y los animales que pastaban en los campos iban perdiendo poco a poco su aspecto de juguetes, a medida que nos acercábamos al suelo. Nos dirigíamos en línea recta hacia una bestia que tenía todo el aspecto de una vaca acorazada. Levantó la cabeza para mirarnos con estúpida sorpresa.

No quería golpearla. Corrí, me arrastré a popa mientras Mary soltaba el freno. Empezamos a ascender con suavidad para alivio, imagino, del sorprendido herbívoro. Miré hacia adelante. Nuestros rivales se encontraban ya en su segundo movimiento hacia arriba; los hallicheki iban subiendo mucho más rápidos que los shaara. Pero saber aprovecharse de las corrientes de aire es un arte que todos los pájaros aprenden

en cuanto son capaces de volar. Pensé que habría una importante corriente ascendente proveniente del ferrocarril y de la Autopista Brinn, con toda su superficie negra. Pero cuanto más arriba se fueran los hallicheki, más gas tendrían que usar, y si no tenían cuidado perderían toda la fuerza de suspensión antes de completar el circuito.

Los shaara alcanzaron su punto de máxima altura y empezaron a planear hacia abajo. Los hallicheki seguían subiendo, ganando altura pero perdiendo terreno. No entendía por qué no empezaban a descender. Luego vi que, un poco más adelante, los hallicheki estaban soltando gas y empezaban a descender. Me moví a estribor para evitarlos. Eso significaba alargar un poco más la distancia, pero no quería correr el riesgo de una colisión en el aire. Los hallicheki tenían alas y saldrían sanos y salvos. Pero Mary y yo no las teníamos y no hubiésemos podido sobrevivir.

Pero no había peligro de que nos enredásemos con los hallicheki. Habían conseguido una velocidad considerable y descendían sobre el globo shaara como un halcón sobre su presa. Estaban justo sobre ellos y poco después, aunque se encontraban bastante lejos del suelo, volvieron a subir. ¿Les habían fallado los nervios? Esto no parecía encajar con lo que sabía de su psicología. Pero seguro que habían tirado lastre y eso significaba una subida y bajada adicional antes de llegar al Montículo Cardan.

Y ya los estábamos alcanzando.
Pero ¿dónde estaban los shaara?

Mary pareció haber leído mi pensamiento. Dijo:
—Tienen problemas.

Miré lo que me señalaba. Sí. Tenían problemas. Habían perdido altura y la barquilla del globo se había quedado enganchada en las ramas más altas de los árboles. El zángano y la obrera intentaban, en vano, deshacer el enredo afanándose con todos sus miembros a la vez. Habían perdido empuje. Las células de gas con forma de salchicha colgaban inertes, casi desinfladas.

Pero era problema suyo. Seguimos volando, y el Montículo se acercaba cada vez más. Me ceñí a babor para dejar al oeste las colinas. Los hallicheki ya estaban sobrevolando el Montículo; los perdí de vista unos minutos mientras pasaron al norte de las colinas. Luego giré a estribor con un giro cerrado y hacia arriba. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde de que la suave brisa del norte me había empujado hacia la colina; tuve que empuñar el timón con todas mis fuerzas para conseguir mantenerme a barlovento. El piso de la barquilla rozó apenas las ramas de un árbol y hubo una explosión de gritos y chillidos de pequeños reptiles voladores provenientes del follaje. Por suerte, tenían más miedo de nosotros que nosotros de ellos.

Ahora, delante, se veía el ferrocarril a Garardan y la carretera a Garardan. Entre la carretera y el ferrocarril se extendía el río Blord y más allá, al sudeste, veía las

pedras desmoronadas de la Torre Porgidor. Sobre la carretera y el ferrocarril, pensé, habría corrientes de aire caliente, pero sobre el río, que corría helado desde las colinas, tendría que haber corrientes descendentes... Sí, había corrientes de aire caliente. Los hallicheki las estaban aprovechando al máximo y subían como globos. Sí, literalmente. ¿A qué jugaban? ¿Por qué no descendían? Y se mantenían demasiado a estribor, al sur del circuito, yéndose cada vez más lejos; tendrían que volver a babor para ir hacia el noreste de la torre.

Miré a popa. La nave de los jueces nos seguía, observándolo todo. Si los hallicheki intentaban saltarse una esquina los descalificarían.

Dejé la Torre Porgidor a estribor; no entendía a qué estaban jugando los hallicheki, pero sí sabía que yo recorrería la mínima distancia. Y más tarde, cuando me elevaba con las corrientes calientes sobre el ferrocarril, vi que había método en la locura de nuestros rivales. Había más corrientes de aire caliente sobre la central eléctrica en la orilla oeste del río, y entonces fue cuando dejé de verlos.

Ascender, descender, ascender, descender. Comprimir, descomprimir. Nos dolían los músculos de tanto correr agachados de proa a popa en la pequeña superficie de la barquilla. Seguro que era peor para Mary que para mí, con la absurda ropa acolchada y pesada que llevaba. Pero no lo hacíamos nada mal: la búsqueda de una corriente caliente le había costado a los hallicheki su ventaja.

Y luego apareció la Torre Porgidor a estribor, con una turba de espectadores haciendo gestos desde las ruinas. Estábamos en la parte final del recorrido, sobre un terreno de arbustos con las franjas paralelas de la carretera Saarkaar y el ferrocarril delante; detrás de ellas el río una vez más y, más allá, los amarraderos y los hangares del aeropuerto.

Ascender, descender, ascender y descender...

Tomé una de las corrientes calientes y me elevé sobre la carretera y el ferrocarril; con eso conseguí un planeo rápido hacia abajo, sin pérdidas de altitud. Empecé a sentirme muy orgulloso de mí mismo.

Pero ¿dónde estaban los hallicheki?

Ya no se los veía delante. Todo lo que habían ganado con su uso de las corrientes calientes era altura. No se los veía delante ni a los lados y, por cierto, tampoco abajo, donde lo único que había era un vaporcito de ruedas, resoplando estruendosamente río arriba.

Más tarde llegó la corriente descendente que esperábamos y que compensé con descompresión.

De pronto oí un ruido agudo procedente de arriba y vi que caía una lluvia de partículas finas a los lados de la barquilla. ¿Lluvia? ¿Granizo? ¡Pero si el cielo estaba totalmente sereno!

Mary fue más lista y en seguida gritó:

—¡Los hallichekis! ¡Están tirando el lastre sobre nosotros!

No sólo nos arrojaban su lastre, sino que nos habían agujereado las células de gas.

Algunos de aquellos dardos de acero puntiagudo habían atravesado la lona y habían caído en la plataforma de la barquilla. Si hubiesen caído sobre nosotros, también nos hubiesen perforado. Afilados como hojas de afeitar y con puntas de tungsteno (según pude comprobar más tarde). Así que eso era lo que le había sucedido al globo shaara...

—¡Lastre! —grité—. ¡Tira lastre!

Pero ya no nos quedaba nada por tirar. Pensé en los cables de amarre, pero las cuerdas estaban soldadas a las clavijas y éstas a la estructura de la barquilla. Y no tenía un cuchillo. (De acuerdo, ya sé que tendría que haber tenido uno, pero me lo había olvidado). Luego recordé mi primer vuelo con Robiliyi y en lo que me había dicho cuando le pregunté qué se hacía cuando ya no quedaba lastre para tirar. Me quité la camisa y la dejé caer al vacío. No parecía cambiar mucho. Sacrifiqué mis pantalones cortos. Miré hacia arriba. Todas las células estaban pinchadas y tres de ellas tenían toda la apariencia de estar vacías. Pero la superficie que las protegía parecía estar todavía bastante entera. ¡Necesitábamos conseguir un poco de altura para planear hasta la llegada! Olvidándome de la compañía que tenía en ese momento, me quité los calzoncillos y tiré también ese trozo de tela al vacío. Oí que Mary emitía un sonido gutural, algo entre un grito y un jadeo.

La miré. Me miró. Tenía la cara más roja que un tomate. Me di cuenta que me ardían las orejas por solidaridad. Dije:

—Seguimos descendiendo. Tenemos que subir. Pronto.

—¿Está insinuando...? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Es necesario? —preguntó con un hilo de voz.

Le dije que sí.

Creí que me daría un infarto cuando su mano fue hasta el cuello del mono, cuando los dedos se deslizaron sobre el cierre. Se quitó el traje y lo tiró por la borda. La ropa interior era gruesa y no dejaba entrever nada; no obstante vi que el rubor se extendía por la piel del cuello, los hombros y hasta por la diminuta franja de vientre que quedaba al descubierto. *Ya está bien*, iba a decirle, pero no me dio tiempo. Me sorprendió su expresión. En un abrir y cerrar de ojos, el resto de la ropa desapareció por la borda.

Para ser sincero, Mary no hubiese conseguido que alguien la mirara dos veces en una playa nudista; tenía buenas formas, pero nada espectacular. Pero aquello no era una playa nudista. Una mujer desnuda en una situación incongruente parece mucho más desnuda que en la situación apropiada.

Me miró fijo, desafiándome. Había perdido el rubor. Tenía la piel color crema. Me di cuenta que aquello se ponía cada vez más interesante.

—¿Te gusta? —me preguntó. Al principio creí que me estaba hablando de la demostración de *striptease* que acababa de presenciar. Pero prosiguió—: ¡Me encanta! ¡Siempre había querido probarlo, pero no me imaginaba cómo podría ser!

Sentir el sol y el aire sobre mi piel...

Hubiese querido seguir mirándola. Hubiese querido hacer algo más que mirarla, pero... cada cosa tiene un tiempo y un lugar, y aquél no era el más apropiado. Podría haber sido un lugar ideal en otras circunstancias, pero no durante una carrera que todavía teníamos que terminar.

Con un esfuerzo, aparté los ojos de aquel cuerpo desnudo (oí un ruido como de algo desgarrándose, pero era sólo de una de las rajadas de la tela que se iba ensanchando) y miré a mi alrededor para ver cómo estaban las cosas. El supremo sacrificio de Mary estaba dando resultados. Nos estábamos elevando; muy poco, pero nos elevábamos. Y allí, delante de nosotros, estaban los hallicheki. Las células de gas de su globo estaban desinfladas y arrugadas; habían perdido fuerza de sustentación, inútilmente, durante los ataques a los shaara y a nosotros. Y luego vi que una de aquellas bestias enormes y horribles salía de la barquilla. *Están abandonando la nave*, pensé. Abandonaban la carrera. Luego me di cuenta de lo que estaban haciendo. El que había salido fuera de borda había cogido la baranda delantera de la barquilla con sus patas y estaba aleteando con todas sus fuerzas, arrastrando el globo. ¿Era eso legal o ilegal? No lo sabía. Tendrían que decidirlo los jueces, como tendrían que decidir sobre el empleo de un lastre potencialmente letal. Pero como no habían empleado ningún tipo de maquinaria, todavía era posible que declarasen a los hallicheki vencedores de la carrera.

¿Qué nos quedaba para tirar? Teníamos que ganar altura, pronto, antes del giro final. ¿Y la manivela? Ya no nos servía de nada. Estaba atornillada a la plataforma de la barquilla con unos tornillos que conseguí aflojar sin problemas. Los destornillamos y los tiramos. Quedaban todavía las argollas que sujetaban la candaliza a la tela de compresión. También las tiramos. Me quedé con la manivela como última reserva de lastre.

¿Estábamos ya bastante arriba?

Me dije que sí.

Dejé escapar el gas (por primera y última vez durante el vuelo) y Mary y yo cambiamos nuestros pesos hacia adelante. Descendimos y pasamos al lado del globo de los hallicheki, desinflado y lento. Nosotros conseguíamos avanzar, pero estábamos perdiendo demasiada altura. Tenía que tirar la manivela.

Se insinuó que el hecho de que la tirara justo cuando estábamos encima de los hallicheki fue un acto rencoroso. Dije en mi informe que fue un accidente, que los hallicheki tuvieron la mala suerte de estar en un lugar que no les correspondía, en un momento que no era oportuno. O quizás fuese oportuno. No puedo negar que nos alegramos cuando vimos que la pieza de metal caía sobre el centro mismo del colchón desinflado. Lo rasgó por la mitad y rompió al menos cuatro de las células de gas. La tela se arrugó y se plegó sobre sí misma. Las dos hembras oficiales se afanaban por mantener el globo en el aire, pero hicieron pedazos la tela del globo con sus zarpas mientras agitaban las alas frenéticamente. Entre tanto *nosotros* subíamos

como un cohete.

Los hallicheki abandonaron el intento de mantener el globo en el aire. Lo dejaron ir hacia abajo en un despliegue de trapos rasgados. Se nos estaban acercando. Me di cuenta de que estaban de muy mal humor. Me imaginé aquellas zarpas afiladas y aquellos picos rasgando la tela de nuestro globo y la idea no me hizo ninguna gracia. Mary y yo no teníamos alas. Ni siquiera teníamos paracaídas.

Había llegado el momento del descenso final... si esos malditos seres nos dejaban en paz. No había necesidad de dejar escapar más gas; las rasgaduras en la tela de las células de gas se habían agrandado. Nos situamos en la parte delantera. A popa y sobre nosotros se oía el ronroneo de motores; era la nave de los jueces escoltándonos hacia la línea final. Ahora los hallicheki no podían hacernos nada. Eso deseé. Mis esperanzas se vieron realizadas. Graznaron, rabiosos y malignos, y se alejaron.

Como ya he dicho, se oía el zumbido de los motores de una aeronave y, un poco más distante, el golpeteo irregular de una unidad de propulsión por inercia. Al principio pensé que se trataba de uno de esos bólidos *Culebra* para la atmósfera, dispuesto a prestar ayuda en caso de accidente. Pero por alguna razón, presentí que no era así. El ruido era demasiado agudo. Pero ya tenía suficiente con lo mío como para poder dedicar más tiempo a pensamientos de ese tipo.

Giramos hacia el aeropuerto, directos a la bandera roja sobre la pista marcada para el final. Para entonces parecíamos más un planeador en picado que un globo, pero algo me dijo que lo lograríamos. El fondo de la barquilla rozó las ramas de un árbol (hacer un rodeo era completamente imposible) y con ello se desprendió una parte de la plataforma. Eso nos dio la suspensión extra que necesitábamos. Vimos el cerco que marcaba los límites del aeropuerto. Rozamos la bandera antes de tocar suelo y la derribamos. Antes de que se nos viniera encima la funda desinflada y destrozada, alcanzamos a oír los aplausos del público, el estruendo que producen cientos de manos planas golpeando sobre los muslos.

Nos llevó tiempo salir de abajo de aquella tela. Mientras luchábamos por conseguirlo, estuvimos cerca, muy cerca. Al menos una vez... Bueno, no pasó nada. No pretendo hacer alarde de mi reconocido autocontrol, entiéndame. Llega un momento en la vida en que uno empieza a sentir más remordimientos por los pecados (si *pecados* se pueden llamar) que no cometió que por los que cometió.

Al final, conseguimos salir del enredo. Lo primero que notamos fue que habían cesado los aplausos. Pensé que los nativos estarían sorprendidos por nuestra desnudez, pero cuando me giré para constatarlo vi que estaban mirando algo más allá. El estruendo de los motores de inercia se acercaba cada vez más.

Nosotros también alzamos la mirada. Vimos descender una pinaza, una enorme pinaza, como las que tienen las grandes naves de guerra. Llevaba las marcas del Servicio de Reconocimiento. Alcancé a leer el nombre escrito en letras enormes: ARIES II. La pinaza número dos de *Aries*, una nave de la Clase Constelación que conocía muy bien. Había servido en ella cuando era joven. Todavía en órbita, pensé.

Seguro que aquello era el comité previo al aterrizaje.

La pinaza aterrizó a pocos metros de dónde estábamos Mary y yo. Mejor dicho, de donde yo estaba; Mary trataba en vano de arrancar un trozo de tela para cubrirse. Se abrió la puerta de salida. Descendieron un grupo de oficiales con uniformes azules. El primero era el capitán Daintree. Lo conocía. Era uno de esos típicos amantes de la disciplina, un jefe muy autoritario. Había sido una de las razones por las que no lamenté mi alejamiento del *Aries*.

Nos echó una mirada de fuego. Me reconoció a pesar de mi atuendo no reglamentario. Se quedó allí, duro como un palo, la mano derecha sobre el pomo de la espada. Creo que le hubiese encantado usarla conmigo. En su cara se leía horror, incredulidad, sorpresa y todo lo que se le ocurra.

Al final nos habló; su voz baja nos llegaba claramente a través de la distancia que nos separaba.

—Señor Grimes, corríjame si me equivoco, pero creo que sus instrucciones eran mantener una presencia terrana sobre este planeta hasta que un oficial de rango superior viniese a remplazarle.

Admití que así era.

—Estoy seguro de que no le habían autorizado para abrir un club nudista.

—Pero, señor —le interrumpí—, ¡he ganado la carrera! —Ni siquiera él podía arrebatarme aquel triunfo: ¡Había ganado la carrera!

—¿Y ganó el premio, comodoro? —preguntó Kitty Kelly.

—Claro que sí. Un trofeo muy bonito. Un modelo en oro macizo de un globo de carreras, con la consabida inscripción. Todavía lo tengo en mi casa de Port Forlón.

—No me refería a ese premio. Me refiero al cuerpo bonito. A la inhibida y desnuda señorita Marsden.

—Ya —dijo Grimes—. Dejó de lado sus inhibiciones. Pero yo había perdido mi oportunidad. Tendría que haber golpeado mientras el hierro estaba caliente, antes de que hubiese tenido tiempo de decidirse por Beadle (¡¡Beadle!!). Él recogió los frutos que yo había sembrado, y los siguió recogiendo todo el camino de regreso a la base Lindisfarne. Cuando llegue a mi edad se dará cuenta de que no hay justicia en el universo.

—¿De veras? —dijo ella, casi con dulzura.

Tercera respuesta a Drácula prepara un cóctel

(Viene de aquí)

La descripción dice que la señora Drácula observaba a su esposo a través de un espejo. Como todos los lectores saben, o deberían saber, los vampiros no se reflejan en los espejos.

Lugares para arrastrarse

Margaret St. Clair

La autora lleva escribiendo narraciones de fantasía y ciencia ficción desde hace más de cuarenta años y, aunque poco conocida para los lectores hispanoparlantes, es una destacada representante de la «edad de oro» del género. En este relato se habla de un fascinante viaje de ida y vuelta... en el que es fácil confundir los términos.

—Y esto, dijo el guía con emoción —es la sagrada piedra umbilical, el centro de todo el sistema Ynoriano de adoración al sepulcro, a la serpiente y a los ancestros. Éste es el lugar a donde se traían las serpientes sagradas para su consagración.

La señora Vison lo escuchaba, el ceño un poco fruncido. La sagrada piedra umbilical no parecía ni tan sagrada ni tan impresionante. En verdad, parecía una piedra chata y pequeña sobre la que hubieran derramado un cubo de espuma y luego no se hubiesen preocupado por limpiarla. Pero suponía que habría alguna leyenda para explicar el porqué de la espuma. ¡Dios mío! ¡Qué cantidad de leyendas Jo-Tun había tenido que escuchar! Se lo estaba pasando muy bien. El viaje le costaba demasiado como para no disfrutarlo. *Lo estaba disfrutando*. Sin embargo...

El guía le contó al grupo la leyenda de la espuma. Era tan poco relevante como las otras leyendas que la señora Vison había escuchado. Luego, el grupo continuó hacia el siguiente lugar de interés.

Se trataba de un recinto pequeño con paredes que llegaban hasta la cintura, construidas con una piedra rosácea y cubierta de musgo. Al menos hacía fresco, lo que era bastante decir para Ynor. El guía explicó que estaba consagrado a una divinidad llamada Semihwynti.

La señora Vison trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro mientras el guía continuaba con su conversación. ¡Cómo le dolían los pies! Detestaba andar, siempre lo había detestado. Pero ¿qué era lo que le pasaba? Nadie del grupo parecía cansarse, ni querían hacer un alto ni les dolían los pies. Habían venido a Jo-Tun para ver los monumentos y eran inagotables cuando salían en busca de ellos, con sus máquinas fotográficas y sus películas ultrasensibles, mientras que ella... Ellos tenían lo que buscaban en Jo-Tun y ella no, ése era el quid de la cuestión.

Ella había esperado... bueno, ¿qué era lo que la había llevado a Jo-Tun en primer lugar? Una anticipación de claros llenos de flores, caminatas por bosques perfumados —no, perfumados quizás no— pero con vegetación verde y lujuriosa salpicada de reliquias fascinantes de la antigüedad Jo-Tuniana. La arena que la circundaba sólo haría que el verde fuese más verde. Y ahora el guía decía que el deshielo había sido

pobre en Ynor durante los tres últimos años Jo-Tunianos. De las flores del sendero sólo quedaban semillas, la laguna del arco iris se había secado, y el reflejo del sol en la arena le producía jaqueca.

Aspiró. Oh, no seas tonta, se dijo. Estar aburrida durante el viaje tampoco era tan grave. Le podría haber sucedido algo peor. Los demás parecían estar muy contentos con el viaje.

Sí, pero se suponía que esto tenía que ser un placer. Había tenido que negociar un préstamo impresionante con la sociedad de créditos. Los viajes hiperespaciales eran muy caros. A partir de ahora y durante muchos años, tendría que pagar la deuda. No estar contenta con el viaje podría no ser una tragedia, pero era por cierto, algo de lo cual tenía el derecho de arrepentirse.

—Existe una antigua superstición Jo-Tuniana sobre este recinto —dijo el guía hablando cada vez más rápido a medida que se acercaba al final de su discurso—. Dicen que si se hace la ofrenda apropiada mirando hacia el norte en el recinto sagrado, se descubre la verdad sobre uno mismo.

La señora Vison parpadeó. ¿Lo habría entendido bien? ¿«Descubre la verdad sobre uno mismo»? No tenía sentido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó impulsivamente al guía—. No entiendo cómo alguien tenga que preguntar para saber la verdad sobre uno mismo. Eso ya se sabe.

El guía se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen los ancianos, señora. Eso y muchas cosas más. No me pregunte a mí lo que significan.

—¿Qué clase de sacrificio? —insistió la señora Vison. Todos la estaban mirando. Sintió cómo las mejillas se le iban sonrojando. Deseaba que la tierra se la tragara.

—Un poco de sangre —le contestó indeciso el guía, y la miró de reojo con una mirada que era un desafío a cualquier otra pregunta. La señora Vison se quedó callada. La cara del guía se relajó.

—Ahora amigos —dijo—, si me siguen visitaremos la famosa fuente de las burbujas. Esta fuente fue descubierta en el año 331 de la era Jo-Tuniana por el explorador Gla y es el monumento más famoso de todo el sistema de canales de Jo-Tun. Es...

La señora Vison se enderezó. Decir que la fuente de las burbujas era «famosa» era un verdadero eufemismo. Toda la vida había oído hablar de esa fuente. El agente de viajes no había escatimado elogios. Quizás, sí, quizás, este monumento compensaría todo el viaje. ¡Ésta sería la experiencia que lo justificaría todo! Se apresuró a seguir al guía, olvidándose de su dolor de cabeza y de sus pies destrozados.

Había una larga caminata hasta la fuente de las burbujas. El sol quemaba a través del aire enrarecido, el pavimento gris de Ynor irradiaba calor. ¡No era de extrañar que la gente creyera durante tiempo que no había vida estable en Jo-Tun! Pero a pesar de todo, aquí y allí se veían manchas de verde que habían escapado a esa terrible sequía y que evocaron en la señora Vison imágenes de lo que tendría que haber sido el

planeta: bancos de rico follaje con claros verdes y umbrosos, visiones de templos con columnas nacaradas elevándose sobre paisajes frondosos, flores de marisma, pálidas y hermosas.

—Aquí la tienen, amigos —dijo el guía.

Se agruparon alrededor de la albardilla de la fuente.

—La fuente lanza chorros intermitentemente —dijo el guía a modo de explicación—. Dentro de cinco minutos se pondrá en funcionamiento.

Esperaron. La taza alrededor de la fuente estaba húmeda y en el suelo había un reguero de flores azul claro. El aire era más fresco aquí. Esperaron un poco más.

Hubo un ruido como de alguien carraspeando. Burbujas —burbujas iridiscentes y deslumbrantes— empezaron a formarse. La señora Vison no respiró. ¿Saldría todo bien?

Las burbujas se alzaron en una columna. Oh, era precioso. Las guías de viajes explicaban que las burbujas a menudo alcanzaban una altura de siete metros. Sería maravilloso.

La columna se elevó. Unos cincuenta centímetros más arriba la iridiscencia se bifurcó. Alcanzó su cénit y por un instante la taza se llenó de burbujas que asemejaban la cola de un pavo real, opulentas y maravillosas. Uno podía imaginarse la sorpresa del explorador Gla y el entusiasmo delirante que siguió al descubrimiento. Luego las burbujas empezaron a romperse, cada una con un parpadeo imperceptible, caían húmedas al suelo. En un momento lo único que quedó de la exhibición de la fuente de las burbujas fue un resabio de humedad en el aire.

—El espectáculo se ha acabado, amigos —dijo el guía—. El próximo será dentro de cinco horas.

—¿El chorro será más alto? —preguntó la señora Vison. Todavía no se había detenido a pensar cuán desilusionada estaba.

—No —le contestó el guía—. Ha tenido suerte, señora. Este chorro ha sido muy alto. Desde la sequía...

Y eso había sido todo, pensó la señora Vison. Otra de esas maravillas Jo-Tunianas que no salieron bien.

Sin decir nada, siguió a los otros hacia el helicóptero del grupo. No aceptó la invitación de ir esa noche a ver un conjunto de bailarines nativos cerca de Amao. Estaba cansada, le dijo al sorprendido guía. Prefería quedarse en su habitación y recuperar fuerzas.

Cansada sí que lo estaba, pero no le era fácil dormir. Desde el balcón cubierto de parra vio como los demás salían para ir a las danzas nativas. ¿Se hubiese sentido mejor si hubiese ido con ellos? No lo creía. Ya había visto muchas danzas. Ésa no era la solución.

Puso una pantalla sobre la luz para alejar las luciérnagas y se echó en la hamaca trenzada. Las lágrimas empezaron a correrle por el rostro. El viento era más seco que nunca. Antes de que las lágrimas le llegaran al cuello, ya se le habían evaporado. Su

rostro estaba seco cuando cayó en un sueño cansado.

Sus sueños, por más extraño que parezca, fueron agradables. Se paseaba por ricas praderas, se deslizaba por aberturas verdes. Hasta había aquellas flores pálidas de la marisma. Y cuando en sueños, en un ligero cambio, se vio como la reina del festival de flores y de las siete marismas de Jo-Tun, inclinándose regiamente frente a los diferentes súbditos, no le pareció nada extraño.

La luz de las siete lunas, filtrándose por la ventana, la despertó. Oyó voces abajo. Eran los otros miembros del grupo que volvían de su visita nocturna a los bailarines nativos de Amao. Parecían estar contentos. No tenían tantas expectativas sobre Jo-Tun como ella y por lo tanto se divertían con más facilidad.

Se revolvió en la hamaca. ¿Qué le esperaba después de esto? La Tierra otra vez, vía el hiperespacio y cuarenta y ocho meses para saldar el crédito con la asociación de préstamos. Volvería a dar clases de programación avanzada a los alumnos de noveno grado en la escuela secundaria de Brattleboro. No le quedaría ni siquiera el viaje a Jo-Tun para soñar por las noches. Y, por supuesto, tendría que decir a sus amigos que lo había pasado muy, pero que muy bien... Se tomaría una píldora para dormir de las que estaban en el baño. Si conseguía dormirse pronto, quizás podría volver a retomar su sueño.

La luz de las lunas formaba una especie de charco de agua en el suelo. Se detuvo indecisa, como si le desagradara mojarse los pies. Después, ciega como una sonámbula, se echó un chal grande y suelto a los hombros y lo sujetó con un broche de punta de oro y salió al claro de luna del balcón.

Ya, ya, ya. La luz le permitía ver que las parras que colgaban del balcón le podían servir de escalera. Si ponía el pie con cuidado podría bajar sin problemas. Pero era mejor que se diera prisa. La luz de las lunas era brillante en ese momento pero pronto desaparecería.

Pasó una pierna sobre una barandilla, se encogió y luego saltó al vacío.

Ya, ya, ya. Era tan fácil como en un sueño. Tocó suelo sin un rasguño en las manos y sin ninguna agitación.

Ynor a la luz de la luna era mejor que de día. La señora Vison había pensado que las ruinas serían un laberinto de paredes, pero encontró el recinto sagrado de Semihwynti sin dar un paso en falso. Las paredes rosáceas y el mismo musgo verde eran apenas blanco y negro a la luz de la luna.

Se desprendió el chai y lo dejó caer al suelo. El norte, había dicho el guía... sí, tenía que quedar a su derecha. Se pinchó el índice de la mano izquierda con el broche de oro y lo apretó hasta que salieron dos gotas de sangre. Sacudió el dedo hasta que cayeron al suelo.

Tenía la impresión de haber alcanzado el clímax. ¿Qué sentiría al descubrir quién era en realidad? Seguro que no sería la señora Vison que daba clases de programación a adolescentes incansables. Nunca se había sentido cómoda con la persona que era.

Pero el tiempo pasaba y no sucedía nada. Permaneció descalza ahogando los

bostezos hasta que comenzó a temblar con el frescor de la madrugada. Y no sucedía nada. No sucedería nada. El sacrificio a Semihwynti era otra de las maravillas de Jo-Tun que no habían salido bien.

No. No podía creer que fuese cierto. Estaba tan segura, tenía tanta confianza. Debería de haber hecho algo mal.

¿Habría hecho, después de todo, el sacrificio que correspondía?

El guía había dicho «un poco de sangre». Bueno, dos gotas de sangre eran bastante poco. Pero quizás tenía que habérselas sacado de otra forma, de una forma más complicada.

Buscó en el suelo hasta dar con el broche de oro. Arrancó un poco de musgo y lo puso a un lado. Con el broche dibujó una forma larga, profunda y complicada en su brazo izquierdo. La terminó con dos líneas diagonales. Se sirvió del musgo para secarse la sangre que le corría.

Extendió su brazo herido al cielo que ya empalidecía.

—Semihwynti sálvame —siseó la señora Vison.

Hubo un plaf —¿en el aire?, ¿en su cabeza?— y apareció un ser.

Faltaban todavía más de dos horas para el amanecer y casi todas las lunas habían descendido. No obstante podía ver al ser bastante bien. Era más bajo que ella, de cuerpo rechoncho y con rayas horizontales en rojo oscuro o azul. Alrededor de la ancha cabeza llevaba una corona de flores pálidas y unos largos pendientes de perla que le brillaban en las orejas. No tenía cuello.

—Hola —dijo el ser con voz blanda—. Soy el que revela identidades, el que compensa las desilusiones, el vengador del romanticismo. También soy el que sale por las noches. Me ha llamado, creo. Jo-Tun es un planeta donde suceden cosas. —E hizo una cabriola con sus pequeños pies a rayas.

La señora Vison recuperó el habla.

—Vete —le dijo.

—Pish-tush —dijo el ser—. Podría obedecerla, claro, pero no lo haré. ¿Qué sentido tendría? Tiene que descubrir quién es.

—No, no quiero —dijo la señora Vison.

—Sí que quiere —le contestó el ser con firmeza. Recompuso su voz—. Hace muchos muchos años —dijo emocionado— hubo una migración de Jo-Tun a la Tierra. El arca incluía, por supuesto, dos de las serpientes sagradas de Ynorian. Como muchas de las cosas de Ynorian, las serpientes tenían una gran capacidad para camuflarse.

—¿Camuflarse? Nunca había oído hablar de una migración Jo-Tuniana a la Tierra. Y no veo qué es lo que tiene que ver con todo esto, después de todo —replicó la señora Vison.

—¿No se da cuenta? —le preguntó el ser. La miró a los ojos y se rió entre dientes

—. Bueno, bueno. Los colonizadores de Jo-Tun se perdieron, pero parte de su carga se quedó allí. En caso de que se le ocurriera pensarlo, un camaleón puede tomar el color del lugar donde está pero seguirá siempre siendo un camaleón. ¡No me extraña que se sienta tan incómoda! Los fenotipos pueden esconder genotipos, pero los genotipos duermen en la sangre, pero bueno, ya está bien de tantas explicaciones. Estamos perdiendo el tiempo. Es hora de mudarse de ropa, por favor.

La señora Vison sintió que un escozor terrible le bajaba por la columna. El lugar más molesto era la porción inferior de su espalda. Trato de rascarse con la mano. Para su horror, notó que tenía una resquebrajadura, una hendidura, una grieta que se abría y que iba desde el rabillo hasta los omóplatos y que cada vez se hacía más grande.

No le dolía pero, oh, ¡qué cosquillas que le hacía! Quería reírse, toser, lloriquear. Se llevó las manos al pecho y notó que también allí se estaba partiendo. Se estaba partiendo, no podía controlarlo.

—Oh, oh, oh —dijo la señora Vison.

Hubo un momento de dolor intenso. Luego, con una convulsión final, como un estornudo, la piel se le abrió por completo. Estaba fuera.

—¿Sabe quién es? —preguntó el ser.

Se desmayaría, era horrible, no podía soportarlo. Abrió la boca para decírselo.

—Ssssss —dijo la señora Vison.

—Sí, es cierto —respondió el ser—. El camuflaje ha quedado al descubierto. Usted es una de las serpientes sagradas.

Oh, ahora sí que se desmayaría.

—No tendría que tomárselo así —le exhortó el ser después de un minuto—. Usted es la más antigua de las serpientes, la reina, la cabeza de todo el clan.

¿Reina? ¿Era ése el significado de su sueño? ¿Que era la reina de las marismas, de los senderos floreados, de las siete ciudades boscosas del sistema de canales? ¿Una descendiente, arrojada precariamente en carne terrestre, de las serpientes sagradas emigradas de Jo-Tun?

—Trate de disfrutarlo lo mejor que pueda —dijo el ser.

Sí, lo haría. La sequía no duraría toda la vida, el deshielo sería mejor el año próximo. El futuro encerraba promesas de humedad, de lugares donde arrastrarse, de verdes claros, se quedaría en Jo-Tun para siempre, sería feliz allí. No le volverían a doler los pies.

El ser seguía mirándola. La señora Vison intentó darle las gracias, pero el único sonido que salió de su cabeza cobriza fue un siseo inexpresivo.

—De nada —le dijo el ser. Los contornos se le iban esfumando pero era todavía sólido en el medio—. Es usted una serpiente hermosa —dijo con amabilidad—. Me alegro de que sea tan razonable. Sí, el deshielo será mejor el año que viene. Estas cosas van por ciclos. Y le diré un secreto: su coronación formal se llevará a cabo el día de mayor flujo.

—¿Sssssss? —le preguntó la señora Vison.

—Sí, de verdad. Es algo que vale la pena, ¿no? ¡Toda esa pompa y ceremonia y usted en el centro de todo! Seguro que yo también formaré parte de la comitiva.

El ser había desaparecido casi por completo, pero todavía alcanzó a sonreír con bondad.

—Hasta entonces —dijo al tiempo que se esfumaba—, hasta ese día, reina querida, y que se pueda arrastrar bien.

Notas

[1] En alemán en el original. Término filosófico que significa «visión del mundo».
(*Nota del traductor*). <<